Comedias



TO GUERRERO — *Caricatura de TOVAR*

2

F. LUQUE y E. CALONGE

La importancia de la seriedad

Ricardo Baeza
(2)

La pastorela

Oscar WILDE

50 céntimos.

NUM. XLVIII 15 DE ENERO DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: **ANDRES GUILMAIN** GERENTE: **BENJAMIN S. HERRERO**

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 · MADRID · Apartado 8.036

Precios de suscripción. — *España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se pubiiquen.

Próximamente aparecerán en

Comedias

los dos éxitos cumbres de

Pedro Muñoz Seca

La venganza de Don Mendo

y

El espanto de Toledo

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

FERNANDO LUQUE y ENRIQUE CALONGE

LA PASTORELA

ZARZUELA EN TRES ACTOS, EL TERCERO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, Y EN PROSA

MÚSICA DE LOS MAESTROS

LUNA y MORENO TORROBA

Estrenada en el teatro Novedades, el día 10 de noviembre de 1926.

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Morante (P.)
LA ROJA	Sra. Bori.
MATEA	» Hurtado.
DOÑA CLÍMACA	» Romero.
DANIELA	Srta. Tomás.
MOZAS	» Llimona.
	» Hidalgo.
	» Morante (C.)
	» Tomás.
	» Stern (M.)
	» Stern (C.)
	» Sánchez.
	» Vera.
AMADOR	Emilio Sagi-Barba.
SEÑOR CURA	Eugenio Casals.
AGUSTÍN	Sr. Lopetegui.
EL TÍO MELLIZO	» Gómez Bur.
DIMAS	» Alares.
DON BUENAVENTURA	» Turió.
PASCUAL	» Cruz.
NICÉFORO	» Gómez.
EL ALIGERO	» Rodríguez.

Mozas, mozos y coro general.

La acción, en un pueblo de Castilla la Vieja. Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

La acción del primer acto se supone que pasa en los primeros días de abril. La del segundo y tercero, en los alrededores de Navidad.

ACTO PRIMERO

Afueras de un pueblo de Castilla la Vieja. Al fondo, telón de campo llano y verdoso; en primer término de la izquierda, algunos árboles; al fondo izquierda, una fuente con caño; en segundo término derecha, camino que da al campo.

Al levantarse el telón, varios mozos y mozas están jugando a un juego de prendas.

MÚSICA

ELLOS. La, la, la, la, la.
Dale, dale al zurriago.
Dale, dale, dale, dale.

(Aparecen en la escena Pascual y Daniela, con los ojos vendados. Ella tiene en la mano un zurriago hecho con un pañuelo de hierbas y él un cencerro. El juego consiste en que él ha de sonar el cencerro y librarse de los golpes de Daniela, que le persigue. Los mozos y mozas, cogidos de las manos y en semicírculo, jalean el juego.)

La, la, la, la, la.
Dale, dale, dale, dale ya;
dale, dale, dale, dale ya.
Dale, dale al cencerro,
dale, dale, dale ya.

ELLAS. Busca, buena moza,
busca tu cortejo,
y a fuerza de golpes
cúrtele el pellejo;
que cuando te cases
todo cambiará:
tú serás la del cencerro
y él será el que pegará.

ELLOS. Busca tú, buen mozo,
busca tu cortejo;
sonando el cencerro,
cuida tu pellejo;
que cuando te cases
todo cambiará:
ella tocará el cencerro
y tú, en cambio, pegarás.

La, la, la, la, la.
Dale, dale al zurriago;
la, la, la, la.
Dale, dale, dale, dale ya;
dale, dale, dale ya.
Dale, dale al cencerro,
dale,
dale, dale al cencerro,
dale, dale al zurriago.

PAS. Esta moza me tunde.

DANI. A este mozo lo deshago.

CORO. Qué brutote que eres,
oh, gran Pascual,
mi querido Pascual.

PAS. Pues si soy tan brutote,
a dejarme cocear.

(Trata de escapar y lo retienen en el centro. Gran algazara.)

DANI. Mirad el pañuelo,
porque puede ser
que no se me escape,
que lo he de moler.

CORO. Pues venga el cencerro.

PAS. No puede seguir,
porque veo..., veo..., veo.

CORO. A ver...
¡Que ve, que ve!

PAS. Porque veo..., veo..., veo...
que me va a tundir.

CORO. La, la, la, la, la.
Dale, dale al zurriago;
la, la, la, la, la;
dale, dale, dale, dale ya;
dale, dale, dale ya.
Dale, dale al cencerro,
dale, dale, dale ya.

(Cuando termina el número una de las mozas, mirando hacia la izquierda, avisa a las demás, antes de terminar el número.)

DANI. El señor cura, que viene el señor cura. *(Gritos de todas las mujeres y mutis de todos, unos por la derecha y otros por la izquierda.)*

(Aparecen el señor Cura y Dimas por la derecha. Dimas viste sotana sin mangas.)

CURA. Buenas tardes, hijitas.

DANI. *(Con mojigatería.)* Buenas, señor cura. *(Le besan la mano.)*

DIMAS. Buenas mozas; digo, buenas tardes. *(Alarga también la mano; pero pasan sin besársela, y le dan un cachetito.)*

CURA. *(Volviéndose y pillándole con la mano extendida.)* ¿Qué haces, Dimas?

DIMAS. Mirando si llueve.

CURA. ¡Hum!

DIMAS. No, no llueve. *(Aparte.)* ¡Me ha calao!

CURA. *(A las mozas.)* Pero ¿cómo tan solitas? No sé por qué, pero me huele a pantalones.

DIMAS. *(Oliendo.)* Sí, sí; ya lo creo.

DANI. No, señor cura; a lo que huele es a pan reciente; como aquí cerca está el molino...

CURA. A pan reciente. Ca, a pan... talones.

DIMAS. Puede que sean de pana. ¡Digo! Mírelos, señor cura; véalos allí, detrás de esos alcornoques... Dios los cría...

CURA. ¡Ah, bribones! Venid acá, muchachos, que ya os he visto.

DANI. ¡Acusón! *(Le larga un pellizco a Dimas.)*

DIMAS. ¡Ah!

CURA. Buen caso hacéis de mis sermones. Estabais juntos, ¿eh? ¡Desobedientes! Vosotros, ahí. *(Coloca a los mozos a un lado.)* Y vosotras, ahí. *(Idem al otro lado.)* Os repito por milésima vez que mientras dure la Cuaresma no quiero mezclas; pantalones con pantalones, y faldas con faldas. *(Dimas se va con las mozas.)*

DIMAS. ¡Muy bien dicho!

NICÉF. *(A Dimas.)* ¡Eh!... Tú, pa acá.

DIMAS. Yo llevo faldas.

NICÉF. Lo que te vas a llevar es una paliza. *(Al Cura.)* ¡Diga usté que ese sinvergüenza se arrima a las mozas y las pellizca!

DIMAS. ¿Yo?

CURA. ¡Silencio! Dimas...

DIMAS. Tú sí que sí. Anda, que si digo yo lo que te he visto hacer desde la lomilla...

CURA. ¿Qué has visto tú?

DIMAS. Pues a ese impúdico, que atrapaba a la Daniela detrás de la fuente; la estrechaba la cintura, la daba un beso en los abuelos y la pellizcaba en...

CURA. ¡Dimas, Dimas!

DIMAS. No debo decir más.

CURA. *(A Nicéforo.)* ¿Qué es eso de pellizcar? Nicéforo, eso es un pecado. ¿Lo oyes? Un pecado.

NICÉF. Perdón, señor cura; que no lo volveré a hacer hasta que pase la Cuaresma.

CURA. ¿Cómo? No se pellizca ni en Pentecostés.

NICÉF. Yo no la he pellizcao ahi; que ha sío en el brazo.

CURA. A callar; y al pueblo todos. Primero, vosotros. ¡Hala! *(Mutis los mozos.)* Ahora iréis vosotras.

DIMAS. Se van a juntar, señor cura, en cuanto lleguen al puente, y quién sabe si debajo del ojo. ¡Digo! ¡Como si viera lo del ojo! Lo mejor será que yo me las lleve, dando un rodeo por la falda del monte.

CURA. Déjate de faldas. Andar, andar ahora. *(Le van besando la mano, haciendo mutis, dando empujones a Dimas, que se hace el encontradizo con ellas, para tropezarlas.)*

DIMAS. *(A una moza.)* ¡Guapaza!

DANI. ¡Acusón! *(Le empuja.)*

CURA. Pero, Dimas, hombre... ¡Cómo te tiran las mujeres!

DIMAS. Me empujan nada más.

CURA. Así estás tú de flacucho, que pareces un paraguas.

DIMAS. Eso sí es verdad, desgraciadamente. Para mí, las flechas de Cupido son balas «dundunes». El amor me sienta como un tiro. *(Se oye el disparo de una escopeta.)* ¡Ya me ha dao!

CURA. ¿Eh? ¿Qué es eso?

DIMAS. *(Asomándose al foro.)* ¡Si es el tío Mellizo!

CURA. ¿Solo?

DIMAS. Con su escopeta. Pa acá viene.

CURA. ¡Ah, sí, sí! *(Mira hacia la derecha.)*

DIMAS. *(Escabulléndose.)* Yo me escurro; que ese pellizco que me ha dao la Daniela se lo tengo que devolver, no sea que le eche de menos. *(Mutis por la izquierda. Aparece por la derecha el tío Mellizo, con la escopeta colgada del hombro. Este tío Mellizo representa unos cincuenta años; viste chambra de color, faja negra ancha, pantalón sujeto con una correa cerca de la rodilla y zapatos fuertes; en la cabeza, montera de piel, o sombrero negro.)*

CURA. *(Saliendo a su encuentro.)* Qué, ¿cayó pieza?

MELL. No me hable usté, señor cura; vengo más corrío que una mona.

CURA. ¿Le falló el tiro?

MELL. Ya sabe usté que no me falla nunca.

CURA. Entonces...

MELL. Es que ma pasao una tragedia; más que tragedia, una catacombe.

CURA. ¿Qué es ello?

MELL. Pues na: que en toa la tarde he tenío ocasión de disparar un mal cacho de tiro, porque, por no ver, ni siquiá un cernicalo; y ya salía de los pinares pa casa cuando en esas junqueras del lobajo se me pone a tiro un pajarraco propiamente como una tortola; me echo la escopeta a la cara, con unas ganas..., y, ¡zas!, le meto en la cresta una perdigoná del ocho... ¿a qué dirá usted? Al sombrero de la señora del notario.

CURA. ¿Y dónde estaba la señora del notario?

MELL. Debajo del sombrero.

CURA. ¡Válgame Dios!

MELL. Que se conoce que estaba cogiendo florecitas; como es tan romántica.

CURA. Hombre, hombre... Vamos, que si el tiro te resulta bajero...

MELL. No se pué sentar en un mes.

CURA. ¡A quién se le ocurre!

MELL. Eso digo yo: ¿a quién se le ocurre, con la edad de esa señora, y el tipo de esa señora, llevar pájaros en la cabeza?

CURA. Oye, ¿y Amador?

MELL. ¿El amo? En cuantis amaneció Dios, montó en su caballo, y, ¡hala!, carretera alante, hasta la villa, ya debe venir de vuelta.

CURA. ¿Ha ido solo?

MELL. ¡Pchs!... Con unos cuantos miles de duros.

CURA. ¿A qué ha ido?

MELL. ¿A qué va a ir? A lo que va siempre: a hacer un bien; por las escrituras de todas las fincas de ese pobre chico tan bueno como desgraciao.

CURA. ¿El Agustín?

MELL. Eso mesmo; el Agustín, que anda huído por las majadas de sus antiguos pastores, y que volverá a ser el dueño: de trescientas obrás de tierra, tres parejas de mulas, dos de güeyes y una burra fuera de cuenta. ¿Y gracias a

quién? A mi amo. ¿Verdá, señor cura, que mejor que mi amo no lo hay por aquí abajo?

CURA. No; no lo hay. Su casa y su panera están siempre abiertas para todo el mundo; todos, ricos y pobres, le debemos favores.

MELL. Pues cuanto más da, más tiene.

CURA. La mano de Dios, Mellizo.

MELL. Acaso, señor cura; pero en cuantis salimos de una ya estamos en otra: apenas metío en lo de Agustín, antier le dicen que van a embargar a Matea, la del caserío, y en seguida se pone por medio, afloja la bolsa y ya no hay embargo.

CURA. El mismo de siempre. A tu amo, Mellizo, no le falta mas que una cosa para ser el hombre cabal y perfecto.

MELL. ¿El qué?

CURA. Casarse.

MELL. Su manía de usté; que se case el amo.

CURA. Sí, Mellizo, sí; mi manía, pero que se case; yo no he de parar hasta que lo consiga. Teniendo una mujer propia, evitaremos que tenga varias.

MELL. Pues sí que es un negocio.

CURA. ¡Como eso de saltar las tapias y meterse en cercado ajeno!

MELL. Es que le ha recomendao el médico que haga ejercicio.

CURA. ¿Y quién le ayuda a saltarlas? ¿Y quién le acompaña en sus correrías?

MELL. Misté, señor cura: me da ansia dejarle solo; en lo de las tapias, alguna vez hay que arrempujarle, sobre to de noche; pero poco, porque el amo, a pesar de sus cuarenta pa arriba, pues arrea pa arriba que da gusto verle.

CURA. Pues eso se tiene que acabar; y eso se acaba casándole. ¡Dios mío, haz que le interese alguna mujer!

MELL. Si le interesan todas...

CURA. ¡Cállate, Mellizo, cállate! *(Inicia el mutis.)*

MELL. Que las hay mu malonas.

CURA. Demontre, ¿y Dimas?

MELL. ¿Estaba con usté ese vencejo?

CURA. Sí.

MELL. Pues ha volao.

CURA. ¡Ese indino!... Voy por él. Es una oveja que se me descarría. *(Mutis.)*

MELL. ¿Una oveja? Ese es un zorro; y el monaguillo, otro. Son unos zorros que le limpian a usté el cepillo. *(Mutis. Aparecen por la derecha doña Clímaca y don Buenaven-*

tura. Don Buenaventura, notario del pueblo, viste chaquet y usa lentes. Doña Clímaca habla con gran afectación, y viste con gran cursilería. Don Buenaventura avanza y reconoce la escena; cerciorándose de que no hay nadie, llama con la mano a su señora, que entra tras él, llevando en la mano el fantástico sombrero del pájaro sobre el que hizo blanco el tío Mellizo.)

BUENA. Clí... Clímaca, avanza sin miedo.

CLÍM. ¿No vislumbras por estos contornos ningún ser viviente?

BUENA. Nadie.

CLÍM. *(Mirando con los impertinentes.)* Pues creí percibir la silueta de un bípedo; allí, mira.

BUENA. No es bípedo.

CLÍM. ¿Quién es?

BUENA. Es cuadrúpedo: el burro de Nicolás. Podemos seguir.

CLÍM. ¿Tú crees que podemos entrar en el pueblo sin causar la hilaridad de nuestros convecinos?

BUENA. Qué se yo... ¿Pero no te puedes poner el sombrero?

CLÍM. A ver cómo ha quedado. *(Se lo pone.)* ¿Cómo me sienta?

BUENA. Peor que la estricnina. Quítatelo, no te vuelvan a pegar otro tiro.

CLÍM. *(Se lo quita.)* ¡Qué lástima! Un faisán preciosísimo, con las alas extendidas; parecía real.

BUENA. ¡Como que por poco te vuela la cabeza! *(Transición.)* Bueno; tira esa avutarda, y vamos.

CLÍM. ¡Ca, yo no tiro este sombrero!; un recuerdo de mi abuelita la pobre. Podemos decir que íbamos en la camioneta de Madrigal, y que hemos chocado. ¿Es que no podemos chocar nosotros?

BUENA. Ya lo creo; sobre todo tú.

CLÍM. ¡Buenaventura!

BUENA. Llévalo en la mano, como si vinieses sofocada.

CLÍM. Y tan sofocada. ¡Oh, Dios mío, qué sofocación, qué sofocación! *(Se abanica con el sombrero. Mutis.)*

MÚSICA

AMADOR y las MOZAS, en la fuente.

AMAD. *(Dentro.)* Cantarillo ser quisiera,
ser quisiera;
que una moza me llevara,

me llevara,
a la fuente en su cadera,
en su cadera;
cantarillo ser quisiera,
ser quisiera.

MOZAS. A la fuente vamos ya,
que el amor espera;
vamos sin tardar,
a la fuente vamos ya.

AMAD. Cantarillo ser quisiera, etc.
(Sale Amador por la derecha.)
Estoy muerto de sed.
¿Quién me da de beber?

MOZAS. Aquí beba,
en el mío;
beba usted.

AMAD. No, no.
No es agua lo que quiero,
que de otra sed me muero;
no, eso es agua,
lo que quiero es sed que sube
del corazón,
sube del corazón.

MOZAS. Ay, qué sed tan misteriosa;
ay, qué sed, ay qué sed;
ay, qué sed tan misteriosa.

AMAD. Escuchad, hermosas, su explicación:
Manantial de delicias es vuestra boca,
fuentecilla de mieles entre dos rosas.
Linfa pura, tan dulce, tan milagrera,
que mitiga del alma todas las penas.
Del querer de una moza soy peregrino,
voy de amores sediento por mi camino.
Un aliento de fuego tan sólo quiero beber
en los labios ardientes y rojos de una mujer.

MOZAS. Miren con qué preciosa palabrería
adorna y disimula su picardía.
Pues al fin y a la cuenta con todo eso
dice usted bien clarito que quiere un beso.

AMAD. Un beso, no.

MOZAS. Entonces ¿qué quiere?

AMAD. Un beso no.
y he de robarlos.

MOZAS. Eso no será.

AMAD. ¿Por qué no ha de ser?

MOZAS. Eso no será.
AMAD. Escuchadme bien.
Es un beso en la boca fresco rocío
y al caer en el alma nace el cariño;
a qué saben los besos, mocita, debes probar
pues besando se aprende lo que es amar.
MOZAS. Pues venga a robarlo,
palomo ladrón,
y habrá de llevarse
en la cara un gran remojón.
AMAD. No os vale la fuente,
que os he de besar
aun contra el torrente fiero
del agua del mar.
MOZAS. Pues no será.
AMAD. Pues ha de ser.
MOZAS. Pues no será.
AMAD. Pues voy por él.
MOZAS. Le va a costar mucho el vencer.
AMAD. Cantarillo ser quisiera, etc.

(Ocho mozas y mozos, y en seguida Amador. Al final del número hacen mutis las mozas. Aparecen por la izquierda el señor Cura y el tío Mellizo.)

HABLADO

CURA. ¡Siempre el mismo, Amador, siempre cortejando!

AMAD. La mujer es la mejor obra de Dios, y adorarla es adorarle a Él mismo.

MELL. Le esperábamos a usté por la calzada.

AMAD. Pues eché por el atajo; en el caminar, como en el amor, hay que acortar distancias.

CURA. En el amor, como en el caminar, hay que ir por los caminos reales.

AMAD. No me riña usted, señor cura; he cumplido sus deseos. A ver si es esto lo que usted quería. *(Saca un rollo de papeles, que entrega al señor Cura.)*

MELL. Las escrituras del Agustín.

CURA. *(Ojeando el rollo.)* ¿Todo?

AMAD. Todo.

CURA. *(Con emoción.)* ¡Dios te lo pague, Amador! Yo mismo iré a entregárselo a ese infortunado. Y a ver cuándo cumples mi otro deseo.

AMAD. ¿Cuál?

CURA. Que elijas esposa.

MELL. ¡Y dale con el cuento!... No le haga usté caso, mi amo; que las hay mu malonas.
CURA. Calla.
MELL. Que las hay mu malonas; que usté no las ve mas que por un lao del confesionario, y por ese lao toas son buenas.
CURA. Ya sabes que por tu felicidad estoy dispuesto a buscarte novia y a pedirle la conversación por ti.
AMAD. Pensaré en ello.
MELL. Naturalmente; como que eso del matrimonio hay que pensarlo mucho, y, después de pensarlo, hacer lo que usté hace: recomendárselo a los amigos y quedarse «celibe».
CURA. ¿Tan mal te va a ti en el matrimonio?
MELL. ¡Pche!... No me va mal, porque desde el primer día le canté clarito a la Roja: *(Como si hablara con ella.)* «Mira, Roja: si yo me tuerzo o me escurro, te haces la disimulá y te callas; y si tú te tuerces o te deslizas, te arreo un estacazo que cambias de color.»
CURA. ¡Vaya un juego!
MELL. Colorao pierde... *(Aparece la Roja, con un cantarillo a la cabeza, en dirección a la fuente. Esta Roja es una mujer de unos cuarenta y cinco años; viste pobremente; lleva peluca roja y cara con pecas rojas; tiene apariencia de imbécil y habla de carretilla y con mucho tonillo.)*
AMAD. Ahí la tienes, Mellizo.
MELL. *(Llamando.)* Roja, ven pa acá. *(La Roja deja el cántaro y se acerca al grupo.)* Aquí tienen ustés la perla de mi hogar, mejor dicho, mi majuela.
CURA. Dios te guarde, Roja.
ROJA. Buenas tardes tengan ustés. ¿Está buena la familia de ustés? Me alegro; la mía, mu regulareja: tengo dos gallinas llluecas; la gata, con pasión de ánimo; se me ha perniquebrao el cerdo, y se ha vuelto loco el burro.
CURA. ¡Canario!
ROJA. Este es el único que está bien. *(Por el Mellizo.)*
MELL. ¿Quién te quiere a ti, caldo de chorizo?
ROJA. Tú, figura de almenaque.
CURA. ¿Y quién te sacude las espaldas?
ROJA. Si es que nos queremos mucho; en veinte años que llevamos casaos, total me habrá pegao unas doscientas veces.
AMAD. Pues eso, Mellizo, no es de hombres.
MELL. Si es que casi siempre es juegando, ¿verdá?
ROJA. Lo hacemos por pasar el rato. A lo mejor, llega éste a casa un poco tristón, y va y me dice: «Roja, ¿qué ha-

cemos? ¿Juegamos una brisca o te doy una paliza?» «Lo que quieras, pero a mí la brisca me aburre mucho.» Y nos enredamos a golpes; y luego hacemos las paces. En total, que siempre estamos distraídos. *(Se escucha por dentro la voz de Luisa, que se acerca cantando. La Roja levanta la cabeza con expresión de alegría.)* ¡Es mi niña, mi niña! *(Corriendo hacia el foro. Aparece Luisa, por el foro derecha, llevando un cantarillo en la cadera, con dirección a la fuente. La Roja se acerca a ella; la abraza y la besa a estrujones.)* ¡Ay, mi cielo, mi reina!... ¿Dónde vas tú?

LUISA. Ya lo ves, chacha.

ROJA. ¿A mojarte los pies? ¿A estronzarte la cintura? Quita de ahí, quita de ahí. *(La quiere coger el cántaro.)* Dame el cántaro.

LUISA. Déjame coger agua, Roja.

ROJA. Bueno, pero vente a este lao. *(Se acerca Luisa al lado de la Roja, y ésta sigue todos los movimientos, tapándola las pantorrillas al inclinarse para coger agua.)*

AMAD. *(Que no ha perdido detalle desde que Luisa entró en escena.)* ¿Pero es del pueblo esa moza?

CURA. Pues si ésa es Luisa.

MELL. La del caserío, mi amo.

CURA. La de la Pastorela.

AMAD. ¿La hija de Matea?

MELL. Justamente; a la que iban a embargar el caserío; y usté, mi amo, como siempre, soltó las perras.

CURA. Tu amo practica la buena doctrina de hacer el bien sin saber a quién.

AMAD. ¿Tan moza?

CURA. Ya tiene dieciocho años.

AMAD. *(En lo suyo.)* ¡Y vaya si es bonita!... Es muy bonita, muy bonita...

CURA. *(Agarrando la ocasión por los cabellos.)* (¡Hola, aquí te cojo, aquí te caso.) Y muy buena, Amador, muy buena; para esposa, que ni pintada.

AMAD. *(Riéndose.)* Vamos para el pueblo. *(Medio mutis.)*

CURA. Lo que te digo. *(Medio mutis.)*

MELL. Na, que me lo casa. *(Mutis los tres por la derecha.)*

ROJA. *(A Luisa.)* Niña, que te mojas.

LUISA. Mujer, déjame. ¿Sabes lo que te digo, Roja? *(Medio en serio.)* Que yo quiero venir a la fuente sola; y tú vienes aquí porque vengo yo.

ROJA. Sí, señora.

LUISA. Pues yo no quiero que vengas.

ROJA. ¿Secretitos a la chacha?

LUISA. Secretos o no secretos, no quiero que vuelvas tras de mí a la fuente. *(Va a coger el cántaro. La Roja no la deja.)*

ROJA. No; deja ese cántaro; yo lo llevaré.

LUISA. Tú lleva el tuyo.

ROJA. Y el tuyo. *(Coge los dos cántaros.)* ¡Si yo no quiero que trabajes nada!

LUISA. Pero no has de volver tras de mí a la fuente. *(Medio mutis.)*

ROJA. No volveré; pero no me riñas. *(Mutis por el foro izquierda. Por la derecha aparece Dimas, con sotana, como antes; pero con sombrero de paja puesto y un cornetín debajo del brazo. Llega al centro de la escena y mira alrededor.)*

DIMAS. ¿Aquí?... Sí, aquí: en esta hermosa soledad inspiradora. *(Se quita el sombrero y mira hacia arriba.)* ¡Euterpe, musa del arte musical, sopla en mi cerebro; sopla en mi cornetín, y haz que surja de él un divino «Miserere». *(Recibe un objeto que le lanzan contra el sombrero.)* ¡Sopla! ¿Quién me ha tirado esta piña? Algún despreciable arrapiezo. Vamos al «Miserere», Dimas. *(Coge el cornetín y avanza al proscenio.)* Me va a ser dificilísimo. Llevo un año surtiendo de composiciones frívolas a los cabarés de Valladolid, y este encarguito de un «Miserere» que me ha hecho el Cabildo de Briviesca me pone en un compromiso espantoso, porque estoy desentrenado. Y eso que decía mi maestro de música religiosa en Madrid: «Dimas, tú llegarás a Eslava.» Y me quedé en la plaza del Celenque. Probemos. Sopla, Euterpe. *(Se pone el cornetín en los labios.)*

MÚSICA

MOZAS. Ay, Dimas de mi corazón
eres tan rechulapón,
que el fox en ti
parece madrileño.

DIMAS. Es que he nacido en Chamberí
y de allí me traje aquí
en un balón los aires de Madrid.
No hay otro sacristán
de tanta inspiración;
voy a ganarme la ca-
nonización.

MOZAS. Repite, por favor,
ya que eres el autor.
Ay, qué bien
superior.

Ay, qué tendrás en el magín,
que con un simple cornetín
compones ya divinas melodías.

DIMAS. Es que me brotan del serrín
cual si fuera en un jardín;
mil frases firmará el gran Chopín.
Fijarse qué achulao
y repiqueteao,
mejor no lo hace Chueca resucitao

MOZAS. Ya te puedes dar postín
con tu gran inspiración
porque igual que el cornetín,
esa polca es de pistón.

DIMAS. Es colosal.

MOZAS. Está muy bien.

DIMAS. Es de Chopín.

MOZAS. Y de chipén.

(A poco de comenzar el número van asomando por ambas laterales mozas del pueblo—todas las segundas tiples—. Cantan y bailan el número, y a su final, ellas y él hacen mutis por el primer término de la derecha. Aparece Luisa por el foro izquierda, volviendo la cabeza en esta dirección, como temiendo que la sigan.)

HABLADO

LUISA. Creí que no podría librarme de ella. *(Deja el cántaro en la fuente, llenándose, y avanza hacia la derecha.)* ¿Habrá venido ya? *(Agustín aparece por el foro derecha; viste pantalones de pana, sujetos por unas correas, por encima de la pantorrilla; calza zapatos de color, sombrero pavero, en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro, y en la cabeza, boina.)*

AGUS. ¡Luisa!

LUISA. ¡Agustín! Es casualidad; todos los días nos vemos aquí.

AGUS. Pero no es casualidad; al menos por mi parte. Hoy traigo mucha sed.

LUISA. *(Con malicia.)* Ahí tienes la fuente.

AGUS. Quisiera beber en tu cantarillo.

LUISA. ¿Lo mismo que ayer?

AGUS. Lo mismo que siempre. Dende que probé este cantarillo, nada me apaga la sed como él.

LUISA. *(Ofreciéndole el cantarillo.)* Bebe. *(Agustín se acerca y Luisa le da de beber. Contemplándole con interés.)* ¿Por dónde andas, Agustín? ¿Qué vida es la tuya?

AGUS. La de siempre: por el campo, entre pastores y entre ganao.

LUISA. ¿Por qué no vuelves al pueblo?

AGUS. ¿Para qué? ¿Qué tengo yo que hacer en el pueblo?

LUISA. Vivir con la gente.

AGUS. ¿Vivir con los que me han dejao sin casa y sin ganao y sin pan? Todos son unos egoístas y unos falsarios. No hay uno bueno. Es decir, uno sí; pero a ése, a Amador, le debo tanto, que sólo le veré cuando pueda pagarle. Al señor cura, que es el otro bueno que hay, le veré cuando necesite desahogar mi conciencia. Pero a los demás no quiero verlos ahora ni nunca. Me vieron indefenso y solo, y arruinaron mi casa... Odio al pueblo.

LUISA. ¿Y cómo vives?... ¿De qué te sostienes?...

AGUS. ¡Bah! El campo es mucho mejor que los hombres. En el campo hay de todo.

LUISA. ¡Si vieras qué pena tengo por ti!

AGUS. Pena, ¿por qué?

LUISA. Qué sé yo. Son nuestras vidas tan semejantes... Tu casa era grande y fuerte; la mía, también. Tus haciendas pasaron a otras manos. Las mías, si Dios no lo remedia, llevan el mismo camino. Pero, al fin y al cabo, yo tengo a mi madre. Y tú ¿a quién tienes?

AGUS. Al campo.

LUISA. ¿Nada más?

AGUS. Y a ti.

LUISA. ¿A mí?

AGUS. Sí, a ti. Todos los días, a esta misma hora, ocultándome de todos, como un ladrón, bajo de allá, de la majada, porque sé que tú estás en la fuente. Están en ti mis cariños y mis amores todos; pero tengo miedo de quererte así.

LUISA. ¿Por qué, Agustín?

AGUS. Porque el cariño grande y verdadero no se logra. Oigo de continuo, por las noches, en la cabaña del tío Consejas, mi antiguo pastor, cuentos e historias; y en los cuentos, sí; pero en las historias, ¡qué pocos son los amantes que logran su intento! Y yo te quiero, Luisa, como se querían aquellos amantes.

LUISA. Y yo a ti.

AGUS. Y yo seré constante y firme en mi amor. Mi propósito era verte; pero ser mudo hasta que te pudiera ofrecer lo que era mío y me arrebataron. Me hiciste hoy hablar más de la cuenta y, en justo castigo, he de pedirte una cosa.

LUISA. ¿Qué? *(Agustín observa si hay alguien.)*

AGUS. Un beso. Será el primero que te dé y el último mientras no pueda llamarte mi mujer.

LUISA. ¡Agustín! *(Se dan un beso.)*

AGUS. Y ahora, tú al caserío, con tu madre; yo, al campo, con los pastores, y con este beso tuyo, que ha de darme alientos y firmeza para triunfar y volver por ti. *(Volviendo la cabeza, con temor.)* Alguien viene. ¡Adiós, Luisa!

LUISA. Adiós, Agustín. *(Mutis Agustín, foro izquierda. Aparece Amador por el primer término derecha; contempla un momento a Luisa, que sigue mirando hacia donde se marchó Agustín.)*

AMAD. Escucha, hermosa. *(Luisa vuelve la cabeza.)* Tengo sed. ¿Me quieres dar un poco de agua?

LUISA. Ahí está la fuente.

AMAD. Es que yo quisiera beber en tu cantarillo.

LUISA. Es que mi cantarillo no tiene agua. *(Va a iniciar el mutis. Amador la detiene.)*

MÚSICA

AMAD. Llora el agüa en la fuente
si tú te alejas,
y murmura en el cauce
que me desprecias.

LUISA. Dice el viento pasando
entre las hojas,
que hay hombres que acostumbran
burlarse de las mozas.

AMAD. Desecha tu temor,
que tu candor
no he de ofender.

LUISA. Perdone, señor;
pero a mi casa he de volver.

AMAD. Desecha tu temor.
De un ángel del cielo,
jamás se murmura;
tu frente está pura
y tienen tus ojos
tan grave mirar,
que a ciegas jurara
haber adorado tu divina cara
en algún altar.

LUISA. Señor, a mi casa
debo regresar.

AMAD. No sé por qué me tratas con esa cortesía.
Amador, es mi nombre,
yo sé que el tuyo es Luisa;

nómbrame, que en tus labios
mi nombre quiero oír.

LUISA. ¿Para qué?

AMAD. Un capricho. ¿Ya lo olvidaste?

LUISA. ¡Sí!

AMAD. Moza castellana
De color trigueño,
rubia espiga que doró
del sol de España el beso.
Niña que me escuchas
tembloroso el pecho.
Linda y triste cual la flor
que nace en el romero,
por oír mi nombre
en tus labios bellos,
suspirando al pronunciar
un pasional «te quiero»,
diera, niña hermosa,
todo cuanto tengo,
y si fuera el mismo Rey
también diera mi reino.

LUISA. No sé por qué tiemblo,
como si un peligro sintiese llegar.
(A Amador.)
Mi madre me aguarda
señor, a mi casa debo regresar.

AMAD. ¡Adiós, hermosa!

LUISA. ¡Adiós, señor!

(Al final del número, Luisa hace mutis. Aparecen por el primer término izquierda el señor Cura seguido del tío Mellizo.)

HABLADO

MELL. Pero, mi amo, ¿por dónde se ha metido usted?

CURA. ¡Otra vez aquí! Otra vez cortejando.

AMAD. Cortejando, sí; pero a la que ha de ser mi mujer.

CURA. ¡Tu mujer!

AMAD. Si ella y Dios lo quieren.

CURA. ¡Pues no han de querer!

MELL. ¿Y quién es ella, mi amo?

AMAD. Luisa, la del caserío, la de la Pastorela.

CURA. *(Arrebatándole la escopeta al tío Mellizo.)* Trae acá la escopeta, que no sé cómo desahogar mi alegría y voy a hacer una salva en honor de los novios. *(Levantando la escopeta y apuntando al alto.)* ¡Vivan los novios! *(Dispara los dos gatillos y no sale el tiro.)* Pero, ¡recontra!, si esta escopeta está descargada.

MELL. Toma, ya lo sé.

CURA. ¿Y por qué no lo dices?

MELL. ¡Como usté no me lo ha preguntao!

AMAD. No importa. Desahogue usted su alegría dándome un abrazo.

CURA. Con toda mi alma. *(Se abrazan.)*

MELL. No habrá salido el tiro..., ¡pero me lo ha cazao

TELÓN

ACTO SEGUNDO

A todo foro, telón representando las márgenes de un río, con molino de piedra, cerca de un puente. En primer término izquierda, portada del caserío de Luisa, con puerta practicable; en la derecha, y frente al caserío, las tapias de una huerta, con una gran puerta abierta del todo.

MÚSICA

Caminito del molino,
voy por la carretera real,
porque en mi burro más pulido
llevo la flor de mi trigal.
Corre mi lucero así,
que en oyendo mi canción,
impaciente por moler
me espera la molinera.
Que mi trigo es el mejor
y molerle gusto da;
corre, que si tardo mucho
no me aguardará.
Caminito del molino, etc.

(Antes de levantarse el telón se oye a lo lejos el clásico canto popular castellano del aligero que lleva trigo al molino. Se alza el telón y aparece un aligero llevando un saco de trigo al hombro. Este aligero es un hombre que viste chambra de color y faja ancha.)

HABLADO

(Salen del caserío la Roja y el tío Mellizo llevando una tina grande con botellas, vasos, etc., etc.; cruzan la escena

entran en la huerta de la derecha, saliendo a los pocos mo- ientos.)

MELL. ¡No arrempujes, mujer! *(Saliendo y cruzando la scena.)*

ROJA. ¡Huy, badanas! *(Entran en la huerta.)*

MELL. Bueno; ya está to. ¡Estoy más cansao!... *(Sa- en de la huerta.)*

ROJA. ¡Y yo más aburría!...

MELL. Pues me vas a tener que dispensar que no te arree ı paliza; pero, la verdá, quiero reservarme pa luego.

ROJA. Te creerás tú que yo tengo ganas de broma.

MELL. Pues hoy es día de alegrarse... ¡Mira, mira cómo stá la huerta!... Hay de to: vino, chorizo, pasteles, limoná. ' el día que hace: hasta el sol va de parte del amo. ¡Qué nporta que estemos en invierno, si hace sol; este sol de 'astilla, que cuando sale lo barre to: hasta el calendario!... Alégrate, negra; digo, Roja! *(La acaricia.)*

ROJA. No pueo, Mellizo; no pueo alegrarme.

MELL. Pues yo sí: cada vez más contento. Pues ¿y el mo?... Anoche me dijo: «Mellizo, arréglate de forma que ıañana se celebre nuestra segunda amonestación, o sea la nhorabuena, en ca la novia, pa que to el mundo se divierta que to el pueblo tome parte en mi alegría, y que haiga bai- ɜs, de los nuevos u de los castizos; vendrá el dulzainero de ıranda y el tamborilero de Madrigal; quiero reproducir, rente a la casa de mi novia, aquellos bailes de nuestros an- guos, aquellos bailes de cuando yo era mozo...»

ROJA. Que ya hace un rato de eso.

MELL. ¿Y qué? ¿Que mi amo es algo maduro?... Pa so tu niña es jovencita.

ROJA. *(Agresiva.)* ¿Qué tienes tú que decir de mi iña? ¿Qué? Habla, parlón, habla.

MELL. Que es mu joven y mu pulida.

ROJA. Y que vale más que tu amo y que to lo que tenga ı amo.

MELL. *(Amenazador.)* Roja, que... *(Levanta la mano.)*

ROJA. ¿Qué, qué?...

MELL. *(Observando.)* Que vié visita.

PAS. *(Por el foro.)* Por mí no gastar cumplíos; si os lace, duro. *(Haciendo ademán de pegar.)*

MELL. Estamos juegando.

PAS. ¿Y la gente del caserío?

MELL. Por ahí, trajinando.

ROJA. ¿Qué quieres?

PAS. Mi amo, el señor médico, que manda esto pa los futuros esposos. *(Mostrando un envoltorio.)*

MELL. *(Cogiendo el envoltorio.)* Y esto ¿qué es?

ROJA. ¿Se pué ver?

PAS. Sí, mujer; yo ya lo he visto. Es un ¿cómo se llama eso que sirve pa saber que hace calor?

MELL. Un calorífero.

PAS. No, hombre; eso que sirve para mandar llover y tronar.

MELL. ¡Santa Bárbara bendita!

PAS. No, hombre, no; no... Un mar... Un mar...

MELL. ¡Ah, ya! Un marmometro.

PAS. Eso es.

MELL. *(Desenvuelve el paquete y lo examina.)* Anda.. ¡Si esto es un riló sin pendolas!... *(Leyendo.)* «Lluvia, variable, muy seco.»

PAS. Así estoy yo: muy seco.

ROJA. Ahí tienes el pozo.

PAS. Es que me he dao una carrera pa llegar a tiempo porque como luego habrá aquí la mar de gente...

MELL. *(Que no deja de examinar con cierta desconfianza el barómetro.)* ¿Tú sabes si esto cuesta mucho?

PAS. Debe valer un dineral. Ahí es na: saber cuándo va a haber truenos y relámpagos.

MELL. *(Cogiendo miedo al aparato.)* Toma, Roja, toma..

ROJA. No, dáselo a Pascual que lo conoce. Oye, ¿y hay que darle cuerda?

PAS. Según tengo entendío, estos aparatos traen cuerda pa un rato largo; y tos los días bajan el sol y las nubes a mover esta agujita.

ROJA. Este chisme va a marcar siempre humedad.

PAS. ¿Por qué?

ROJA. Porque va a ir derecho al río. Toma, tómalo tú que tienes más confianza con él *(Le entrega el aparato.)*, y pásalo dentro. *(Mutis Pascual. Aparece Dimas por el foro trayendo otro envoltorio.)*

DIMAS. Deo gracias.

MELL. No hay de qué.

DIMAS. Vengo a dar la enhorabuena a los novios; hoy es día grande en el pueblo. ¡Ah! ¡Qué impresión hizo esta mañana en la iglesia cuando el señor cura leyó la segunda amonestación!

MELL. Sí, ¿eh?

DIMAS. Tú no lo sabes porque no vas a misa. ¿Por qué no vas a misa?

MELL. Cuando la digáis en castellano, que yo la entienda; y si no, es mu aburrío; que tú le largas al cura una cosa, y él a ti otra, y así os pasáis una hora. ¿Y yo qué sé que sus decís? ¡Señor, que yo me entere!...

DIMAS. Pero qué animal eres, Mellizo.

ROJA. Por parte de padre na más. Que así era mi suegro, que en paz descanse.

MELL. Se estima el piropo y se te convida a un trago. Pero ¿a ver qué es eso que traes? Porque tú traes ahí algo.

DIMAS. Traigo mi regalo de novios, sí, señor.

MELL. ¿Qué es?

ROJA. ¡Que se vea!

LUCAS. ¡Eso, eso! ¡Que se vea!

DIMAS. Un despertador.

MELL. ¡Un despertador pa los novios! ¿Pero tú has visto, Roja, cosa más famosa?

ROJA. ¿Y para qué quieres que se despierten? Déjalos, hombre, déjalos.

DIMAS. Un despertador maravilloso. Ahí va.

MELL. Te lo pués llevar o tirarlo al molino.

DIMAS. Pero...

MELL. ¡Que ese chisme no entra en casa!... Mia que es mala entrañita poner a la cabecera de la cama de unos novios un despertador.

DIMAS. Es que no se trata de un despertador vulgar, sino del digno regalo de un artista como yo. Esta ingeniosa máquina no te saca del sueño con un sencillo repiqueteo; este aparato, para despertarte, te toca un pasodoble, te toca un vals, te toca un himno, te toca...

MELL. A mí, como no me toque un hombre, no me despierta.

ROJA. Pos eso es una caja de música.

DIMAS. Exacto. *(Lo desenvuelve y lo muestra.)* Fijarse y escuchar, que va a ponerse en movimiento.

MÚSICA

Ya se han desposado Carlos y la Tiini,
que seis años llevan
asistiendo al cini.
Un reloj igual que éste, con su timbre y todo,
les han regalado.
Y la primer noche se han llevado un susto
los cinemaníacos.

MELL. ¿Qué fué?
ROJA. ¿Qué fué?

DIMAS. Pues fué que al sonar el timbre del despertado en la obscuridad de la alcoba, va y le dice la novia al novi toda angustiada: «Apártate que van a dar luz.»
MELL. Yo no lo entiendo.
ROJA. Ni yo.
DIMAS. Pues está claro, hombre; es sencillamente que.. *(Timbre.)*

DIMAS, ROJA y MELL.

Caray, qué oportuno.
Recontra, qué listo
es el aparato de que está provisto.
Yo jamás he visto
un reloj mejor.
Vaya si es despierto
el despertador.

HABLADO

DIMAS. ¿Eh? ¿Qué tal?
MELL. Que te has ganao un azumbre de vino.
ROJA. Aquí está el amo. *(Por la puerta del caserío apa rece Amador.)*
AMAD. Salud, amigo Dimas.
DIMAS. Señor Amador: gloria y honra de este pueblo bienhechor de los humildes; alivio de los pobres; consuel de las viudas; patriarca de todos, chicos y grandes; padr de todos los grandes y de casi todos los chicos... «¡ Saluten pluriman, dico vobis!» Reciba usted mi felicitación y est obsequio, nunca visto en bazares ni tómbolas. ¡ Va el regalo *(Se lo entrega.)*
AMAD. Andar, pasar con él y convidarlo. *(Mutis Roja Mellizo y Dimas a la huerta. Por el foro izquierda aparec el señor Cura. Amador sale a su encuentro, con grande muestras de alegría. Se abrazan.)* Señor cura.
CURA. ¿Estás contento?
AMAD. Soy feliz, muy feliz.
CURA. ¿Y Luisa?
AMAD. Cada vez más bonita.
CURA. Dímelo a mí, que he tenido que pedirla relacio nes. No anduve muy lucido de palabra; pero el caso es qu no nos dió calabazas, y, ya ves: estamos camino del matri monio.
AMD. Dios se lo pague a usted, señor cura. En la vid podré corresponder al bien que me ha hecho. Yo tenía de

amor una idea equivocada. Siento vergüenza de mi pasado.

CURA. Lo creo.

AMAD. Ahora soy otro hombre, y sólo anhelo que pasen rápidos estos días, para que usted, que es un santo, nos eche su bendición. Cada hora es un año, cada día me parece un siglo.

CURA. Vaya, vaya... ¡Con prisas y todo!... Así debe ser: el amor lleva siempre prisa; teóricamente sé que el que ama se impacienta.

AMAD. Es que esta chiquilla me ha trastornado de tal manera que yo mismo no me conozco. Vivo en completa contradicción. A veces me siento más joven y más fuerte que nunca, con las violencias juveniles y todos los arrebatos de la gente moza. Ante la sola sospecha de que otro hombre pudiera disputarme el cariño de Luisa, me siento hervir la sangre, y sería capaz de llevar a vías de hecho lo que dice aquella copla:

«¡Quieren quitarme la moza!...
¡Que antes me quiten la vida!...
¡Que mientras mi pecho aliente,
ningún hombre me la quita!»

CURA. ¡Qué cosas dices! Realmente estás enamorado; porque desvarías.

AMAD. Le digo a usted que me ha vuelto loco. De alegría unas veces; otras, de inquietudes.

CURA. ¿Inquietudes?

AMAD. ¿Usted sabe si Luisa ha tenido algún amor?

CURA. Ninguno, y no por falta de pretendientes. Pero ella no hizo caso a nadie; todo el pueblo es testigo. *(Viendo a Amador un poco preocupado.)* ¡Bah! ¡Alegría, y nada más que alegría! Ya ves cómo ha caído la noticia por el pueblo. Eso prueba que el bien que hiciste no cayó en barbecho. Todos te felicitan, todos te agasajan. ¡Todos!

AMAD. Todos no; que echo uno de menos: Agustín.

CURA. Realmente es extraño: quizá no se haya enterado; como sigue allá en la majada... Pero seguramente se alegrará de tu felicidad más que nadie. Tú no sabes con qué emoción recibió de mis manos las escrituras que tú arrebataste a los usureros.

AMAD. ¿Cómo no ha bajado a verme?

CURA. Sí... No sé qué decirte; ese chico está algo tocao de la cabeza. *(Por el foro derecha, don Buenaventura, seguido de doña Clímaca, que trae un sombrero adornado con grandes cerezas. Don Buenaventura trae un cuadro envuelto en papel de seda, bajo el brazo.)*

BUENA. *(En voz alta.)* Aquí está el afortunado mortal.
AMAD. ¡Oh, señor notario! *(Saliendo a su encuentro.)*
BUENA. *(Estrechándole la mano.)* Nuestro parabién, amigo Amador.
AMAD. *(Saludando a doña Clímaca.)* ¡Doña Clímaca!
CLÍM. *(Estrechándole la mano.)* Me adhiero como una lapa al beneplácito de mi esposo.
AMAD. Muy agradecido.
CLÍM. Aquí le traemos a usted un modesto presente. *(Llamando a su esposo, que está saludando al señor Cura.)* ¡Buenaventura!
BUENA. Presente.
CLÍM. Muestra el presente. *(Mientras su esposo desenvuelve el cuadro.)* Es un cuadrito de comedor, ejecutado al pastel por Benedicto, el célebre pastelista.
BUENA. He ido a los Madriles por él.
CURA. ¡Hola!
CLÍM. *(Presentando el cuadro.)* Helo.
AMAD. ¡Ole! ¡Precioso!
CURA. Un besugo, una alcachofa, unas ostras, una langosta y una sandía. ¡Conmovedor!
MELL. *(Saliendo de la huerta.)* ¡Alubia! ¡Mi víctima! *(Se detiene.)*
CLÍM. ¡El cazador furtivo! *(Se pone nerviosa.)*
MELL. Hoy no trae el vencejo; viene vegetariana.
AMAD. Pues un millón de gracias. *(Envuelve el cuadro.)*
CURA. Es un pastel de mucho mérito.
MELL. ¡Arrea! Le han regalado una tarta.
AMAD. Toma, Mellizo; llévatelo dentro.
MELL. *(Cogiendo el cuadro envuelto en el papel.)* ¡Muy bien! *(Da varios pasos hacia la derecha y se detiene palpando el cuadro.)* ¡Mi amo!
AMAD. ¿Qué pasa?
MELL. Que aquí no va mas que la bandeja; el pastel ha debío caerse.
AMAD. No seas bruto; es un cuadro que se llama así.
MELL. ¿Será posible? *(Lo descubre a hurtadillas y lo contempla.)* ¡Alcachofa, besugo, langosta, almejas y sandía!... ¿Y a esto le llaman pastel? ¡Esto es un almuerzo! *(Mutis a la huerta.)*
AMAD. Pasen, pasen ustedes... Tendremos mucho gusto en obsequiarles.
CURA. *(Iniciando el mutis.)* Muy bien; muy bien ese cuadrito.
CLÍM. Ha sido idea de Buenaventura, señor cura. *(Mu-*

is a la huerta. Luisa, saliendo del caserío, va al foro, dando eñales de inquietud, y vuelve al centro de la escena. Detrás e Luisa sale Matea.)

MATEA. Chica, ¿qué te pasa?

LUISA. Nada, madre.

MATEA. ¿Por qué huyes de la gente?

LUISA. No huyo.

MATEA. Habrás visto cómo tu madre tenía razón. Ya es, hoy todo el pueblo me felicita por tu matrimonio. Todos icen, con razón, que hemos hecho nuestra suerte. ¿Tú qué ices? ¿No estás satisfecha?

LUISA. ¿Lo está usted?

MATEA. ¿No he de estarlo? Y si tu padre levantara la abeza reventaría de satisfacción. Ya no habrá apuros; ya o habrá embargos; ya no habrá que temer a los años ma- os. Lo único que me disgusta es tu actitud: llevas unos días ue estás inaguantable.

LUISA. Ya le he dicho a usted que cumpliré con mi eber.

MATEA. Ya puedes darte con un canto en los dientes uando un hombre tal se prenda de ti y te hace su mujer.

LUISA. Y ya puedo yo decirle al alma de mi padre: «Es- ate tranquila, que ya no debes nada. Todo se pagó.»

MATEA. Todo, no.

LUISA. Todo, sí... ¡Qué sabe usted de mis cuentas!

MATEA. Vosotros sois los que no sabéis de la vida ni onocéis el mundo.

LUISA. Para sentir, no hace falta conocer el mundo; ara sentir, no hace falta mas que un corazón que sepa y ueda sentir. ¿El mundo? ¿La vida? ¿Qué mundo? Si a ve- es una sola persona y un solo corazón es toda una vida y es odo un mundo.

MATEA. Hija mía, espero que algún día me darás la ra- ón; y ya que te veo tan poco cumplida con las visitas, voy o a ocupar tu puesto. Cuando quieras te haces la visible. *Mutis Matea a la huerta.)*

MÚSICA

LUISA.
En mis ojos la pena
tiende un negro velo
que obscurecen las flores
y el azul del cielo.
Ni las aves más lindas
tienen para mí su color,
porque todo se apaga

cuando se ha perdido el amor.
La tristeza en el fondo
de mi pecho anida;
por la herida que abre
se me va la vida.
Si pudiera, con llanto
mi dolor ahogara;
mas fingiendo alegría
debe estar mi cara.
¡Ay!, ¡fiebre dolorosa
de la desilusión!
Arde en tu fuego,
que me atormenta
toda mi sangre,
y, sin embargo,
muere de frío mi corazón.
¡Qué será de Agustín!
¡Nunca más le veré!,
porque pensará de mí
que le traicioné.

De los campos no siento la divina calma,
ni del sol la alegría entra ya en mi alma;
a través de mi llanto veo sus destellos;
al herir en mis ojos dejan de ser bellos.
¡Ya no le veré!

(Al terminar el número, Luisa se deja caer en una silla a la puerta del caserío, sollozando; a poco sale la Roja.)

HABLADO

ROJA. ¿Por qué lloras, niña mía?

LUISA. ¡Ay, Roja, Roja!

ROJA. ¿Quieres que llore yo contigo? Anda, vamos a llorar, y pasaremos un buen rato.

LUISA. Déjame, Roja.

ROJA. ¿Que te deje? No, señor. ¿Que tú te ríes? Yo me río... ¿Que tú lloras? Yo berreo... Anda, vamos a llorar otro poco. Pero me tengo que enterar por qué ese ese llanto. Y eso que lo sé; aunque soy mu burra y mu torpe, gracias a Dios, sé a dónde van a parar esas lágrimas.

LUISA. ¡Cállate!

ROJA. No me da la gana. ¿Sabes lo que te digo? Que tú vas a este matrimonio como el que va a la horca.

LUISA. ¡Que te calles, Roja!... ¿Quién te ha dicho eso?

ROJA. Tu cara, tus suspiros y tus lágrimas. ¿Es que crees que yo soy como tu madre, que te tie delante y no te ve?

LUISA. Amador es un hombre bueno, leal, honrado.

ROJA. Y mu rico pa con tomate; pero tú no le quieres.

LUISA. ¡Roja!

ROJA. Lo dicho; no le quieres como se debe querer al ombre que va a ser marío de una. Y casarse así es condearse a cadena perpetua, y yo no quiero que tú te condenes, eina mía; que pa eso te he mecío y te he dao mis pechos mi sangre, y tú... me has manchao muchas veces el deantal...; a tu madre y al cura le pués decir lo que quieras; ero a tu chacha no. Bueno, y eso no le hace pa, si quieres lorar, que lloremos otro poco... Anda, vamos a llorar.

LUISA. *(Escuchando.)* Calla.

ROJA. ¿Temes que venga Agustín?

LUISA. ¡Agustín!

ROJA. Sí, Agustín, que está dentro de ese corazoncito.

LUISA. ¡Roja!

ROJA. ¿También es mentira?... ¡Verdad!... ¡Ay, moza, ıoza!... Qué mal haces en disimular con tu chacha. Si tú le uieres con toda tu alma, y le quieres como él a ti, desde ue dambos a dos erais unos chiquillos; por eso no querías ue yo fuera a la fuente; pero yo he ido, y te he visto, y...

LUISA. Aunque así sea. He dado mi palabra a Amador; uestros nombres han sonado juntos en la iglesia y sabré umplir mi palabra y mi deber.

MATEA. *(Desde dentro.)* ¡Luisa!

LUISA. Anda, vete, Roja; mi madre me llama. Vete.

ROJA. Me voy; pero no me llores hasta que yo venga.

MATEA. *(Saliendo un poco descompuesta.)* ¿Qué haces ú aquí?

ROJA. Despidiéndome de la niña.

MATEA. Ya has tenido tiempo de despedirte y de parlar ıás de la cuenta. Así es que..., largo..., largo.

ROJA. Bueno, mujer; ya me voy.

MATEA. Y harás muy bien en no aparecer más por aquí.

LUISA. ¡Madre!

MATEA. Tú te callas; sé lo que me digo, y ella también.

ROJA. ¿Es que me echas de tu casa?

MATEA. Ya lo ves.

ROJA. ¿Y por qué? ¿Qué te he hecho yo?

MATEA. No tengo ganas de dar explicaciones. Con tanto ariño y tanta zalamería estás perjudicándome a mí y a mi ija.

ROJA. ¡San Roque y su perro me valgan! *(Se lleva las ıanos a la cabeza.)* ¿Qué dices, Matea? ¿Que yo, que la Roja puede perjudicar a su niña? ¡Eso es una calumnia mu

grande ! Si tú la trajiste al mundo, yo la he criao, y m tiempo ha estao en estos brazos que en esos.

MATEA. Si me serviste, te pagué.

ROJA. ¡ Misté qué salida más financiera !

MATEA. ¿Qué? ¿No es verdad? ¿Te debo algo?

ROJA. Es que hay cosas que no se pagan con dinero.. ¡ doña Matea ! Ni con fanegas. Eso es lo que te pierde a y a mucha gente : ¡ las fanegas !, ¡ las fanegas ! Valiera m que pensaras en tu hija.

MATEA. Pero ¿qué dices?

ROJA. Que una madre como es debido, si no sabe lo q le pasa a su hija, lo adivina ; y si no lo advina, pues no buena madre.

MATEA. *(Intentando ir hacia ella.)* ¡ Deslenguada !

LUISA. ¡ Madre ! *(La detiene.)*

MATEA. Tú *(A Luisa.)*, adentro. *(La da un empujón entra con Luisa en la corraliza.)*

ROJA. *(Como si siguiera en escena Matea.)* Sí, señora tú me puedes echar de tu casa ; pero el cariño que hay aq drento *(Señalándose el pecho.)*, pa mi niña, no lo echa fuera ni tú ni Doña María la Brava. Eso es. Y tú no te ap res, niña mía, ¡ cielo ! ¡ Princesa desgraciada !... Y no llor hasta que yo venga... ¡ Egoistona ! ¡ Avariciosa ! ¡ Viva amor libre ! *(Medio mutis.)* ¡ Abajo la tiranía, aunque se materna ! *(Mutis por el foro. Por la corraliza, Dimas, seguid del Mellizo.)*

DIMAS. *(Escupiendo como un desesperado.)* ¡ Maldi sea !

MELL. Pero ¿qué te pasa?

DIMAS. De esta hecha me muero. *(Escupe.)*

MELL. Pero ¿qué te sucede?

DIMAS. Llama al médico, Mellizo, que me he intoxica

MELL. Pero ¿qué te ocurre?

DIMAS. Que como soy aficionado a las bebidas exótica desde que compuse un tango argentino, me he servido u copa de una botella de un líquido indefinido que estaba ent los obsequios ; me la he bebido, y, como sabía a lombar cocida, miro la etiqueta, y resulta que era un frasco de quin

MELL. El regalo del boticario.

DIMAS. Corro que me dé un contraveneno. ¡ Maldtia se mi suerte ! *(Mutis.)*

MELL. *(Riéndose.)* ¡ Ja, ja, ja ! ¡ Va echando quina *(Se oye la dulzaina y el tamboril, por dentro, que va ace cándose. Asomándose a la corraliza, levantando los braz e iniciando un baile. Gritando.)* ¡ Mi amo ! ¡ Que ya está

aquí los de la enhorabuena! *(Vuelve a escena la Roja y por señas le dice al Mellizo que la han echado de casa. El Mellizo la da a entender que se habrá ido de la lengua, y la Roja quiere acometerle, cesando al ver que de la huerta salen los novios e invitados. Salen por el foro izquierda el dulzainero y el tamborilero, precedidos de unos cuantos chiquillos que vienen saltando delante de ellos; los siguen mozos y mozas, ataviados a usanza de tierra de campos. Al mismo tiempo salen de la corraliza Luisa, Matea, Amador, doña Clímaca, don Buenaventura y Pascual. Mozos y mozas, sobre el número musical, van felicitando a Luisa y Amador.)*

BAILE

(Empieza el baile colocándose el dulzainero y tamborilero en el centro de la «rueda» que formaron los mozos y mozas. Las mozas por fuera de la «rueda» y los mozos dentro. Fuera de la «rueda» pueden bailar «cómicamente» la Roja y doña Clímaca.)

MÚSICA

Baila, niña, si te vas a casar;
baila si a casarte vas,
que te sale la color al bailar.
Tus mejillas son las rosas de abril,
tus mejillas rosas son.
Baila tú, que ya suena el tamboril;
baila al son del tamboril;
baila, mozo, si te vas a casar;
baila si a casarte vas,
que te sale la color al bailar,
que te sale al bailar.
Tus mejillas son rosas de abril,
tus mejillas rosas son.
Baila al son del tamboril.
Tamboril.
La, la, la, la, la.
Daile, daile a la dulzaina;
daile, daile ya a la rueda,
porque aquí venimos todos
pa daile la enhorabuena.
Daile, daile a la dulzaina;
daile, daile ya a la rueda,
y que salgan los dos novios
pa dailes el parabién.

CORO. }
VOZ. } ¡Que cante alguien!
MOZO. Que cante Amador.

MÚSICA

AMAD. Voy a desmentir, señores,
del español el refrán,
pues no rabio, ni soy pobre,
y voy a cantar.
Quiero cantar a Castilla,
la de la verde besana,
la de la gente sencilla,
como la tierra de llana.
Mi Castilla, la que brilla
con sus mieses que el sol dora;
la llanura de virtudes
y heroísmos creadora;
la amorosa,
la guerrera,
la celosa guardadora
de su honor y su panera;
la amorosa,
la sencilla,
la grandiosa mi Castilla.
Noble mozo de Castilla,
labrador y aventurero;
el que lleva sus amores
en el puño de la esteva
y en el pomo del acero.
Eres rosa en los canchales,
amapola en los trigales,
la que inspira con sus ojos
al soldado sus arrojos
y al poeta madrigales.
Te quiero, tierra bravía,
y adoro en ti toda España,
porque tu suelo es la entraña
de la madre patria mía.
Te quiero, etc.
Te quiero, etc.
Mi Castilla.
Patria mía.

(Se descubren todos. Al terminar el canto a Castilla fel-citan a Amador y hacen mutis todos a la huerta, quedándos-el último Amador.)

HABLADO

MELL. ¡A la limoná! Pasar, pasar. *(Mutis todos a la uerta. Por el foro aparece Agustín precipitadamente y con ran excitación; en su gesto y en su actitud ha de observarse ue viene enloquecido.)*

AGUS. ¡Escucha, Amador!

AMAD. *(Volviéndose y mostrando alegría.)* ¡Agustín! Gracias a Dios! ¿Vienes a darme la enhorabuena?

AGUS. Vengo por tu vida.

AMAD. ¿Qué dices?

AGUS. Eres un ladrón; pero no un ladrón del campo, ue expone su vida; eres un mal ladrón, que busca la astucia las sombras para dar el golpe.

AMAD. ¿Estás loco?

AGUS. Estaba ciego; pero ahora veo con toda claridad l negro fondo de tu alma. Has querido comprarme. Toma l precio que pusiste al amor de toda mi vida. *(Le arroja a s pies un pliego de papel, estrujándolo.)*

AMAD. ¡Yo estoy soñando!

AGUS. Esa moza no se gana con dinero, ni con astucia, i con traiciones. ¡Se gana con el corazón y cara a cara! Ven a disputármela, si no eres un cobarde!...

MÚSICA

MAD. ¡Agustín, Agustín, basta ya!
Si no declarara
tu misma insolencia
que has enloquecido y buscas pendencia,
tu sangre pagara
decirme ladrón;
tus ojos me hieren,
tu boca me insulta;
mas reñir no quiero
sin saber primero
la razón oculta de tu sinrazón:
sin duda te ciega
tu febril pasión.

GUS. Busca, si el valor te falta,
con el valor de tu hacienda,
otro mozo que se humille
y otra moza que se venda.
Huye de mí si te falta
pecho para rechazarme;
pero tu miedo no ocultes,
porque no habrás de engañarme.

AMAD. Tu locura es contagiosa;
lograrás enloquecerme.
Si no miras lo que dices,
no sabré contenerme.

AGUS. No conseguirás burlarme
con tu calma mal fingida;
suelta tu presa de lobo
o la darás con tu vida.

AMAD. *(Al mismo tiempo.)*
Luisa no se vende,
alguien te ha engañado;
si otra cosa piensas
es que lo has soñado.

AGUS. Si loco me juzgas
entra y llámala,
y el secreto de nuestros amores
ella misma te descubrirá.

AMAD. ¡Mientes!
Es virgen su alma;
virgen,
que jamás tuvo amores.
Su cariño forjó tu ilusión;
tan sólo latió para mí
su leal corazón.
¡Mientes!
En tu desvarío,
¡sueñas!
Su amor sólo es mío.
¡Mientes!
Pero vas tu mentir a pagar,
porque ya siento el ansia también
de morir o matar.

AGUS. Te la habré de arrancar.

AMAD. Huye del pensamiento,
nube de sangre
maldita,
que si me ciegas,
Luisa mía,
te voy a perder.
Falso
que Luisa te quiere.
Sufre
si el despecho te hiere.
Calla,
porque en ella no pierdo la fe.

Y aunque un arma clavaras en mí,
siempre te diré: ¡Mientes!

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

CURA. *(Saliendo y quedándose absorto en la portada de la corraliza al ver la actitud de los dos.)* ¡Agustín!

AGUS. *(Yendo al foro.)* ¡Te espero en la Hondonada del Cristo!

AMAD. ¡Que él te perdone si muero, y me juzgue si te mato! *(Agustín hace mutis rápidamente por el foro izquierda. Amador va a lanzarse tras Agustín, pero se interpone rápidamente el señor Cura, que trata de sujetar a Amador.)*

CURA. ¡No vayas, Amador, no vayas!

AMAD. *(Forcejeando.)* ¡Suélteme!..., ¡suélteme!... *(Consigue desasirse del Cura, que cae al suelo, con una rodilla en tierra, y grita, viendo que Amador escapa hacia el foro.)*

CURA. ¡Amador! ¡Tú no puedes matar a ese mozo! ¡Te lo impide... !

AMAD. *(Volviéndose vivamente, ya en el foro.)* ¿Qué? ¿La ley de Dios?

CURA. La ley de Dios y la ley de la sangre.

AMAD. *(Volviéndose anhelante.)* ¡Señor cura!...

CURA. *(Levantándose.)* ¡Escúchame, Amador! *(Muy enérgicamente.)* ¡¡Escúchame!!

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Sala-despacho de la casa del señor Cura. Puertas a izquierda y derecha. Al fondo derecha una mesa con libros y un crucifijo pequeño, varios cuadros de cromos religiosos, un armonium, y más a la izquierda, una ventana cerrada. Es de noche.

Al levantarse el telón sale por la izquierda Basilia, seguida de Dimas, que trae en la mano unas llaves grandes, sujetas por una correa.

BASI. Bien, bien, Dimas; te has portado muy bien. Has dejado la iglesia como un ascua de oro.

DIMAS. Y luego dicen por el pueblo que soy un chupacirios.

BASI. Ya te harán justicia.

DIMAS. A ver si hoy, que es el último ensayo, queda todo bien, y nos sale este año una misa de gallo y una Pastorela que deje recuerdo. *(Abre el armonium.)* Este año no ocurrirá lo que el pasado, que cantaron todos tan mal que aquello fué la misa de los gallos.

BASI. A ver si te fijas, que el mejor día, al volver el señor cura la cabeza dende el alto para decir «Dominum vobiscum», va a encontrarse con todos los feligreses bailando el «charleston».

DIMAS. Si es que sin querer se me va el santo a Valladolid.

BASI. Aquí está tu gente. *(Asomándose.)* Adelante, adelante. *(Empiezan a entrar por la izquierda mozos, mozas y chiquillos, que vienen a ensayar la Pastorela; entre ellos el tío Mellizo y Pascual.)*

MELL. Buenas noches nos dé Dios.

PAS. Guas noches. *(Mutis Basilia.)*

DIMAS. Vamos a ver: ¿estamos todos?

MELL. De los que hemos llegao no falta nadie.

DIMAS. ¿Traéis todos los instrumentos?

TODOS. ¡Míralos! *(Enseñan unos las castañuelas, otros la pandereta, guitarras, zambombas; Pascual enseña una almirez, con su mano.)*

MELL. ¡Troncho! Si me he dejao mi instrumento en el casino. *(Mutis, corriendo, por la izquierda.)*

DIMAS. *(A Pascual.)* Pero ¿qué te traes tú ahí?

PAS. Velay, una almirez.

DIMAS. ¡Pero, hombre!

PAS. ¡Andá! Pues con esto toco yo un pasodoble torero.

DIMAS. ¿Cuál?

PAS. Machaco. *(Machacando con el almirez.)*

DIMAS. Bueno, pues yo te avisaré cuándo entra el metal.

MELL. *(Volviendo por la izquierda, con un cántaro grande vacío.)* Aquí está mi instrumento.

DIMAS. ¡Refliscorno!

MELL. Menudo que es. Con tu permiso voy a templar. *(Coge el cántaro y sopla en él dos o tres veces.)* Listo; por mí, cuando queráis.

DIMAS. Pues colocarse como todas las noches; vosotros, aquí; vosotras, a este lado. *(Va colocando a todos, formando dos hileras a ambos lados del armonium.)*

MELL. La verdá es que es lástima que no toquemos un «chaquetón» de moda.

DIMAS. ¡Ah!... ¡Tú eres de los míos!... *(Le echa la mano al hombro y le da golpes en la espalda.)* A ti te gusta la música ligera.

MELL. A ver.

DIMAS. ¿Quieres que toque alguna piececita?

MELL. Ya la estás tocando.

DIMAS. ¿Cómo?

MELL. ¡Miala! *(Se vuelve y muestra la espalda del chaleco con un gran remiendo, bien visible, a la altura del hombro.)*

DIMAS. A ver si te destemplo una muela de un «estacato». *(Dirigiéndose al armonium.)* Armonía y compostura... ¡A una! *(Empiezan todos a tocar.)*

DIMAS. ¡Chist!... Callar... A la una lo menos se descuelga el señor cura, y mientras tanto os voy a ejecutar un simmy que he compuesto y que va a ser la caraba vallisoletana.

TODOS. A ver, a ver.

DIMAS. Fijarse y boquiabriros.

MÚSICA

DIMAS. Es el bailar,
como ayer y en la antigüedad,
lo que prefiere hacer
la loca Humanidad,
pues el placer del danzón
es tan especial
que su emoción no saber
es perder
la mayor felicidad.

CORO. Eso está muy bien,
esa es la verdad.

DIMAS. Ahora venga el jazz:
El Himalaya
es un montecito
junto al chicagüense
que inventó el jazz-band.
El Himalaya
báilalo negrito
danzarín canelo,
rey del Yucatán.

CORO. Has dao de lleno de los symis en el quid,
tú vas a ser la gloria de Valladolid.
Me lo da la nariz.

DIMAS.	A tocar.
CORO.	A tocar.
DIMAS.	A bailar.
CORO.	A bailar.

HABLADO

CURA. *(Entrando por la izquierda. Con mal humor.)* ¿Qué zarabanda es esta? *(Todos se sobrecogen.)*

DIMAS. Es el ensayo, señor cura.

CURA. ¡Bonito ensayo! Vaya, vaya; se acabó por esta noche. No estoy para belenes.

DIMAS. Sígame la masa coral y musical. Hasta mañana, señor cura.

MELL. De aquí a mañana.

PAS. Guas noches.

CURA. Id con Dios. *(Hacen mutis por la izquierda todos menos el señor Cura. Aparece Basilia por la derecha.)*

BASI. ¿Le traigo la colación?

CURA. No; no tengo ganas de tomar nada... Quiero rezar. *(Mutis Basilia. El señor Cura se acerca a su mesa; se sienta en el sillón, coge un librito pequeño, de pasta negra, y empieza a rezar. Se santigua y se le oye decir.)* «¡Veni Sancti Spiritu!...» *(Amador aparece por el foro derecha, quedándose un poco indeciso al ver al señor Cura, que sigue con fervor sus rezos. Levanta la cabeza el señor Cura y, al fijarse en Amador, cierra el libro y, levantándose de la mesa, sale a su encuentro.)* ¡Amador!

AMAD. Me he anticipado a la hora porque no puedo vivir así.

CURA. ¿No estás más tranquilo?

AMAD. Estoy ansioso de oírle. Hable usted, señor cura; hable usted, porque si dura algún tiempo más esta situación no respondo de mí. ¿Verdad, señor cura, que sus últimas palabras de esta tarde no fueron un pretexto para cortar un desafío?

CURA. No, Amador, no. Escúchame; pero procura antes calmarte; que alguna diferencia ha de haber entre el valor reposado de un hombre y los arrebatos de un mozalbete, hasta cierto punto disculpable y justificado.

AMAD. ¿Será usted capaz de defenderle?

CURA. No te exaltes y escucha, Amador; escucha. En una noche como ésta, de los alrededores de Navidad, hace unos veinte años, una mano nerviosa llamó repetidas veces en esa misma ventana. Una pobre mujer, a la que poco a poco se le acababa la vida, necesitaba los auxilios del sacerdote. Quiso

Dios que llegara a tiempo de recibir su confesión, y algo más que su confesión: su última voluntad... ¿Sabes quién era aquella mujer? Aurelia.

AMAD. ¡Aurelia!

CURA. Sí. Y ahora me veo obligado a hacerte unas preguntas, como sacerdote, no como amigo. ¿Es cierto que conociste a Aurelia como mujer?

AMAD. Cierto...

CURA. ¿Y no volviste a saber de ella, ni sospechaste las consecuencias de aquellos amoríos?

AMAD. Le juro a usted, señor cura, por ese Santo Cristo, que no volví a saber nada.

CURA. Te creo.

AMAD. Aurelia siguió viviendo con su hermana y el marido de su hermana, allá en los Canchales. Supe que su hermana había tenido un hijo y que hubo gran fiesta cuando bajaron a bautizar al niño. Nada más.

CURA. ¡Ay, Amador! Que los hombres estáis equivocados. ¡Que creéis que se puede jugar impunemente con la buena fama y el honor de una mujer, que si a veces es débil la disculpa su propia debilidad, y os empeñáis los galantes, los guapos, en que esto no tiene importancia... Y mira cómo Dios castiga, sin ira y sin palo. ¿Sabes quién es aquel niño que de los Canchales bajaron a bautizar? Agustín. ¿Sabes quién fué la verdadera madre de Agustín? Aurelia.

AMAD. ¿Aurelia?

CURA. Sí, Aurelia, que murió de sentimiento al verse abandonada de ti. ¡Pobre moza! Para ocultar su deshonra, su hermana y el buen Pablo, su esposo, recogieron a Agustín, y como hijo le reconocieron.

AMAD. ¿Es posible?

CURA. Posible no. Cierto, rigurosamente cierto. Y como Aurelia no conoció más hombre que a ti, Agustín es hijo tuyo.

AMAD. ¡Mi hijo!...

CURA. Sí, tu hijo. Ese es tu castigo: has estado a punto de matarte con tu propio hijo.

AMAD. ¡Mi hijo, Agustín! ¿Y por qué usted no me lo dijo antes?

CURA. Decidimos que no lo supieras mientras no fuera necesario. Y como prometí solemnemente a Aurelia que Agustín nunca sabría la verdad, de ti exijo el cumplimiento de mi promesa. (*Levantándose y descubriéndose ante el crucifijo.*) ¡Amador! ¿Juras a Dios no revelar jamás el origen de Agustín?

AMAD. ¡Lo juro! *(Llaman a la ventana. El señor Cura se acerca a ella.)*

CURA. ¿Quién llama?

AGUS. *(Dentro, confusamente.)* Abra, señor cura.

CURA. ¡Agustín!

AMAD. ¡Agustín! Viene a buscarme; cree que soy un cobarde, que me escondo aquí en su casa. *(Nervioso.)*

CURA. Chist... No hagas juicios temerarios y aguarda ahí... Pasa, Amador.

AMAD. Pero...

CURA. *(Empujándole precipitada y cariñosamente hacia la habitación de la derecha.)* ¡Pasa! *(Aparece Basilia.)*

BASI. Han llamao, señor cura. ¿Qué hago?

CURA. ¿Qué has de hacer, mujer? Abrir. La casa de un cura se abre siempre a todos. *(Mutis Basilia, apareciendo al poco Agustín, que, algo cortado, queda cerca de la puerta de la habitación, sin decidirse a entrar del todo.)*

AGUS. ¡Buenas noches, señor cura!

CURA. ¿Tú?

AGUS. No me esperaba usted, ¿verdad?

CURA. No; no te esperaba. Pero pasa, hombre, no te quedes en la puerta. *(Agustín avanza al centro de la habitación.)* ¿De dónde vienes?

AGUS. De por ahí.

CURA. Parece que estás fatigado; descansa y sosiégate. Supongo que, cuando vienes a verme a estas horas, no será un buen viento el que te trae.

AGUS. Allá veremos.

CURA. Vamos a cuentas, buen mozo. ¿Vienes en son de guerra?

AGUS. Vengo a confesarme, señor cura. Entre que lo haga en la iglesia o lo haga aquí en su casa, no habrá gran diferencia.

CURA. Entonces, ¿reconoces tu injusticia, tu ofuscación, y estás arrepentido de tu actitud de esta tarde?

AGUS. Sí.

CURA. ¿Reconoces también que Amador te salvó de la ruina, sin miras bastardas, ajeno por completo a tus pasiones?

AGUS. Así es.

CURA. *(Con alegría.)* ¡Dios ha iluminado tu conciencia!

AGUS. Me enloquecí, padre. ¿Usted no sabe lo que es querer?

CURA. No; aunque lo comprendo.

AGUS. Pero comprenderlo no es sentirlo.

CURA. Acaso tengas razón.

AGUS. Amo a Luisa con amor grande, inmenso; con amor que ha sido la única razón de toda mi vida... ¡El dolor de perderla me ha cegado esta tarde!... Pero, reconocido mi error, vengo ahora a buscar un corazón en quien depositar mis amores; vengo a decirle a usted que este amor mío debe morir, y morirá, y vamos a enterrarlo entre usted y yo. Amador debe ser feliz; ha hecho mucho bien. Amador será el marido, el dueño de mi amor. Y, así el firmamento se hunda, lo será.

CURA. ¡Agustín..., hijo! Pero... y tú..., ¿qué vas a hacer?

AGUS. De mí no se preocupe usted ya. Y para que no quede una sombra ni un recelo, mañana, señor cura, mañana, cuando todo el mundo esté en la iglesia saludando al Niño Dios que va a nacer, huiré del pueblo.

CURA. No... Eso... no.

AGUS. Sí... Eso sí... Y dígale a Amador que me perdone. Y, como creo que no me negará su absolución, de rodillas la espero, padre. *(Se arrodilla.)*

CURA. Yo te bendigo en nombre del Padre... *(Le bendice. Agustín coge las manos del señor Cura, se las besa y sale precipitadamente de la habitación.)* Pero, oye... ¡Agustín!

AMAD. *(Saliendo de la habitación.)* ¡Agustín!... ¡Hi...!

CURA. *(Le detiene y le tapa la boca.)* ¡Calla! ¡Calla!... ¡Que Dios le proteja!...

MUTACIÓN

INTERMEDIO

(Desde dentro; a telón corrido.)

ALIGERO. Caminito del molino
voy por la carretera real,
porque en mi burro más pulido
llevo la flor de mi trigal.
Corre mi lucero así,
que en oyendo mi canción,
impaciente por moler
me espera la molinera.
Que mi trigo es el mejor
y molerle gusto da;
corre, que si tardas mucho
no me aguardará.

Caminito del molino
voy por la carretera real,
porque en mi burro más pulido
llevo la flor de mi trigal.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

En primer término de la derecha, el ábside—parte posterior—de la iglesia del pueblo: en la parte superior del ábside, gran ventanal redondo, a través de cuyos multicolores cristales ha de apreciarse el reverbero de las luces que alumbran dentro del templo. Del primero al último término, dando forma corpórea, la parte lateral de la iglesia. En la mitad de este costado, puerta grande, que comunica con el templo. En la izquierda, casas del pueblo, que forman con la iglesia pequeña plazuela. Al fondo, campo y horizonte. Es Nochebuena, a las doce, durante la misa del Gallo. Hay luna. Antes de levantarse el telón se oirán los acordes del órgano, pues se está celebrando la misa.

Al levantarse el telón se hacen más sensibles las notas del órgano y las voces de los cantores.

MÚSICA

«Sanctus, Sanctus, Sanctus. Pleni sun cœli et terra majestatis gloria tue. Hossanna in excelsis!» *(A poco de terminar los cánticos del «Sanctus» se oye una campanilla que toca a alzar.)*

Tilín, tin tin, tilín.
Tilín, tin tin, tilín.
Tilín, tin tin, tilín.

(Órgano, panderetas, castañuelas, si hay, dulzaina y tambor, dejan oír la Marcha Real, que termina esfumándose en el órgano, que de vez en vez se oye, suponiendo que continúa la misa. Por la puerta lateral de la iglesia aparece el tío Mellizo con su cántaro-instrumento en la mano; avanza hasta el primer término, deja el cántaro y se pone tranquilamente a liar un cigarro.)

MELL. ¡Que me lo digan en castellano!...

AMAD. *(Saliendo también de la iglesia.)* Pero, Mellizo...

MELL. Venga usté acá, mi amo; venga usté acá, a echar un cigarro, y deje usté al sacris y al cura que se las entiendan con el pueblo.

AMAD. ¿Pero no terminas de oír la misa del Gallo?

MELL. Ni usté tampoco.

AMAD. Si ya falta poco.

MELL. Entavía, entavía... Diquiá a los villancicos hay tiempo de echar una parrafada.

AMAD. Pero si Luisa va a cantar ya.

MELL. Que entavía no, mi amo; que falta este instrumento. *(Por el cántaro.)* Ande, líe un cigarro... ¡Tenía ya ganas de echar humo!... ¿Usté no querrá de esto? Pues a mí me gusta más picao. *(Saca una navaja muy larga, de muelles, y se pone a picar tabaco.)*

AMAD. ¿Qué es eso?

MELL. Pues ya lo ve usté: un cortaplumas.

AMAD. ¿Y para qué traes tú eso?

MELL. Pa picar tabaco y, a lo mejor, pa hacer en la tripa de un mozo fachendoso más bujeros que tie una criba.

AMAD. *(Serio.)* Mellizo, venga esa navaja... *(Se la quita.)* Y, óyeme bien. ¡Dios te libre de intentar nada contra ese mozo!... ¡Eso es cuenta mía!... ¿Lo oyes, Mellizo? ¡Es cuenta mía!... Y vamos a lo que importa. La Roja, tu mujer, ¿qué pasa con ella? ¿Qué dice de su niña?

MELL. Pues que anoche llegó a casa como una seña Madalena, después del pecao, con una llorera y unas congojas, que a mí, en lugar de animarla y distraerla, como otras veces, con unos golpes, me dió por escucharla y atenderla; y, entre suspiros y maldiciones, me vino a dicir que esta boda es una desgracia pa su niña y que antes de que llegue arma un escándalo al cura y a la Matea, que son los culpables, porque no ven mas que los dineros de usté y su hacienda, y que su niña no le pué querer a usté; que to eso de querer al marío después de la boda está mu bien cuando no se tiene dentro del corazón otro querer, pero que en un hueco donde no cabe mas que uno, y ese uno ya está, venga a meterse otro, pues que no pué entrar, o entra mu a disgusto... Pues que «ties razón», la dije yo. De suerte que, a la cuenta, la Luisa también le quiere.

AMAD. Perfectamente. ¿Y estás seguro que Agustín no salió del pueblo?

MELL. Segurísimo; encerrao está en su casa, sin querer ver a nadie. Pa mí que, como dicen los demás mozos, le ha entrao miedo.

AMAD. ¡Mellizo! Agustín no tiene miedo.

MELL. Pos eso se dice por ahí. Hay muchos parlones.

AMAD. Pues a los parlones se les parte la cabeza.

MELL. Descuide usté, mi amo, que yo no soy un alma de cántaro. *(Coge el cántaro y hace mutis a la iglesia.)*

MÚSICA

AMAD. ¡Ay de mi amor!
¡Suyo ha de ser!
Renunciar es mi cruel deber.
Muerta mi esperanza,
perdida mi pasión,
dulce vida que soñé,
os voy a dar mi adiós.
Triste alondra mañanera,
la que amaneciendo canta,
vuela pronto, que la noche
va cayendo sobre el alma;
que de la ilusión el fuego
a mi pecho herido
ya no da calor,
y la sombra de mi dicha,
que murió al nacer,
acobarda mi dolor.
Noche de reír,
noche de cantar,
no quiero sufrir,
no quiero llorar.
Calma, Niño Dios,
mi fatal sentir;
tú vas a nacer
y él ha de morir.
Mi Luisa,
mi bien.
Con pena de muerte
renuncio a tu amor.
¡Ay, cómo sufre un hombre
cuando Dios le impone
la renunciación!
Cual tu luz, divina estrella
que palpitas en la altura,
tiembla el corazón diciendo
el adiós a su ventura.

HABLADO

(El Mellizo aparece en la puerta de la iglesia.)

MELL. Mi amo, que ya empiezan los villancicos; que va a cantar Luisa.

AMAD. Ven conmigo, Mellizo.

MELL. Pero...

AMAD. ¡Vamos! ¡Pronto! *(Hace mutis por el foro izquierda, seguido del Mellizo, que no suelta el cántaro.)*

MÚSICA (DENTRO DE LA IGLESIA)

CORO. Venid, pastores del valle,
con el romance que os enseñé,
y haced que Niño Divino
oiga sus notas en rabel.
Llenad su cuna de flores
hasta cubrirle su fina piel,
y ved su cara de rosa,
la más hermosa que hay en Belén. *(Sale Agustín.)*
Venid pastores del valle, etc.

LUISA. *(Dentro.)* Ya en el portal de Belén
hacen lumbre los pastores
para calentar al Niño
que ha nacido entre las flores.
Ya en el portal de Belén
y en el portal de Belén.

AGUS. El valor me abandona,
adorada pastorela,
como un arma me penetra.

LUISA. Y hacen lumbre los pastores
y en el portal de Belén.

AGUS. Adiós, Luisa, para siempre.

CORO. Venid, pastores del valle, etc.

(Por un momento se oye en la iglesia el principio de «La Pastorela». Agustín aparece por la izquierda; sobre sus hombros lleva una manta o capote de monte; se acerca a la puerta de la iglesia; se descubre, intentando entrar, pero duda y se queda en escena. Vuelve a la puerta de la iglesia, pero de nuevo duda y, cubriéndose la cabeza, se decide a marchar; da dos o tres pasos; entonces se oye una sola voz: es Luisa que canta la plegaria de los villancicos.)

NÚMERO INTERIOR (LUISA)

(Agustín se vuelve presuroso y escucha ansioso a Luisa; para escucharla mejor se pega el cuerpo a la pared de la iglesia, bajo el ventanal del primer término. De repente, se cubre el rostro con las manos y empieza a sollozar.)

AGUS. *(Reaccionando.)* ¡Adiós, Luisa! ¡Para siempre! *(Con un arranque, huye hacia el foro izquierda. Amador y el*

Mellizo, saliendo por este lado rápidamente, le cortan el paso.) ¡Amador!

AMAD. ¿Dónde vas, Agustín?

AGUS. *(Bajando la cabeza.)* A mi casa.

AMAD. No es cierto.

AGUS. Déjame paso... *(Hace intención de avanzar.)*

MELL. *(Alzando el cántaro.)* Los niños, quietos y obedientes.

AMAD. *(Al Mellizo.)* Entra en la iglesia y díle a Luisa que salga.

AGUS. ¿Qué pretendes, Amador?

AMAD. Devolverte lo que es tuyo.

AGUS. Ya nada tengo en la tierra. Luisa te pertenece a ti.

AMAD. ¡Engaño generoso!

AGUS. *(Tratando de convencerle.)* Te aseguro...

LUISA. *(Que sale de la iglesia, seguida de la Roja. Esta Roja lleva las faldas subidas hacia la cabeza, tapándose con ellas.)* ¡Agustín!

AMAD. ¿Lo ve? Ese «Agustín» ha salido del corazón...

ROJA. Como que estaba dentro.

AMAD. Acércate, Luisa. ¿Por qué no me hablaste claro?

LUISA. ¡Yo... !

ROJA. Porque no me la dejaban, señor.

DIMAS. *(Asoma la cabeza, escucha y se vuelve dentro.)* ¡Válgame Palestina!

LUISA. Perdóname, Amador.

AMAD. ¿Por qué? Tú no me engañaste; era yo el engañado. Habéis querido darme un gran amor: el amor de vuestros años mozos, el primero y el único, y yo os lo devuelvo con toda mi alma de... hermano. ¡Abrázame, Agustín! *(Se abrazan. El tío Mellizo se pone el cántaro en la boca y produce un sonido de ternero.)*

ROJA. ¿Qué haces?

MELL. Es que lloro y lo quiero disimular.

ROJA. ¡Si ahora toca reír! ¿No ves cómo sonríe mi niña? *(El Mellizo se va hacia el foro. Empieza a salir la gente de la iglesia y se van quedando en último término. Sale el Cura, seguido de Dimas.)*

DIMAS. Mírelos.

CURA. ¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

ROJA. Lo que tenía que pasar: que el señor Amador se ha hecho lo que es: el amo.

AMAD. Que vuestro primer abrazo sea delante de mí y de este sacerdote, que es un santo... Luisa, este es tu prometido. *(Se abrazan Luisa y Agustín.)*

ROJA. ¡Olé los tíos!

CURA. Yo os bendigo.

ROJA. ¡Olé los Padres! *(Se oye un estrépito al fondo; gritos, voces y revuelo. Varios mozos vienen hacia el primer término izquierda, sujetando al tío Mellizo, que trae entre las manos el cántaro roto y la mano del almirez; al primer término derecha, van a pasar otros mozos, conteniendo a Pascual.)*

CURA. ¿Qué ocurre?

AMAD. Mellizo, ¿qué has hecho?

MELL. Que he castigado a un parlón.

PAS. Soltarme, que lo mato.

CURA. ¿Qué es eso de reñir? A hacer las paces ahora mismo. Tú, Pascual, ven acá. ¡A reconciliarse! Tú, Mellizo, ven aquí. Dale la mano.

MELL. *(Por la del almirez.)* No, no; que me la tira a la cabeza.

ROJA. Esta noche es Nochebuena y no es noche de reñir. *(Muy alegre.)*

AMAD. Nochebuena para todos.

CURA. *(Se acerca a Amador y le abraza.)* Bien, Amador. Así cumplen los hombres. Así fueron, así son y serán siempre los hombres de esta tierra.

MÚSICA Y TELÓN

La importancia de la seriedad

COMEDIA BANAL PARA PERSONAS FORMALES

PERSONAJES

LADY BRACKNELL.

LA HONORABLE (1) GUNDELINDA FAIRFAX.

CECILIA CARDEW.

MISS PRISM, institutriz.

JUAN WORTHING, J. P. (2).

ALGERNON MONCRIEFF.

EL REVERENDO CANÓNIGO CASULLA, D. D. (3).

MERRIMAN, mayordomo.

LANE, criado.

Época actual.

(1) Título honorífico que se otorga en Inglaterra a los hijos menores de los condes y a todos los vástagos de los vizcondes y varones. Sin equivalencia en español.

(2) *Justice of the Peace,* Juez de Paz.

(3) *Doctor of Divinity,* Doctor en Teología.

NOTA.—Esta comedia ha sido representada en España con el título de *La importancia de llamarse Ernesto* (versión de Ricardo Baeza).

ACTO PRIMERO

Gabinete íntimo en casa de Algernon, en Half-Moon-Street. La habitación está lujosa y artísticamente amueblada. Óyese un piano en el cuarto contiguo. Lane está preparando sobre la mesa el servicio para el té, y después que cesa la música entra Algernon.

ALG. ¿Ha oído usted lo que estaba tocando, Lane?

LANE. No creí que fuese de buena educación escuchar, señor.

ALG. Lo siento por usted entonces. No toco correctamente—no todo el mundo puede tocar correctamente—, pero toco con una expresión maravillosa. En lo que al piano se refiere, el sentimiento es mi fuerte. Guardo la ciencia para la vida.

LANE. Sí, señor.

ALG. Y, hablando de la ciencia de la vida, ¿ha hecho usted cortar los «sandwiches» de pepino para lady Bracknell?

LANE. Sí, señor. *(Los muestra sobre una bandeja.)*

ALG. *(Los examina, coge dos y se sienta en el diván.)* ¡Oh!... Y a propósito, Lane, he visto en su libro de cuentas que el jueves por la noche, cuando lord Shoreman y míster Worthing cenaron conmigo, anotó usted ocho botellas de «champagne» de consumo.

LANE. Sí, señor; ocho botellas y cuarto.

ALG. ¿Por qué será que en una casa de soltero son invariablemente los criados los que se beben el «champagne»? Lo pregunto simplemente a título de curiosidad.

LANE. Yo lo atribuyo a la calidad superior del vino, señor. He observado con frecuencia que en las casas de los hombres casados, rara vez es de primer orden el «champagne».

ALG. ¡Dios mío! ¿Tan desmoralizador es el matrimonio?

LANE. Yo creo que es un estado muy agradable, señor. Tengo de él poquísima experiencia hasta ahora. No he estado casado más que una vez. Fué a causa de una mala inteligencia entre una muchacha y yo.

ALG. *(Lánguidamente.)* No sé si me interesa mucho su vida familiar, Lane.

LANE. No, señor; no es un tema muy interesante. Yo nunca pienso en ella.

ALG. Es naturalísimo y no lo dudo. Nada más, Lane; gracias.

LANE. Gracias, señor. *(Vase Lane.)*

ALG. Las ideas de Lane sobre el matrimonio parecen algo relajadas. Realmente, si las clases inferiores no dan buen ejem-

plo, ¿para qué sirven en este mundo? Como clases, parece que no tienen en absoluto sentido de responsabilidad moral. *(Entra Lane.)*

LANE. Míster Ernesto Worthing. *(Entra Jack* (1). *Vase Lane.)*

ALG. ¿Cómo estás, mi querido Ernesto? ¿Qué te trae a la ciudad?

JACK. ¡Oh, la diversión, la diversión! ¿Qué otra cosa trae a la gente? ¡Ya te veo comiendo como de ordinario, Algy!

ALG. *(Severamente.)* Creo que es costumbre en la buena sociedad tomar un ligero refrigerio a las cinco. ¿Dónde has estado desde el jueves pasado?

JACK. *(Sentándose en el diván.)* En el campo.

ALG. ¿Y qué haces enterrado allí?

JACK. *(Quitándose los guantes.)* Cuando está uno en la ciudad se divierte uno solo. Cuando está uno en el campo divierte a los demás. Lo cual es extraordinariamente aburrido.

ALG. ¿Y quiénes son esas gentes a las que diviertes?

JACK. *(Con tono ligero.)* ¡Oh! Vecinos, vecinos.

ALG. ¿Has encontrado vecinos agradables en tu tierra del Shropshire?

JACK. ¡Perfectamente fastidiosos! No hablo nunca con ninguno de ellos.

ALG. ¡De qué modo más enorme debes divertirles! *(Se levanta y coge un «sandwich».)* A propósito, el Shropshire es tu tierra, ¿verdad?

JACK. ¿Eh? ¿El Shropshire? Sí, claro, es. ¡Hola! ¿Por qué todas esas tazas? ¿Por qué esos «sandwiches» de pepino? ¿Por qué ese loco derroche en un hombre tan joven? ¿Quién va a venir a tomar el té?

ALG. ¡Oh! Solamente mi tía Augusta y Gundelinda.

JACK. ¡Qué encanto! ¡Admirablemente!

ALG. Sí, está muy bien; pero temo que a tía Augusta no le agrade mucho que estés aquí.

JACK. ¿Puedo preguntar por qué?

ALG. Chico, tu manera de «flirtear» con Gundelinda es perfectamente ignominiosa. Es casi tan inicua como la manera de «flirtear» Gundelinda contigo.

JACK. Estoy enamorado de Gundelinda. He venido a Londres expresamente para declararme a ella.

ALG. Yo creí que habías venido a divertirte... A esto lo llamo yo venir a negocios.

JACK. ¡Qué poco romántico eres!

ALG. Realmente, no veo nada romántico en una declaración.

(1) Diminutivo familiar de John, Juan.

Es muy romántico estar enamorado. Pero no hay nada romántico en una declaración definitiva. ¡Toma! Como que pueden decirle a uno que sí. Yo creo que así sucede generalmente. Y entonces ¡se acabó todo apasionamiento! La verdadera esencia del romanticismo es la incertidumbre. Si alguna vez me caso haré todo lo posible por olvidar el suceso.

JACK. Eso no lo dudo, mi querido Algy. El Tribunal de Divorcio fué inventado especialmente para la gente que tiene la memoria tan extraordinariamente constituída.

ALG. ¡Oh! Es inútil hacer reflexiones sobre ese tema. Los divorcios se elaboran en el cielo... *(Jack alarga la mano para coger un «sandwich». Algernon se interpone en el acto.)* Hazme el favor de no tocar los «sandwiches» de pepino. Están preparados especialmente para tía Augusta. *(Coge uno y se lo come.)*

JACK. ¡Bueno, pues tú te los comes todo el tiempo!

ALG. Eso es completamente distinto. Es mi tía. *(Coge el plato de debajo.)* Ten un poco de pan con manteca. El pan con manteca es para Gundelinda. Gundelinda está destinada al pan con manteca.

JACK. *(Aproximándose a la mesa y sirviéndose él mismo.)* Y este pan y esta manteca son igualmente buenos.

ALG. Bien, mi querido amigo, pero no es necesario que comas así como si fueras a engullírtelo todo. Te conduces como si estuvieras casado ya con ella. No lo estás aún ni creo que lo estés jamás.

JACK. ¿Por qué dices eso?

ALG. Pues bien: en primer lugar, las muchachas no se casan nunca con los hombres con quienes «flirtean». No lo consideran decente.

JACK. ¡Oh, qué tontería!

ALG. No lo es. Es una gran verdad. Eso explica el número extraordinario de solteros que se ven por todas partes. En segundo lugar, yo no doy mi consentimiento.

JACK. ¡Tu consentimiento!

ALG. Mi querido amigo, Gundelinda es prima hermana mía. Y antes de permitir que te cases con ella tendrás que aclararme por completo la cuestión de Cecilia. *(Toca el timbre.)*

JACK. ¡Cecilia! ¿Qué quieres decir? ¿Qué quiere decir eso de Cecilia, Algy? No conozco a nadie que se llame Cecilia. *(Entra Lane.)*

ALG. Traiga la pitillera que se dejó míster Worthing en el salón de fumar la última vez que cenó aquí.

LANE. Bien, señor. *(Sale Lane.)*

JACK. ¿Eso quiere decir que te has guardado todo ese tiempo mi pitillera? Podías haber tenido la bondad de comunicár-

nelo. He estado escribiendo furiosas cartas a Scotland Yard (1) obre esto. Estaba a punto de ofrecer una espléndida gratificaión.

ALG. Muy bien, te ruego que la ofrezcas. Casualmente estoy nás a la cuarta pregunta que de costumbre.

JACK. No hay que ofrecer ya una espléndida gratificación, uesto que se ha encontrado la cosa. *(Entra Lane con la pitilera sobre una bandeja. Algernon la coge inmediatamente. Sale Lane.)*

ALG. Me veo precisado a decirte que me parece eso un poco oñoso en ti, Ernesto. *(Abre la pitillera y la examina.)* Sin embargo, no importa, porque ahora que veo la inscripción de la arte de dentro descubro que el objeto no es tuyo, después le todo.

JACK. Claro que es mío. *(Dirigiéndose hacia él.)* Me lo has isto cien veces y no tienes ningún derecho a leer lo que hay scrito dentro. Es una cosa indigna de un caballero leer una pillera particular.

ALG. ¡Oh! Es absurdo tener una regla rigurosa e invariale sobre lo que debe y no debe leerse. Más de la mitad de la ultura moderna depende de lo que no debería leerse.

JACK. Es un hecho del que estoy perfectamente enterado, y o me propongo discutir sobre la cultura moderna. No es un ema para hablar en privado. Yo necesito simplemente recuperar mi pitillera.

ALG. Sí; pero esta pitillera no es tuya. Esta pitillera es un egalo de alguien que se llama Cecilia, y tú has dicho que no onocías a nadie de ese nombre.

JACK. Bueno, ya que insistes en saberlo: ocurre que Cecilia es mi tía.

ALG. ¡Tu tía!

JACK. Sí. Y además una señora vieja encantadora. Vive en unbridge Wells. Y ahora devuélveme eso, Algy.

ALG. *(Refugiándose detrás del sofá.)* ¿Pero por qué se llama sí misma «la pequeña Cecilia» si es tía tuya y si vive en Tunbridge Wells? *(Leyendo.)* «De parte de la pequeña Cecilia, on su más tierno amor.»

JACK *(Dirigiéndose hacia el sofá y arrodillándose sobre él.)* Chico, ¿qué misterio hay en eso? Unas tías son altas y otras o lo son. Es ésta indudablemente una cuestión sobre la cual lebe estarle permitido a una tía decidir por sí misma. ¡Tú crees que todas las tías deben ser exactamente iguales a la tuya! Eso es absurdo! ¡Por amor de Dios, devuélveme mi pitillera! *Persigue a Algernon alrededor de la estancia.)*

---

(1) La famosa central de la Policía londinense.

ALG. Sí. Pero ¿por qué tu tía te llama tío suyo? «De parte de la pequeña Cecilia, con su más tierno amor a su querido tío Jack.» No hay nada censurable, lo reconozco, en que una tía sea pequeña; pero que una tía, sea cual fuere su tamaño, llame tío a su propio sobrino, es lo que no puedo comprender. Además, tú no te llamas Juan, en absoluto; te llamas Ernesto.

JACK. No, no me llamo Ernesto; me llamo Juan.

ALG. Tú siempre me has dicho que eras Ernesto. Yo te he presentado a todo el mundo como Ernesto. Tú responde al nombre de Ernesto. Tienes aspecto de llamarte Ernesto. Eres la persona de aspecto más formal (1) que he visto en mi vida. Es perfectamente absurdo decir que no te llamas Ernesto. Está en tus tarjetas. Aquí hay una. *(Saca una de su cartera.)* Mister Ernesto Worthing, B. cuatro, Albany.» La conservaré como prueba de que tu nombre es Ernesto, si alguna vez intentas negármelo a mí, a Gundelinda o a cualquier otro. *(Se guarda la tarjeta en el bolsillo.)*

JACK. Pues bien, sea; me llamo Ernesto en la ciudad y Jack en el campo, y la pitillera me la dieron en el campo.

ALG. Sí; pero eso no explica por qué tu pequeña tía Cecilia, que vive en Tunbridge Wells, te llama su querido tío. Vamos, chico, harías mucho mejor en soltar la cosa de una vez.

JACK. Mi querido Algy, hablas exactamente igual que un sacamuelas, y es muy vulgar hablar lo mismo que un sacamuelas cuando no lo es uno. Hace mala impresión.

ALG. Claro; eso es precisamente lo que hacen siempre los sacamuelas. ¡Vaya, continúa! Cuéntamelo todo. Te advierto que siempre he sospechado que eras un consumado y secreto bunburysta, y ahora estoy completamente seguro.

JACK. ¿Bunburysta? ¿Qué diablo quieres decir con eso de bunburysta?

ALG. Te revelaré el significado de esa expresión incomparable en cuanto tengas la suficiente bondad para informarme de por qué eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo.

JACK. Bueno; pero dame mi pitillera primero.

ALG. Aquí está. *(Le entrega la pitillera.)* Ahora formula tu explicación, y te ruego que la hagas inverosímil. *(Se sienta en el sofá.)*

JACK. Mi querido amigo: no hay absolutamente nada inverosímil en mi explicación. En realidad, es perfectamente vulgar. El viejo míster Thomas Cardew, que me prohijó cuando era yo niño, me nombró en su testamento tutor de su nieta, miss Cecilia Cardew. Cecilia me llama tío por motivos de respeto que tú

---

(1) Aquí juega Wilde con el equívoco provocado por la palabra *earnest*, que puede significar formal, serio o Ernesto.

serías incapaz de apreciar; vive en mi casa en el campo, al cuidado de su admirable institutriz, miss Prism.

ALG. A propósito: ¿dónde está ese sitio en el campo?

JACK. Eso no te importa, querido. No vamos a invitarte... Lo que puedo decirte con franqueza es que ese sitio no está en el Shropshire.

ALG. ¡Ya me lo suponía, amigo mío! He bunburyzado todo el Shropshire en dos ocasiones distintas. Ahora sigue. ¿Por qué eres Ernesto en la ciudad y Jack en el campo?

JACK. Mi querido Algy, no sé si serás capaz de comprender mis verdaderos motivos. No eres lo suficientemente serio. Cuando se desempeñan las funciones de tutor tiene uno que adoptar una actitud moral elevadísima en todas las cuestiones. Es un deber hacerlo. Y como una actitud moral elevada es realmente muy poco ventajosa para la salud y la felicidad, a fin de poder venir a Londres he simulado siempre que tenía un hermano menor, llamado Ernesto, que vive en Albany y que se mete en los más horrorosos berenjenales. Esta es, mi querido Algy, toda la verdad, pura y sencilla.

ALG. La verdad es rara vez pura y nunca sencilla. ¡La vida moderna sería aburridísima si la verdad fuera una u otra cosa, y la literatura moderna, completamente imposible!

JACK. No estaría del todo mal.

ALG. La crítica literaria no es tu fuerte, chico. No intentes hacerla. Debes dejarla a los que no han estado en la Universidad. ¡La hacen tan bien en los periódicos! Tú eres realmente un bunburysta. Tenía yo razón en absoluto al decir que eras un bunburysta. Eres uno de los bunburystas más adelantados que conozco.

JACK. ¿Qué demonios quieres decir?

ALG. Tú has inventado un hermano menor utilísimo, llamado Ernesto, a fin de poder venir a Londres cuantas veces quieres. Yo he inventado un inestimable enfermo crónico, llamado Bunbury, a fin de poder marcharme al campo cuando me parece. Bunbury es enteramente inestimable. Sin la mala salud extraordinaria de Bunbury no me sería posible, por ejemplo, cenar contigo esta noche en Willis, pues estoy comprometido con tía Augusta hace más de una semana.

JACK. Yo no te he invitado a cenar conmigo en ninguna parte esta noche.

ALG. Ya lo sé. Eres de una dejadez absurda cuando se trata de enviar invitaciones. Es una tontería por tu parte. Nada irrita tanto a la gente como no recibir invitaciones.

JACK. Harías mucho mejor en cenar con tu tía Augusta.

ALG. No tengo la menor intención de hacer semejante cosa. Primeramente he cenado con ella el lunes, y cenar con parientes

una vez a la semana es muy suficiente. En segundo lugar, siem pre que ceno allí me tratan como a un miembro de la famili y me obligan a marcharme solo o con dos invitadas. En terce lugar, sé perfectamente al lado de quién me colocaría esta noche Me colocaría al lado de Mary Farquhar, que «flirtea» siempre co su marido de un extremo a otro de la mesa. Y esto no es mu agradable. En realidad, no es ni siquiera decente... Y es un costumbre que toma un incremento enorme. Es completament escandaloso el número de señoras en Londres que «flirtean» co sus maridos. ¡Hace tan mal efecto! Es, sencillamente, como la var en público la ropa limpia. Además, ahora que sé que ere un bunburysta consumado deseo, como es natural, hablarte de bunburysmo. Quiero revelarte sus reglas.

JACK. Yo no soy bunburysta en absoluto. Si Gundelinda m dice que sí, mataré realmente a mi hermano. Le mataré de toda maneras. Cecilia se interesa un poco demasiado por él. Es má bien una lata. Así es que voy a deshacerme de Ernesto. Y t aconsejo vivamente que hagas lo mismo con míster..., con es amigo tuyo enfermo que tiene un nombre tan absurdo.

ALG. Nada me moverá a deshacerme de Bunbury, y si te ca sas alguna vez, lo cual me parece extraordinariamente problemá tico, te alegrarás mucho de conocer a Bunbury. Un hombre qu se casa sin conocer a Bunbury se encontrará siempre aburridí simo.

JACK. Eso es una tontería. Si me caso con una muchacha ta encantadora como Gundelinda—y es la única muchacha que h visto en mi vida con la que querría casarme—, te garantizo qu no tendré necesidad de conocer a Bunbury.

ALG. Entonces querrá conocerle tu mujer. Pareces no dart cuenta de que en la vida conyugal tres son una compañía y dos no

JACK. *(Sentenciosamente.)* Mi querido y joven amigo, ésa e la teoría que el corruptor teatro francés ha venido propagand durante estos cincuenta últimos años.

ALG. Sí; y eso es lo que el venturoso hogar inglés ha demos trado en la mitad de ese tiempo.

JACK. ¡Por amor de Dios! No intentes ser cínico. Es faci lísimo serlo.

ALG. Hoy día, mi querido amigo, no hay nada fácil. Exist una competencia estúpida para todo. *(Se oye sonar un timbr eléctrico.)* ¡Ah! Esa debe ser tía Augusta. Unicamente los pa rientes o los acreedores llaman de esa manera wagneriana. Va mos, si logro entretenerla durante diez minutos, para que tenga ocasión de declararte a Gundelinda, ¿podré cenar contigo est noche en Willis?

JACK. Si te empeñas, es de suponer.

ALG. Sí; pero que sea en serio. Detesto a la gente que n

e porta seriamente cuando se trata de comidas. ¡ Demuestra tal rivialidad por su parte ! *(Entra Lane.)*

LANE. Lady Bracknell y miss Fairfax. *(Algernon se adelana al encuentro de ellas. Entran lady Bracknell y Gundelinda.)*

LADY. Buenas tardes, querido Algernon. Siempre bueno, verdad?

ALG. Me siento muy bien, tía Augusta.

LADY. Lo cual no es lo mismo ; me refería yo a la otra bonlad. En realidad, esas dos cosas van pocas veces juntas. *(Ve ι Jack y le hace un saludo glacial.)*

ALG. *(A Gundelinda.)* ¡ Dios mío, qué elegante estás !

GUND. ¡ Yo siempre estoy elegante ! ¿ No es verdad, míster Worthing?

JACK. Es usted absolutamente perfecta, miss Fairfax.

GUND. ¡ Oh ! Espero no serlo. No tendría entonces ocasión le mejorar, y procuro mejorar en muchas cosas. *(Gundelinda y Jack se sientan juntos en un rincón.)*

LADY. Siento haber llegado un poco tarde, Algernon ; pero no he tenido más remedio que ir a ver a nuestra querida lady Harbury. No había estado allí desde la muerte de su pobre marido. No he visto nunca una mujer tan cambiada ; enteramente parece veinte años más joven. Y ahora voy a tomar una taza de té y uno de esos exquisitos «sandwiches» de pepino que me prometiste.

ALG. Muy bien, tía Augusta. *(Se dirige hacia la mesa del té.)*

LADY. ¿ Quieres venir a sentarte aquí, Gundelinda?

GUND. Gracias, mamá ; estoy aquí muy cómoda.

ALG. *(Levantando aterrado la bandeja vacía.)* ¡ Dios mío ! ¡ Lane ! ¿ Cómo no hay aquí «sandwiches» de pepino? Los encargué especialmente.

LANE. *(Con gran seriedad.)* No había pepinos en el mercado esta mañana, señor. He ido dos veces.

ALG. ¿ Que no había pepinos?

LANE. No, señor. Ni siquiera pagando al contado.

ALG. Está bien, Lane ; gracias.

LANE. Gracias, señor. *(Vase.)*

ALG. Me desconsuela muchísimo, tía Augusta, que no hubiese allí pepinos, ni siquiera pagando al contado.

LADY. No importa, Algernon. He tomado unas pastas con lady Harbury, que me parece vive ahora dedicada en absoluto a darse buena vida.

ALG. He oído decir que se le había vuelto el pelo completamente rubio de pena.

LADY. El color ha cambiado realmente. Lo que no sabría decir, como es natural, es la causa de ese cambio. *(Algernon cruza la*

estancia y sirve el té.) Gracias. Tengo un verdadero agasaj para ti esta noche, Algernon. Pienso que hagas compañía a Mar Farquhar. Es una mujer verdaderamente deliciosa. ¡Y tan car ñosa con su marido! Resulta encantador verlos.

ALG. Temo, tía Augusta, tener que renunciar al placer d cenar con usted esta noche.

LADY. *(Frunciendo el ceño.)* Espero que no, Algernon. M desbaratarías la mesa por completo. Tu tío tendría que cena arriba. Afortunadamente, ya está acostumbrado.

ALG. Es muy fastidioso, y no necesito decirle lo que me cor traría; pero el hecho es que acabo precisamente de recibir u telegrama diciéndome que mi pobre amigo Bunbury está otra ve gravísimo. *(Cambiando una mirada con Jack.)* Creen que deb estar allí con él.

LADY. Es muy extraño. Ese míster Bunbury padece un mala salud singularísima.

ALG. Sí; el pobre Bunbury es un caso desesperado.

LADY. Bueno, pues debo decirte, Algernon, que a mi ju cio es hora ya de que míster Bunbury se decida por fin a vivi o a morirse. Su indecisión en esto es absurda. No apruebo e modo alguno la simpatía moderna hacia los enfermos desahucia dos. La considero morbosa. La enfermedad, sea la que fuese no es cosa que debe alentarse en el prójimo. La salud es el pri mer deber en la vida. Se lo estoy diciendo siempre a tu pobr tío, pero él no parece hacer mucho caso..., a juzgar por la lev mejoría que experimenta en sus dolencias. Te quedaría mu obligada si le suplicases a míster Bunbury de mi parte que hi ciese el favor de no tener recaída el sábado, pues cuento contig para preparar mi concierto. Es mi última recepción y necesit algo que anime las conversaciones, sobre todo a fines de tempo rada, cuando la gente ha dicho realmente todo lo que tenía qu decir, lo cual no era mucho, probablemente, en la mayoría d los casos.

ALG. Hablaré a Bunbury, tía Augusta, si es que no ha per dido aún la cabeza, y creo poder prometerla a usted que estar muy bien el sábado. Claro es que el concierto ofrece grandes di ficultades. Mire usted, si se toca buena música, la gente no es cucha, y si se toca música mala, la gente no habla. Pero repasar el programa que he redactado, si quiere usted tener la amabilida de entrar en la habitación de al lado un momento.

LADY. Gracias, Algernon. Eres muy previsor. *(Levantándos y siguiendo a Algernon.)* Estoy segura de que el programa que dará encantador, después de algunos expurgos. No puedo per mitir canciones francesas. La gente parece siempre creer qu son indecentes, y ponen unas caras escandalizadas, lo cual e

ulgar, o se ríen a carcajadas, lo cual es peor aún. Pero el ale-
ıan suena a idioma perfectamente respetable, y realmente yo
reo que lo es. Gundelinda, ¿quieres venir conmigo?

GUND. Voy, mamá. *(Lady Bracknell y Algernon pasan a la
ala de música. Gundelinda se queda atrás.)*

JACK. ¡Qué hermoso día hace, miss Fairfax.

GUND. No me hable usted del tiempo, míster Worthing, se
) ruego. Siempre que una persona me habla del tiempo tengo
ı absoluta seguridad de que quiere dar a entender otra cosa.
eso me pone nerviosísima.

JACK. Yo quiero dar a entender otra cosa.

GUND. Ya me lo figuraba. Realmente no me equivoco nunca.

JACK. Y yo quisiera que me fuese permitido aprovechar la
casión favorable creada por la ausencia momentánea de lady
Bracknell...

GUND. Yo le aconsejaría, sin duda, que lo hiciese. Mamá
iene una manera de volver a entrar de repente en una habi-
ación, que me ha obligado a reñirla muchas veces.

JACK. *(Nerviosamente.)* Miss Fairfax, desde que la conocí a
sted la admiré más que a ninguna otra muchacha... Desde que
a conocí a usted... la conocí...

GUND. Sí, ya estoy perfectamente enterada de eso. Y con
recuencia he deseado que hubiera usted sido más expresivo, en
úblico, por lo menos. Ha tenido usted siempre para mí un en-
anto irresistible. Aun antes de conocerle estaba usted lejos de
erme indiferente. *(Jack la mira atónito.)* Vivimos, como usted
abe, míster Worthing, en una época de ideales. Es un hecho
que nos recuerdan constantemente en las revistas mensuales más
aras, y que ha llegado, según me han dicho, hasta los púlpitos
le provincias; y mi ideal ha sido siempre amar a un hombre que
e llamase Ernesto. Hay en ese nombre algo que inspira una
ıbsoluta confianza. Desde el momento en que Algernon me in-
licó que tenía un amigo llamado Ernesto comprendí que estaba
lestinada a amarle a usted.

JACK. ¿Me ama usted de verdad, Gundelinda?

GUND. ¡Apasionadamente!

JACK. ¡Alma mía! No sabe usted lo feliz que me hace.

GUND. ¡Mi Ernesto!

JACK. ¿Pero no querrá usted realmente decir que no podría
ımarme si no me llamase Ernesto?

GUND. Pero usted se llama Ernesto.

JACK. Sí, ya lo sé. Pero suponiendo que me llamase de otro
nodo, ¿quiere usted decir que entonces la sería imposible
ımarme?

GUND. *(Con volubilidad.)* ¡Ah! Eso es evidentemente una

especulación metafísica, y como la mayoría de las especulacione metafísicas tiene muy poca relación con los hechos efectivos d la vida real, tal como los conocemos.

JACK. Personalmente, amor mío, se lo digo con toda fran queza, me tiene sin cuidado llamarme Ernesto... No creo que es nombre me siente del todo bien.

GUND. Le sienta a usted perfectamente. Es un nombre d vino. Tiene música propia. Produce vibraciones.

JACK. Pues yo, la verdad, Gundelinda, debo confesar qu hay, a mi juicio, una porción de nombres muchos más bonitos Creo que Jack, por ejemplo, es un nombre encantador.

GUND. ¿Jack?... No, tiene poquísima música ese nombre, s es que realmente tiene alguna. No conmueve. No produce abso lutamente ninguna vibración... He conocido varios Jacks, y todo ellos, sin excepción, eran de una fealdad extraordinaria. Ade más, Jack es el nombre corriente de los infinitos Juanes, cria dos (1). Y yo compadezco a toda mujer que se casa con un hom bre llamado Juan. Probablemente no la estará permitido conoce jamás el placer arrebatador de un solo momento de soledad Realmente, el único nombre que merece confianza es Ernesto.

JACK. Gundelinda, es preciso que vaya a bautizarme... ; digo es preciso que nos casemos inmediatamente. No hay un moment que perder.

GUND. ¿Casarnos, míster Worthing?

JACK. *(Estupefacto.)* Naturalmente... Ya sabe usted que l amo, miss Fairfax, y usted me ha hecho creer que yo no la er completamente indiferente.

GUND. Le adoro. Pero usted no se me ha declarado toda vía. No me ha hablado usted para nada de casamiento. No s ha tratado ni siquiera de ese asunto.

JACK. Bueno... ¿Puedo declararme ahora?

GUND. Me parece que sería una ocasión admirable. Y par evitarle toda posible desilusión, míster Worthing, creo leal mani festarle con toda franqueza y de antemano que estoy completa mente decidida a decirle que sí.

JACK. ¡Gundelinda!

GUND. Sí, míster Worthing; ¿qué tiene usted que decirme

JACK. Ya sabe usted lo que tengo que decirle.

GUND. Sí, pero usted no lo dice.

JACK. Gundelinda, ¿quiere usted casarse conmigo? *(Se arro dilla.)*

GUND. Claro que quiero, vida mía. ¡Cuánto tiempo ha tar dado usted en decirlo! Temo que tenga usted muy poca expe riencia en materia de declaraciones.

---

(1) Jack es en inglés diminutivo de John, Juan.

JACK. No he amado a nadie en el mundo más que a usted, encanto mío.

GUND. Sí, pero los hombres se declaran muchas veces para ejercitarse. Sé que mi hermano Gerardo lo hace. Todas mis amigas me lo dicen. ¡Qué ojos azules más maravillosos tiene usted, Ernesto! Son completamente, completamente azules. Espero que me mirará usted siempre así, sobre todo cuando haya gente delante. *(Entra lady Bracknell.)*

LADY. ¡Míster Worthing! ¡Levántese usted, caballero, de esa postura semiacostada! Es muy indecorosa.

GUND. ¡Mamá! *(El intenta levantarse; ella se lo impide.)* Te ruego encarecidamente que te retires. Este no es tu sitio. Además, míster Worthing no ha acabado del todo.

LADY. ¿Acabado el qué, si puedo preguntarlo?

GUND. Soy la prometida de míster Worthing, mamá. *(Se levantan ambos.)*

LADY. Perdona, tú no eres la prometida de nadie. Cuando seas la prometida de alguien, yo, o tu padre, si su salud se lo permite, te lo comunicaremos. Es cosa que debe presentársele a una muchacha como una sorpresa, agradable o desagradable, según los casos. No es asunto que pueda permitírsele arreglar por su cuenta... Y ahora tengo que hacerle a usted unas cuantas preguntas, míster Worthing. Mientras se las hago, espérame abajo en el coche, Gundelinda.

GUND. *(En tono de reproche.)* ¡Mamá!

LADY. ¡En el coche, Gundelinda! *(Gundelinda se dirige hacia la puerta. Ella y Jack se tiran besos por detrás de lady Bracknell. Lady Bracknell mira vagamente a su alrededor, como intentando comprender qué ruido es aquél. Por último, se vuelve.)* Gundelinda, al coche!

GUND. Sí, mamá. *(Sale, volviéndose para mirar a Jack.)*

LADY. *(Sentándose.)* Puede usted sentarse, míster Worthing. *(Saca de su bolsillo un cuadernito de notas y un lápiz.)*

JACK. Gracias, lady Bracknell; prefiero estar de pie.

LADY. *(Lápiz y cuadernito de notas en mano.)* Me creo en la obligación de decirle que no está usted en mi lista de muchachos elegibles, aunque tengo la misma que mi querida duquesa de Bolton. En realidad, operamos juntas. No obstante lo cual estoy completamente dispuesta a anotar el nombre de usted si sus respuestas son las que requiere una madre verdaderamente cariñosa. ¿Fuma usted?

JACK. Pues bien, sí, debo confesar que fumo.

LADY. Me alegro saberlo. Un hombre debe siempre tener una ocupación cualquiera. Hay demasiados hombres ociosos en Londres. ¿Qué edad tiene usted?

JACK. Veintinueve años.

LADY. Una edad excelente para casarse. He sido siempre de opinión de que un hombre que desea casarse debería saberlo todo o no saber nada. ¿Cuál es su caso?

JACK. *(Después de una ligera vacilación.)* Yo no sé nada, lady Bracknell.

LADY. Me alegro. No consiento la menor intromisión de la ignorancia natural. La ignorancia es como un delicado fruto exótico; se la toca y desaparece la pelusilla. La teoría de la educación moderna es íntegra y radicalmente falsa. Afortunadamente, en Inglaterra al menos, la educación no produce el menor efecto. Si lo produjese representaría un serio peligro para las clases altas, y daría lugar probablemente a actos de violencia en Grosvenor Square. ¿Qué renta tiene usted?

JACK. De siete a ocho mil libras al año.

LADY. *(Tomando nota en su cuadernillo.)* ¿En tierras, o en inversiones?

JACK. En inversiones principalmente.

LADY. Eso es satisfactorio. Entre los deberes que la esperan a una en el transcurso de la vida y los deberes que la exigen a una después de muerta, la tierra ha dejado de ser en todo caso un beneficio o un placer. Le da a una posición y le impide mantenerla. Eso es todo lo que puede decirse de la tierra.

JACK. Tengo una casa de campo con unas tierras, anejas a ella, claro es, unas novecientas cuarenta y tantas fanegas, creo yo; pero no depende de eso mi verdadera renta. En realidad, por lo que he podido comprobar, los cazadores furtivos son los únicos que sacan algo de ella.

LADY. ¡Una casa de campo! ¿Cuántas alcobas? Bueno, ese punto puede aclararse después. ¿Tiene usted casa en Londres, me figuro? Una muchacha de un carácter tan sencillo y poco maleado, como Gundelinda, no hay que pensar ni por un momento en que viva en el campo.

JACK. Sí, tengo una casa en la plaza de Belgravia, pero está alquilada por años a lady Bloxham. Claro es que puedo disponer de ella siempre que quiera, avisando con seis meses de anticipación.

LADY. ¿Lady Bloxham? No la conozco.

JACK. ¡Oh! Sale poquísimo. Es una señora de edad muy avanzada.

LADY. ¡Ah! En los tiempos que corren eso no es una garantía de respetabilidad personal. ¿Qué número de la plaza de Belgravia?

JACK. Ciento cuarenta y nueve.

LADY. *(Moviendo la cabeza.)* El lado que no está de moda. Ya me figuraba yo que había algo. Sin embargo, eso podría modificarse fácilmente.

JACK. ¿La moda, o el lado?

LADY. (*Con seriedad.*) Supongo que ambos, si es preciso. Qué es usted en política?

JACK. Pues bien, temo realmente no ser nada. Soy liberal nionista (1).

LADY. ¡Oh! Eso le coloca entre los tories (2). Cenan con osotros. O vienen a hacernos la tertulia por la noche en todo aso. Y ahora vamos a los asuntos secundarios. ¿Sus padres iven?

JACK. He perdido a mis padres.

LADY. Perder a uno de los dos, míster Worthing, puede coniderarse como una desgracia; perder a los dos parece una neligencia. ¿Quién era su padre? Evidentemente un hombre de lguna fortuna. ¿Había nacido en lo que los periódicos radicaes llaman la púrpura del comercio, o se había encumbrado en a esfera de la aristocracia?

JACK. Temo realmente no saberlo. El hecho es, lady Brackiell, que la he dicho que había perdido a mis padres. Estaría nás cerca de la verdad diciendo que mis padres parecen haerme perdido... Actualmente no sé quién soy por mi nacimieno. Fuí..., bueno, fuí encontrado.

LADY. ¡Encontrado!

JACK. El difunto míster Thomas Cardew, anciano caballeoso, de carácter muy caritativo y benévolo, me encontró y me lió el nombre de Worthing, porque la casualidad hizo que tuiera en aquel momento en su bolsillo un billete de primera clae para Worthing. Worthing es un pueblo del condado de Susex. Es una playa concurrida.

LADY. ¿Dónde le encontró a usted ese caballero caritativo que tenía un billete de primera clase para esa playa concurrida?

JACK. (*Gravemente.*) En un saco de mano.

LADY. ¿En un saco de mano?

JACK. (*Con mucha seriedad.*) Sí, lady Bracknell. Estaba o en un saco de mano—un saco de mano un tanto grande, de uero negro, con asas—; en fin, un saco de mano corriente.

LADY. ¿En qué punto tropezó ese míster James o Thomas Cardew con ese saco de mano corriente?

JACK. En el guardarropa de la estación Victoria. Se lo dieron equivocadamente por el suyo.

LADY. ¿En el guardarropa de la estación Victoria?

JACK. Sí. Línea de Brighton.

LADY. La línea no tiene importancia. Míster Worthing, con-

---

(1) *Unionistas:* Los partidarios del mantenimiento de la unión nglesa a ultranza.

(2) *Tories:* Los afiliados al partido conservador en Inglaterra.

fieso que me siento un poco turbada por lo que acaba usted decirme. Nacer, o por lo menos haber sido criado en un saco mano, ya sea con asas o sin ellas, me parece una manifestaci de desprecio hacia el decoro de la vida de familia, que recuer los peores excesos de la revolución francesa. ¿Y supongo q sabrá usted a dónde condujo aquel desdichado movimiento? E cuanto al sitio exacto, en el cual fué encontrado el saco de man el guardarropa de una estación de ferrocarril podría servir pa ocultar una indiscreción social—y realmente es muy probable q haya sido utilizado para ese fin antes de ahora—; pero no p dría en modo alguno considerarse como una base segura pa cimentar una posición reconocida en la buena sociedad.

JACK. ¿Puedo preguntarle qué me aconsejaría usted hacer No necesito decirle que lo haría todo por asegurar la felicid de Gundelinda.

LADY. Le aconsejaría vivamente, míster Worthing, que pr curase adquirir algunos parientes lo antes posible, y que hici ra un esfuerzo decisivo para presentar por lo menos a uno de l dos autores de sus días, de cualquier sexo, antes de que ha terminado del todo la temporada.

JACK. Pues no veo cómo voy a arreglármelas para eso. Pu do presentar el saco de mano en cualquier momento. Lo teng en mi casa en mi cuarto de aseo. Creo que podría usted rea mente darse por satisfecha con eso, lady Bracknell.

LADY. ¡Yo, caballero! ¿Qué tengo yo que ver con eso? ¡N se imaginará usted que yo y lord Bracknell vamos a comet la locura de casar a nuestra hija única—una muchacha educad con el mayor cuidado—en un guardarropa ni a contraer p rentesco con un bulto de viaje. ¡Buenos días, míster Worthing *(Lady Bracknell sale rápidamente con majestuosa indignación.*

JACK. ¡Buenos días! *(Algernon, desde el aposento contigu toca una marcha nupcial. Jack, con aire muy furioso, se dirig hacia la puerta.)* ¡Por amor de Dios, no toques esa pieza fún bre, Algy! ¡Qué idiota eres! *(Cesa la música y entra Algerno con cara risueña.)*

ALG. ¿Salió todo bien, chico? ¿No irás a decirme que te di calabazas Gundelinda? Sé que es una costumbre suya. Est siempre rechazando pretendientes. Lo encuentro muy mal en ella

JACK. ¡Oh! Con Gundelinda la cosa marcha como sobr ruedas. Por lo que a ella se refiere, somos novios. Su madre e completamente inaguantable. No he tropezado nunca con un Gorgona semejante... En realidad no sé a qué se parece un Gorgona; pero estoy segurísimo de que lady Bracknell lo es De todas maneras, es un monstruo, sin ser un mito, lo cua resulta más bien injusto... Perdóname, Algy. Me parece que n debía hablar así de tu tía delante de ti.

ALG. ¡Pero, hombre, si a mí me gusta oír maltratar a mis arientes! Es lo único que me los hace soportables. Los pa- entes son sencillamente un hatajo de gente fastidiosa, que no ene la más remota noción de cómo hay que vivir, ni el más gero instinto de cuándo debe morirse.

JACK. ¡Oh, eso es un disparate!

ALG. ¡No lo es!

JACK. Bueno, no quiero discutirlo. Tú siempre necesitas dis- utirlo todo.

ALG. Precisamente para eso están hechas las cosas desde sus rígenes.

JACK. Te doy mi palabra de que si yo pensase eso me ma- aría... *(Una pausa.)* ¿Tú crees, Algy, que hay alguna proba- ilidad de que Gundelinda llegue a parecerse a su madre dentro e ciento cincuenta años?

ALG. Todas las mujeres llegan a parecerse a sus madres. Esa s su tragedia. Los hombres, ninguno se parece. Y es la suya

JACK. ¿Eso es muy ingenioso?

ALG. ¡Está perfectamente expresado! Y es tan cierto como uede serlo cualquier observación en la vida civilizada.

JACK. Estoy harto por completo de inteligencia. Hoy día odo el mundo es inteligente. No puedes ir a ninguna parte sin ncontrarte con personas inteligentes. La cosa ha llegado a ser na verdadera calamidad pública. Le pido al cielo que deje unos uantos tontos.

ALG. Los hay.

JACK. Me gustaría muchísimo encontrármelos. ¿De qué ha- lan?

ALG. ¿Los tontos? ¡Oh! De los listos, como es natural.

JACK. ¡Qué tontos!

ALG. A propósito: ¿le has dicho a Gundelinda la verdad, que ras Ernesto en Londres y Jack en el campo?

JACK. *(Con marcado aire de protección.)* Amigo mío, la ver- ad no es en absoluto lo que se dice a una muchacha bonita, agra- able e inteligente. ¡Qué ideas más extraordinarias tienes sobre a manera de tratar a una mujer!

ALG. La única manera de tratar a una mujer es hacerla el mor, si es bonita, o hacérselo a otra, si es fea.

JACK. ¡Oh! ¡Esa es una tontería!

ALG. ¿Y qué le has dicho de tu hermano, del perdido de Er- esto?

JACK. ¡Oh! Antes de fin de semana me habré desembarazado le él. Diré que ha muerto en París de apoplejía. Muchísima gente muere de apopltjía de un modo repentino, ¿verdad?

ALG. Sí, pero eso es hereditario, chico. Es una de las cosas

que vienen de familia. Harías mucho mejor en hablar de un fuerte enfriamiento.

JACK. ¿Estás seguro de que un fuerte enfriamiento no es hereditario, de que no es nada familiar?

ALG. Claro que no lo es.

JACK. Entonces, muy bien. A mi pobre hermano Ernesto se le ha llevado pateta repentinamente en París, un fuerte enfriamiento. Ya me he desembarazado de él.

ALG. Pero me parece que dijiste que... miss Cardew demostraba demasiado interés por tu pobre hermano Ernesto. ¿No sufrirá ella mucho con su muerte?

JACK. ¡Oh! La cosa irá bien. Cecilia, me complace decirlo, no es una muchacha tonta, romántica. Tiene un apetito excelente, da largos paseos y no presta ninguna atención a sus lecciones.

OLG. Me gustaría realmente conocer a Cecilia.

JACK. Ya tendré yo buen cuidado de impedírtelo. Es excesiexcesivamente bonita, de diez y ocho años recién cumplidos?

ALG. ¿Y le has dicho a Gundelinda que tienes una pupila, excesivament boenita, de diez y ocho años recién cumplidos?

JACK. ¡Oh! Hay que hablar a la gente con consideración. Cecilia y Gundelinda acabarán seguramente por ser íntimas amigas. Te apuesto lo que quieras que a la media hora de conocerse se llaman mutuamente hermanas.

ALG. Las mujeres sólo hacen eso después de llamarse otra porción de cosas. Ahora, mi querido amigo, si queremos tener una buena mesa en Willis, necesitamos ir a vestirnos en seguida. ¿Sabes que son cerca de las siete?

JACK. *(En tono irritado.)* ¡Oh! Siempre son cerca de las siete.

ALG. Bueno, pero yo tengo hambre.

JACK. Sería la primera vez que supiese que no la tenías.

ALG. ¿Qué vamos a hacer después de cenar? ¿Ir al teatro?

JACK. ¡Oh, no! Me molesta escuchar.

ALG. Bueno, iremos al Club.

JACK. ¡Oh, no! Me es odioso hablar.

ALG. Bueno; podríamos dar una vuelta por el Empire (1) a las diez.

JACK. ¡Oh, no! Me resulta insoportable ver cosas. ¡Es tan tonto!

ALG. Entonces, ¿qué hacemos?

JACK. ¡Nada!

ALG. Es penosísimo no hacer nada. Sin embargo, yo no es-

---

(1) Célebre *music-hall* de Londres.

toy dispuesto a ese penoso trabajo, cuando no tiene algún objeto. *(Entra Lane.)*

LANE. Miss Fairfax. *(Entra Gundelinda. Sale Lane.)*

ALG. ¡Gundelinda, a fe mía!

GUND. Algy, ten la bondad de volverte de espaldas. Tengo que decir algo muy particular a míster Worthing.

ALG. Realmente, Gundelinda, no sé si puedo permitir eso de ninguna manera.

GUND. Algy, tú siempre adoptas una actitud rigurosamente inmoral frente a la vida. No eres aún lo suficientemente viejo para eso. *(Algernon se retira hacia la chimenea.)*

JACK. ¡Vida mía!

GUND. Ernesto, puede que nunca nos casemos. Por la expresión de la cara de mamá, temo que no lo estemos jamás. Hoy día son poquísimos los padres que hacen caso de lo que dicen sus hijos. El antiguo respeto hacia los jóvenes desaparece rápidamente. Si alguna vez tuve cierta influencia sobre mamá, la perdí a los tres años de edad. Pero aunque pueda ella impedirnos llegar a ser marido y mujer, aunque pueda yo casarme con otro y casarme muchas veces, nada de lo que haga podrá alterar mi eterno amor hacia usted.

JACK. ¡Gundelinda mía!

GUND. La historia de su romántico origen, tal como me la ha relatado mamá, con comentarios desagradables, ha conmovido, como es natural, las fibras más profundas de mi ser. Su nombre de pila tiene un encanto irresistible. La sencillez de su carácter le hace a usted exquisitamente incomprensible para mí. Tengo sus señas de Londres, en Albany. ¿Cuáles son sus señas en el campo?

JACK. Manor House, Woolton, condado de Hertford. *(Algernon, que ha estado escuchando atentamente, se sonríe para sí mismo y escribe las señas en un puño de la camisa. Luego coge la Guía de Ferrocarriles.)*

GUND. ¿Supongo que habrá un buen servicio de correos? Puede ser necesario hacer alguna cosa desesperada. Claro es que eso requeriría seria reflexión. Me cartearé con usted a diario.

JACK. ¡Alma mía!

GUND. ¿Cuánto tiempo permanecerá usted en Londres?

JACK. Hasta el lunes.

GUND. ¡Bien! Algy, ya puedes volverte.

ALG. Gracias; ya me he vuelto.

GUND. Puedes también llamar al timbre.

JACK. ¿Me pertirá usted acompañarla hasta su coche, encanto mío?

GUND. Claro que sí.

JACK. *(A Lane, que acaba de entrar.)* Yo acompañaré a miss Fairfax.

LANE. Bien, señor. *(Salen Jack y Gundelinda. Lane presenta a Algernon varias cartas en una bandeja. Puede suponerse que son facturas, pues Algernon, después de mirar los sobres, las rompe.)*

ALG. Una copa de jerez, Lane.

LANE. Sí, señor.

ALG. Mañana, Lane, voy a bunburyzar.

LANE. Bien, señor.

ALG. Probablemente no volveré hasta el lunes. Puede usted prepararme el frac, el smoking y el vestuario completo de Bunbury...

LANE. Bien, señor. *(Deja el jerez sobre la mesa.)*

ALG. Espero que hará buen día mañana, Lane.

LANE Nunca hace buen día, señor.

ALG. Lane, es usted muy pesimista.

LANE. Hago lo que puedo para agradar, señor. *(Entra Jack. Sale Lane.)*

JACK. ¡Qué muchacha tan sensata, tan inteligente! La única muchacha que me ha gustado en mi vida. *(Algernon se ríe a carcajadas.)* ¿Qué es lo que te divierte tanto?

ALG. ¡Oh! Estoy un poco inquieto por ese pobre Bunbury, eso es todo.

JACK. Si no tienes cuidado, tu amigo Bunbury te meterá en un lío serio algún día.

ALG. Me gustan los líos. Son las únicas cosas que no han sido nunca serias.

JACK ¡Oh! Esas son tonterías, Algy. No dices nunca mas que tonterías.

ALG. Nadie hace otra cosa. *(Jack le mira con indignación y sale del cuarto. Algernon enciende un cigarrillo, lee lo que ha escrito en el puño de su camisa y sonríe.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Jardín en la residencia solariega, en Woolton. Una escalinata de piedra gris conduce a la casa. El jardín, un jardín a la antigua, está lleno de rosas. Epoca, el mes de julio. Unos sillones de mimbre y una mesa cubierta de libros están colocados bajo un corpulento tejo. Miss Prism aparece sentada ante la mesa. Al fondo, Cecilia regando las flores.

MISS. *(Llamando.)* ¡Cecilia! ¡Cecilia! Indudablemente una ocupación tan utilitaria como la de regar flores es más bien obligación de Moulton que suya. Sobre todo en los momentos en que están esperándola los placeres intelectuales. Su gramática alemana está sobre la mesa. Tenga usted la bondad de abrirla por la página quince. Repetiremos la lección de ayer.

CEC. *(Acercándose muy despacio.)* ¡Pero si a mí no me gusta el alemán! Es una lengua que no sienta absolutamente nada bien. Sé perfectamente que parezco feísima después de mi lección de alemán.

MISS. Hija mía, ya sabe usted el afán que tiene su tutor por que adelante usted en todo. Ayer, al marchar a Londres, insistió especialmente sobre el alemán. En realidad, insiste siempre sobre el alemán cuando se va a Londres.

CEC. ¡Es tan serio mi querido tío! A veces lo es tanto que llego a creer si no se encontrará del todo bien.

MISS. *(Con firmeza.)* Su tutor goza de una salud inmejorable, y la gravedad de su porte es particularmente encomiable en un hombre como él, relativamente joven. No conozco a nadie que tenga un sentido tan alto del deber y de la responsabilidad.

CEC. Supongo que esa debe ser la causa de que parezca algo aburrido, muchas veces, cuando estamos los tres juntos.

MISS. ¡Cecilia! Me sorprende usted. Míster Worthing ha tenido muchos disgustos en su vida. La alegría sin motivo y la frivolidad resultarían fuera de lugar en su conversación. Debe usted recordar la inquietud constante en que le tiene su hermano, ese desgraciado joven.

CEC. Quisiera yo que el tío Jack permitiese a su hermano, a ese desgraciado joven, que viniese por aquí de cuando en cuando. Podríamos ejercer una influencia benéfica sobre él, miss Prism. Estoy segura de que usted la ejercería realmente. Usted sabe alemán y geología, y esta clase de cosas influyen muchísimo sobre un hombre. *(Cecilia empieza a escribir en su diario.)*

MISS. *(Moviendo la cabeza.)* Ni siquiera creo que produjese

yo el menor efecto en un carácter que, según confiesa su mismo hermano, es irremediablemente débil y vacilante. A decir verdad, no estoy muy segura de que quisiera yo reformarle. No soy partidaria de esa manía moderna de convertir a las personas malas en buenas en un santiamén. Que cada cual recoja lo que sembró. Debe usted cerrar su diario, Cecilia. Realmente, no comprendo en absoluto por qué lleva usted un diario.

CEC. Lo llevo para anotar los secretos maravillosos de mi vida. Si no los apuntase, probablemente los olvidaría por completo.

MISS. La memoria, mi querida Cecilia, es el diario que todos llevamos con nosotros.

CEC. Sí, pero, por regla general, no registra mas que las cosas que no han sucedido nunca ni podían suceder. Yo creo que la memoria es responsable de casi todas las novelas en tres tomos que Mudie (1) nos remite.

MISS. No hable usted con desprecio de las novelas en tres tomos, Cecilia. Yo también escribí una en mis años juveniles.

CEC. ¿De verdad, miss Prism? ¡Qué prodigiosamente lista es usted! Me figuro que no acabaría bien. No me gustan las novelas que acaban bien. Me deprimen muchísimo.

MISS. Los buenos acaban bien y los malos acaban mal. Es decir, lo que se propone la Ficción.

CEC. Me lo supongo. Pero parece muy injusto. ¿Y se publicó su novela?

MISS. ¡Ay, no! Desgraciadamente el manuscrito fué abandonado. *(Cecilia se estremece.)* Empleo la palabra en el sentido de perdido o traspapelado. Estas consideraciones son perfectamente innecesarias para los trabajos de usted.

CEC. *(Sonriendo.)* Pero aquí veo a nuestro querido doctor Casulla, que viene por el jardín.

MISS. *(Levantándose y yendo hacia él.)* ¡El doctor Casulla! Es para mí una verdadera satisfacción. *(Entra el canónigo Casulla.)*

CAS. ¿Qué tal vamos esta mañana? ¿Supongo que estará usted bien, miss Prism?

CEC. Miss Prism se quejaba hace un momento de un poco de jaqueca. Yo creo que la sentaría muy bien dar una vueltecita con usted por el parque, doctor Casulla.

MISS. Cecilia, yo no he hablado para nada de jaqueca.

CEC. No, mi querida miss Prism, ya lo sé; pero yo he sentido instintivamente que tenía usted jaqueca. Realmente en eso estaba yo pensando, y no en mi lección de alemán, cuando ha llegado el rector.

(1) Gran biblioteca circulante, muy popular.

CAS. Espero, Cecilia, que no será usted una distraída.

CEC. ¡Oh! Temo serlo.

CAS. Es raro. Si yo tuviera la suerte de ser discípulo de miss Prism estaría pendiente de sus labios. *(Miss Prism abre mucho los ojos.)* Hablo metafóricamente... Mi metáfora estaba tomada de las abejas. ¡Ejem! ¿Supongo que míster Worthing no ha regresado todavía de Londres?

MISS. No le esperamos hasta el lunes por la tarde.

CAS. ¡Ah, sí! Generalmente le gusta pasar el domingo en Londres. No es de los que piensan únicamente en divertirse, como parece ser el caso de ese desdichado joven hermano suyo. Pero no debo distraer por más tiempo a Egeria y su discípula

MISS. ¿Egeria? Me llamo Leticia, doctor.

CAS. *(Inclinándose.)* Es una simple alusión clásica, tomada de los autores paganos. ¿Las veré seguramente a las dos en el oficio de Vísperas de esta tarde?

MISS. Me parece, querido, que voy a dar una vueltecita con usted. Realmente noto que tengo jaqueca y un paseo puede sentarme bien.

CAS. Con mucho gusto, miss Prism, con mucho gusto. Podemos llegar hasta las escuelas y volver.

MISS. Eso resultará delicioso. Cecilia, hará usted el favor de estudiar su lección de Economía política durante mi ausencia. El capítulo sobre la baja de la rupia puede usted saltárselo. Es demasiado sensacional. Hasta esos problemas monetarios tienen su lado melodramático. *(Se va por el jardín con el doctor Casulla.)*

CEC. *(Recogiendo los libros y tirándolos sobre la mesa.)* ¡Fuera la horrible Economía política! ¡Fuera la horrible Geografía! ¡Fuera, fuera el horrible alemán! *(Entra Merriman con una tarjeta sobre una bandeja.)*

MERR. Míster Ernesto Worthing acaba de llegar en coche de la estación. Ha traído su equipaje consigo.

CEC. *(Cogiendo la tarjeta y leyéndola.)* «Míster Ernesto Worthing, B. cuatro, The Albany, W.» ¡El hermano del tío Jack! ¿Le ha dicho usted que Míster Worthing estaba en Londres?

MERR. Sí, señorita. Y ha parecido muy contrariado. Le he dicho que la señorita y miss Prism estaban en el jardín. Ha dicho que tenía mucho interés en hablar con usted reservadamente un momento.

CEC. Dígale a míster Ernesto Worthing que venga aquí. Y creo que haría usted bien en indicar al ama de llaves que le preparase cuarto.

MERR. Bien, señorita. *(Sale Merriman.)*

CEC. Hasta ahora no he conocido todavía a ningún individuo verdaderamente malo. Me siento un poco asustada. Mucho me

temo que se parezca a todos los demás. ¡Y se parece! *(Entra Algernon muy alegre y desenvuelto.)*

ALG. *(Quitándose el sombrero.)* Seguramente usted es mi primita Cecilia.

CEC. Está usted en un gran error. No soy pequeña. Verdaderamente me parece que estoy más crecida de lo corriente, para mi edad. *(Algernon la contempla un poco asombrado.)* Pero soy la prima Cecilia. Ya veo por su tarjeta que es usted el hermano del tío Jack, mi primo Ernesto, el bribón de mi primo Ernesto.

ALG. ¡Oh! Yo no soy realmente un bribón ni mucho menos, prima Cecilia. No vaya usted a creer que soy un bribón.

CEC. Si no lo es nos ha estado usted entonces engañando indudablemente a todos de la manera más imperdonable. Espero que no habrá usted llevado una doble existencia, fingiéndose un bribón y siendo en realidad un hombre bueno siempre. Eso sería una hipocresía.

ALG. *(Mirándola con estupefacción.)* ¡Oh! Claro es que he sido un poco atolondrado.

CEC. Me alegro saberlo.

ALG. Verdaderamente, ya que habla usted de eso, he sido todo lo malo que he podido en mi breve vida.

CEC. No creo que deba usted envanecerse de ello, aunque seguramente haya sido muy agradable.

ALG. Mucho más agradable es estar aquí con usted.

CEC. Lo que no puedo comprender es cómo está usted aquí. El tío Jack no ha de regresar hasta el lunes por la tarde.

ALG. Es una gran contrariedad. Me veo en la precisión de marcharme el lunes por la mañana, en el primer tren. Tengo una cita de negocios a la que me interesa muchísimo... faltar.

CEC. ¿Y no podría usted faltar a ella en cualquier sitio que no fuese en Londres?

ALG. No; la cita es en Londres.

CEC. Bueno, ya sé, naturalmente, lo importante que es no acudir a una cita de negocios cuando se quiere conservar cierto sentido de la belleza de la vida; pero, sin embargo, creo que haría usted mejor en esperar el regreso del tío Jack. Sé que desea hablar con usted de su emigración.

ALG. ¿De mi qué?

CEC. De su emigración. Ha ido a comprarle a usted el equipo.

ALG. No permitiré de ninguna manera a Jack que me compre el equipo. No tiene gusto en absoluto para las corbatas.

CEC. No creo que le hagan falta corbatas. El tío Jack piensa enviarle a usted a Australia.

ALG. ¡A Australia! Antes la muerte.

CEC. Pues el miércoles por la noche, durante la cena, dijo

que tendría usted que elegir entre este mundo, el otro mundo y Australia.

ALG. ¡Ah! Bueno. Los informes que he recibido de Australia y del otro mundo no son extraordinariamente alentadores. Este mundo es bastante bueno para mí, prima Cecilia.

CEC. Sí, ¿pero es usted bastante bueno para él?

ALG. Temo no serlo. Por eso quiero que me reforme usted. Podría usted hacer de eso su misión, si no le parece mal.

CEC. Temo no tener tiempo esta tarde.

ALG. Bueno, ¿le parece a usted que me reforme a mí mismo esta tarde?

CEC. Sería un poco quijotesco por su parte. Pero creo que debía usted intentarlo.

ALG. Lo intentaré. Me siento ya mejor.

CEC. Tiene usted peor cara.

ALG. Eso es porque tengo hambre.

CEC. ¡Qué imprevisión la mía! Debía haberme acordado de que cuando va uno a empezar una vida completamente nueva hay que hacer comidas metódicas y sanas. ¿Quiere usted entrar?

ALG. Gracias. ¿Podría llevarme antes una flor para el ojal? No tengo nunca apetito como no lleve una flor en el ojal.

CEC. ¿Una Mariscal Niel? *(Coge unas tijeras.)*

ALG. No, preferiría una rosa sonrosada.

CEC. ¿Por qué? *(Corta una flor.)*

ALG. Porque parece usted una rosa sonrosada, prima Cecilia.

CEC. No creo que esté bien que me hable usted como me habla. Miss Prism no me dice nunca esas cosas.

ALG. Será entonces una vieja miope. *(Cecilia le pone la rosa en el ojal.)* Es usted la muchacha más bonita que he visto en mi vida.

CEC. Miss Prism dice que los encantos físicos son un lazo.

ALG. Un lazo en el que todo hombre sensato querría dejarse coger.

CEC. ¡Oh! Creo que a mí no me gustaría coger a un hombre sensato. No sabría de qué hablar con él. *(Entran en la casa. Miss Prism y el doctor Casulla vuelven.)*

MISS. Está usted muy solo, mi querido doctor Casulla. Debería usted casarse. Puedo comprender un misántropo; ¡pero un mujerántropo, jamás!

CAS. *(Con un escalofrío de hombre docto.)* No merezco, créame, un vocablo de tan marcado neologismo. El precepto, así como la práctica de la Iglesia primitiva, eran claramente opuestos al matrimonio.

MISS. *(Sentenciosamente.)* Esa es, sin duda alguna, la razón de que la Iglesia primitiva no haya durado hasta nuestros días. Y usted parece no darse cuenta, mi querido doctor, de que

un hombre que se empeña en permanecer soltero se convierte en una perpetua tentación pública. Los hombres deberían ser más prudentes; su celibato mismo es el que pierde a las naturalezas frágiles.

CAS. ¿Pero es que un hombre no tiene el mismo atractivo cuando está casado?

MISS. Un hombre casado no tiene nunca atractivo mas que para su mujer.

CAS. Y con frecuencia, según me han dicho, ni siquiera para ella.

MISS. Eso depende de las simpatías intelectuales de la mujer. Se puede siempre confiar en la edad madura. Se puede dar crédito a la madurez. Las mujeres jóvenes están verdes. *(El doctor Casulla se estremece.)* Hablo en lenguaje de horticultura. Mi metáfora estaba tomada de las frutas. ¿Pero dónde está Cecilia?

CAS. Tal vez nos haya seguido a las escuelas. *(Entra Jack muy despacio por el fondo del jardín. Viene vestido de luto riguroso, con una gasa negra sobre la cinta del sombrero y guantes negros.)*

MISS. ¡Míster Worthing!

CAS. ¿Míster Worthing?

MISS. Esto es realmente una sorpresa. No le esperábamos a usted hasta el lunes por la tarde.

JACK. *(Estrechando la mano de miss Prism con ademán trágico.)* He regresado antes de lo que esperaba. ¿Supongo que estará usted bien, doctor Casulla?

CAS. Mi querido míster Worthing, ¿espero que ese traje de luto no significará ninguna terrible calamidad?

JACK. Mi hermano.

MISS. ¿Más deudas vergonzosas, más locuras?

CAS. ¿Sigue haciendo siempre su vida de placer?

JACK. *(Inclinando la cabeza.)* ¡Muerto!

CAS. ¿Ha muerto su hermano Ernesto?

JACK. Del todo.

MISS. ¡Qué lección para él! Espero que le servirá.

CAS. Míster Worthing, le doy a usted mi sincero pésame. Tiene usted al menos el consuelo de saber que fué usted siempre el más generoso y el más indulgente de los hermanos.

JACK. ¡Pobre Ernesto! Tenía muchos defectos; pero es un golpe doloroso, muy doloroso.

CAS. Muy doloroso, en efecto. ¿Estaba usted con él en sus últimos momentos?

JACK. No. Ha muerto en el extranjero; en París, sí. Recibí anoche un telegrama del gerente del Gran Hotel.

CAS. ¿Indicaba la causa de la muerte?

JACK. Un fuerte enfriamiento, según parece.

MISS. Cada hombre recoge lo que siembra.

CAS. *(Levantando la mano.)* ¡Caridad, mi querida miss Prism, caridad! Ninguno de nosotros es perfecto. Yo mismo tengo una debilidad especial por el juego de las damas. ¿Y el entierro, tendrá lugar aquí?

JACK. No. Parece ser que expresó el deseo de que le enterrasen en París.

CAS. ¡En París! *(Moviendo la cabeza.)* Temo que ese detalle indique la poca sensatez de su estado de ánimo en los últimos momentos. Deseará usted, sin duda, que haga yo el domingo próximo alguna ligera alusión a esta desgracia doméstica. *(Jack le aprieta la mano convulsivamente.)* Mi sermón sobre el significado del maná en el desierto puede adaptarse a casi todas las situaciones, alegres o, cómo en el presente caso, luctuosas. *(Todos suspiran.)* Lo he predicado en fiestas de segadores, en bautizos, confirmaciones, días de penitencia y días solemnes. La última vez que lo pronuncié fué en la catedral, como sermón de caridad a beneficio de la Sociedad preventiva contra el descontento entre las clases altas. Al obispo, que estaba presente, le causaron mucha impresión algunas de las comparaciones que hice.

JACK. ¡Ah! ¿No ha hablado usted de bautizos, doctor Casulla? Porque eso me recuerda una cosa. ¿Supongo que sabrá usted bautizar muy bien? *(El doctor Casulla se queda estupefacto.)* Quiero decir, como es natural, que estará usted bautizando continuamente, ¿no es eso?

MISS. Siento decir que ese es uno de los deberes más constantes del rector en esta parroquia. Yo he hablado más de una vez a las clases menesterosas sobre ese asunto. Pero parecen ignorar lo que es economía.

CAS. Pero ¿hay algún niño determinado por quien se interesa usted, míster Worthing? Su hermona creo que era soltero, ¿verdad?

JACK. ¡Oh, sí!

MISS. *(Con amargura.)* La gente que vive únicamente para el deleite lo suele ser.

JACK. Pero no es para ningún niño, mi querido doctor. Me gustan mucho los niños. ¡No! El caso es que quisiera yo ser bautizado esta tarde, si no tiene usted nada mejor que hacer.

CAS. ¿Pero seguramente, míster Worthing, estará usted ya bautizado?

JACK. No recuerdo absolutamente nada.

CAS. ¿Pero tiene usted alguna duda importante sobre eso?

JACK. Creo tenerla. Claro es que no sé si la cosa le molestará a usted o si le parezco ya un poco viejo.

CAS. No por cierto. La aspersión y hasta la inmersión de los adultos son prácticas perfectamente canónicas.

JACK. ¡La inmersión!

CAS. No tenga usted cuidado. Basta con la aspersión, y es inclusive lo que le aconsejo. ¡Está el tiempo tan variable! ¿A qué hora desea usted que se efectúe la ceremonia?

JACK. ¡Oh! Podríamos quedar en las cinco, si a usted le conviene.

CAS. ¡Perfectamente, perfectamente! Tengo además otras dos ceremonias similares a esa hora. Han nacido recientemente dos gemelos en una de las quintas alejadas de la finca de usted. El pobre Jenkins, el carretero, es un hombre que trabaja de firme.

JACK. ¡Oh! No me parece muy chistoso ser bautizado en compañía de otros rorros. Sería infantil. ¿Le parecería a usted bien a las cinco y media?

CAS. ¡Admirablemente! ¡Admirablemente! *(Saca el reloj.)* Y ahora, mi querido míster Worthing, no quiero molestar más tiempo en su casa, sumida en la pesadumbre. Le aconsejaría tan sólo que no se dejase abatir demasiado por el dolor. Las que nos parecen pruebas amargas son muchas veces beneficios disfrazados.

MISS. Esto me parece un beneficio evidente. *(Entra Cecilia, que viene de la casa.)*

CEC. ¡Tío Jack! ¡Oh! Me alegro muchísimo de verle a usted ya de vuelta. ¡Pero qué traje tan horrible se ha puesto usted! Vaya usted a cambiar de ropa.

MISS. ¡Cecilia!

CAS. ¡Hija mía! ¡Hija mía! *(Cecilia se dirige hacia Jack; éste la besa en la frente con aire melancólico.)*

CEC. ¿Qué ocurre, tío Jack? ¡Póngase usted alegre! Parece que tiene usted dolor de muelas. ¡Qué sorpresa le preparo! ¿Quién cree usted que está en el comedor? ¡Su hermano!

JACK. ¿Quién?

CEC. Su hermano Ernesto. Ha llegado hace una media hora.

JACK. ¡Qué disparate! Yo no tengo hermano.

CEC. ¡Oh, no diga usted eso! Por mal que se haya portado con usted anteriormente, no por eso deja de ser su hermano. No es posible que tenga usted tan poco corazón como para renegar de él. Voy a decirle que salga. Y le dará usted la mano, ¿verdad, tío Jack? *(Corriendo, vuelve a entrar en la casa.)*

CAS. Estas sí que son noticias alegres.

MISS. Después de estar todos nosotros resignados a su pérdida, ese retorno inesperado me parece singularmente calamitoso.

JACK. ¿Que mi hermano está en el comedor? No sé qué querrá decir todo esto. Lo encuentro completamente absurdo.

(Entran Algernon y Cecilia, cogidos de la màno. Se dirigen muy despacio hacia Jack.)

JACK. ¡Santo Dios! *(Con un gesto ordena a Algernon que se marche.)*

ALG. Hermano John, he venido desde Londres para decirte que siento muchísimo todos los disgustos que te he dado y que estoy decidido a enmendame por completo en lo sucesivo. *(Jack le mira con ojos furibundos y no le tiende la mano.)*

CEC. Tío Jack, no irá usted a negarle la mano a su propio hermano.

JACK. Nada me moverá a estrechar su mano. Su venida aquí me parece ignominiosa. El sabe muy bien por qué.

CEC. Tío Jack, sea usted bueno. Siempre hay algo bueno en todo el mundo. Ernesto me hablaba precisamente de su pobre amigo paralítico, míster Bunbury, al que visita con mucha frecuencia. Y seguramente tiene que haber mucha bondad en quien la tiene con un enfermo y renuncia a los placeres de Londres para sentarse junto a un lecho de dolor.

JACK. ¡Oh! Ha estado hablando de Bunbury, ¿verdad?

CEC. Sí, me ha contado todo cuanto se refiere a ese pobre míster Bunbury y a su terrible estado de salud.

JACK. ¡Bunbury! Bueno, pues no quiero que vuelva a hablarte de Bunbury ni de nada. ¡Es para volverse completamente loco!

ALG. Reconozco, naturalmente, que es mía toda la culpa. Pero debo decir, y así lo creo, que la frialdad de mi hermano John me es particularmente dolorosa. Yo esperaba una acogida más calurosa, sobre todo teniendo en cuenta que es la primera vez que vengo aquí.

CEC. Tío Jack, si no le da usted la mano a Ernesto no se lo perdonaré nunca.

JACK. ¿Que no me perdonarás nunca?

CEC. ¡Nunca, nunca, nunca!

JACK. Bueno, es la última vez que lo hago. *(Le da la mano a Algernon, mirándole con ojos llameantes.)*

CAS. ¿Es muy agradable, verdad, presenciar una reconciliación tan perfecta? Yo creo que podíamos dejar solos a los dos hermanos.

MISS. Cecilia, tendrá usted la bondad de venirse con nosotros.

CEC. Claro que sí, miss Prism. Mi pequeño trabajo de reconciliación ha terminado.

CAS. Ha realizado usted hoy una acción muy hermosa, hija mía.

MISS. No debemos ser prematuros en nuestros juicios.

CEC. Me siento muy dichosa. *(Salen todos, menos Jack y Algernon.)*

JACK. Y tú, Algy, joven sinvergüenza, tienes que marcharte de aquí lo antes posible. ¡No permito ningún bunburysmo aquí. *(Entra Merriman.)*

MERR. He puesto las cosas de míster Ernesto en la habitación contigua a la del señor. ¿Supongo que estará bien?

JACK. ¿El qué?

MERR. El equipaje de míster Ernesto. Lo he desempaquetado y lo he puesto en la habitación contigua a la del señor.

JACK. ¿Su equipaje?

MERR. Sí, señor. Tres maletas, un neceser de viaje, dos sombrereras y una fiambrera grande.

ALG. Temo no poder quedarme más de una semana.

JACK. Merriman, mande usted enganchar el coche en seguida. Míster Ernesto tiene que regresar repentinamente a Londres.

MERR. Bien, señor. *(Vuelve a la casa.)*

ALG. ¡Qué mentiroso más tremendo eres, Jack! Yo no tengo que regresar a Londres en absoluto.

JACK. Ya lo creo que tienes que regresar.

ALG. No sabía yo que me llamaba nadie.

JACK. Tu deber de caballero te llama allí.

ALG. Mi deber de caballero no se ha metido nunca para nada en mis diversiones.

JACK. Lo comprendo perfectamente.

ALG. Además, Cecilia es encantadora.

JACK. No tienes que hablar así de miss Cardew. Me desagrada muchísimo.

ALG. Bueno, y a mí no me gusta nada tu traje. Te da un aspecto muy ridículo. ¿Por qué demonios no vas a cambiarte de ropa? Resulta una completa niñería ponerse de luto riguroso por un hombre que va a pasarse de hecho una semana entera contigo, en tu casa, en calidad de huésped. Yo lo califico de grotesco.

JACK. Ten la seguridad de que no te pasas conmigo una semana entera ni como huésped ni como nada. Tienes que marcharte... en el tren de las cuatro y cinco.

ALG. Ten la seguridad de que yo no me marcho de tu casa mientras estés de luto. Sería la mayor falta de amistad. Supongo que si estuviera yo de luto te quedarías acompañándome, y si no lo hacías me parecería una gran falta de cariño.

JACK. Bueno; ¿te marcharás si me cambio de traje?

ALG. Sí, con tal de que no tardes demasiado. No he visto nunca a nadie que tarde tanto en vestirse y con tan pobre resultado.

JACK. Pues, después de todo, mejor es eso que no ir siempre tan excesivamente elegante como tú.

ALG. Si algunas veces voy excesivamente elegante lo compenso siendo siempre excesivamente educado.

JACK. Tu vanidad es ridícula, tu conducta un ultraje, y tu presencia en mi jardín completamente absurda. Sea como fuere, tendrás que tomar el tren de las cuatro y cinco y te desearé buen viaje hasta Londres. Este bunburysmo, como tú lo llamas, no ha sido un gran éxito para ti. *(Se interna en la casa.)*

ALG. Pues yo creo que ha sido un gran éxito. ¡Estoy enamorado de Cecilia, y esto es todo! *(Entra Cecilia por el fondo del jardín. Coge la regadera y se pone a regar las flores.)* Pero es preciso que la vea antes de irme, y que lo prepare todo para otro Bunbury. ¡Ah, hela aquí!

CEC. ¡Oh! No he vuelto mas que a regar las rosas. Creí que estaba usted con el tío Jack.

ALG. Ha ido a decir que enganchen el coche para mí.

CEC. ¡Ah! ¿Va a llevarle a usted a dar un buen paseo?

ALG. Va a echarme.

CEC. ¿Entonces tenemos que separarnos?

ALG. Eso temo. Es una separación muy dolorosa.

CEC. Siempre es doloroso separarse de las personas que ha conocido uno recientemente. La ausencia de los antiguos amigos puede sobrellevarse con serenidad. Pero una separación, aun siendo momentánea, de una persona que acaban de presentarnos es casi intolerable.

ALG. Gracias. *(Entra Merriman.)*

MERR. El coche está en la puerta, señor. *(Algernon mira suplicante a Cecilia.)*

CEC. Diga usted que espere... cinco minutos, Merriman.

MERR. Bien, miss. *(Sale Merriman.)*

ALG. Espero, Cecilia, que no la ofenderé si la declaro con toda franqueza, abiertamente, que me parece usted por todos estilos la personificación visible de la perfección absoluta.

CEC. Creo que su franqueza le honra mucho, Ernesto. Si usted me lo permite, copiaré sus observaciones en mi diario. *(Va hacia la mesa y se pone a escribir en el diario.)*

ALG. ¿Lleva usted de verdad un diario? Daría cualquier cosa por echarle un vistazo. ¿Me deja usted?

CEC. ¡Oh, no! *(Coloca su mano sobre el diario.)* Comprenderá usted que esto es sencillamente la relación de los pensamientos e impresiones de una muchacha muy joven, y que está hecho, por consiguiente, con la intención de publicarlo. Cuando aparezca en volumen, espero que pedirá usted un ejemplar. Pero continúe usted, Ernesto, se lo ruego. Me encanta escribir al dictado. Me he quedado en «perfección absoluta».

Puede usted continuar. Estoy dispuesta a seguir escribiendo.

ALG. *(Algo cortado.)* ¡Ejem! ¡Ejem!

CEC. ¡Oh, no tosa usted, Ernesto! Cuando se dicta hay que hablar con soltura y sin toser. Además, no sé cómo se escribe tos. *(Va escribiendo a medida que habla Algernon.)*

ALG. *(Hablando muy de prisa.)* Cecilia, desde que contemplé por primera vez su maravillosa e incomparable belleza, me he atrevido a amarla a usted locamente, apasionadamente, fervorosamente, desesperadamente.

CEC. Yo creo que no debía usted decirme que me ama locamente, apasionadamente, fervorosamente, desesperadamente. Desesperadamente parece no tener mucho sentido, ¿verdad?

ALG. ¡Cecilia! *(Entra Merriman.)*

MERR. Señor, el coche está esperando.

ALG. Dígale usted que vuelva la semana próxima, a la misma hora.

MERR. *(Mirando a Cecilia, que no le hace ningún signo.)* Bien, señor. *(Vase Merriman.)*

CEC. El tío Jack se disgustaría mucho si supiese que iba usted a quedarse hasta la semana próxima, a la misma hora.

ALG. ¡Oh! Me tiene sin cuidado Jack. No me preocupa nadie en el mundo entero mas que usted. La amo, Cecilia. ¿Quiere usted casarse conmigo?

CEC. ¡Tontín! Claro que sí. ¡Como que somos novios hace ya tres meses!

ALG. ¿Hace ya tres meses?

CEC. Sí, el jueves hará tres meses justos.

ALG. Pero ¿y cómo nos hemos hecho novios?

CEC. Pues desde que el querido tío Jack nos confesó que tenía un hermano menor que era muy malo y muy perdido se convirtió usted, naturalmente, en el tema principal de las conversaciones entre miss Prism y yo. Y claro es que un hombre de quien se habla mucho resulta siempre muy atrayente. Siente una que debe haber algo en él, después de todo. Confieso que fué una necedad mía, pero me enamoré de usted, Ernesto.

ALG. ¡Vida mía! ¿Y cuándo empezó realmente el noviazgo?

CEC. El jueves catorce de febrero último. Cansada de que ignorase usted por completo mi existencia, decidí acabar de un modo o de otro, y después de una larga lucha conmigo misma le dije a usted que sí, debajo de ese añoso y amado árbol. Al día siguient ecompré este pequeño anillo en nombre de usted y ésta es la pulsera con el verdadero lazo del amor que le he prometido a usted llevar siempre.

ALG. ¿Y se la di yo a usted? Es muy bonita, ¿verdad?

CEC. Sí, tiene usted un gusto admirable, Ernesto. Esa es la disculpa que yo he dado siempre a la mala vida que llevaba

usted. Y ésta es la cajita en donde guardo todas sus amadas cartas. *(Se arrodilla ante la mesa, abre la caja y enseña unas cartas atadas con una cinta azul.)*

ALG. ¡Mis cartas! ¡Pero, mi encantadora Cecilia, si yo no la he escrito a usted jamás ninguna carta!

CEC. No necesita usted recordármelo, Ernesto. Demasiado bien sé que he tenido que escribirlas por usted. Escribía siempre tres veces por semana y algunas veces más.

ALG. ¡Oh! ¿Me deja usted que las lea?

CEC. ¡Imposible! Se pondría usted demasiado engreído. *(Vuelve a colocarlas en la caja.)* Las tres que me escribió usted después que reñimos son tan hermosas y con tan mala ortografía que aun ahora mismo no puedo leerlas sin llorar un poco.

ALG. ¿Pero es que hemos reñido alguna vez?

CEC. Claro. el día veintidós del pasado marzo. Puede usted verlo aquí anotado, si quiere. *(Enseñándole el diario.)* «Hoy he roto con Ernesto. Comprendo que es preferible esto. El tiempo, hasta ahora, continúa encantador.»

ALG. Pero ¿por qué demonios rompió usted conmigo? ¿Qué había yo hecho? Absolutamente nada. Cecilia, me duele muchísimo oírla a usted decir que hemos reñido. Sobre todo estando el tiempo tan encantador.

CEC. Hubiera sido un noviazgo muy poco serio si no hubiéramos reñido una vez por lo menos. Pero le perdoné a usted antes de acabar la semana.

ALG. *(Yendo hacia ella y arrodillándose a sus pies.)* ¡Qué ángel de perfección es usted, Cecilia!

CEC. ¡Ah, qué muchacho más romántico! *(El la besa y ella le acaricia los cabellos.)* Supongo que el ondulado de su pelo es natural, ¿verdad?

ALG. Sí, alma mía, con una pequeña ayuda ajena.

CEC. Me alegro muchísimo.

ALG. ¿No volverá usted nunca a reñir conmigo, Cecilia?

CEC. No creo que podría reñir con usted ahora que le he conocido auténticamente. Además, hay la cuestión del nombre, como es natural.

ALG. *(Nerviosamente.)* Sí, sí, naturalmente.

CEC. No se ría usted de mí, amor mío, pero siempre fué uno de mis sueños de niña amar a un hombre que se llamase Ernesto. *(Algernon se levanta y Cecilia también.)* Hay algo en ese nombre que parece inspirar absoluta confianza. Compadezco a las pobres mujeres casadas cuyos maridos no se llaman Ernesto.

ALG. Pero, niñita adorada, ¿no querrá usted decir que no podría amarme si me llamase de otra manera?

CEC. ¿Pero qué nombre?

ALG. ¡Oh! El que usted quiera... Algernon..., por ejemplo...

CEC. Pues no me gusta el nombre de Algernon.

ALG. No veo realmente, adorada mía, encanto, chiquilla de mi alma, qué tiene usted que objetar al nombre de Algernon. Es un nombre nada feo. En realidad es, por el contrario, un nombre aristocrático. La mitad de los muchachos que comparecen ante el Tribunal de Quiebras se llaman Algernon. Pero, en serio, Cecilia... *(Acercándose a ella.)*, si me llamase Algy, ¿no podría usted amarme?

CEC. *(Levantándose.)* Podría respetarle a usted, Ernesto, podría admirar su carácter; pero me temo que no sería capaz de concederle mi atención íntegra.

ALG. ¡Ejem! ¡Cecilia! *(Cogiendo su sombrero.)* ¿Supongo que el párroco de aquí estará muy ducho en la práctica y en todos los ritos y ceremonias de la Iglesia?

CEC. ¡Oh, sí! El doctor Casulla es un hombre doctísimo. No ha escrito jamás un solo libro; así es que puede usted figurarse lo mucho que sabe.

ALG. Necesito verle en seguida para un bautizo importantísimo...; digo, para un asunto importantísimo.

CEC. ¡Oh!

ALG. Estaré ausente media hora nada más.

CEC. Teniendo en cuenta que somos novios desde el jueves catorce de febrero, y que le he conocido a usted por primera vez, creo que sería más bien molesto que me dejase usted sola por un tiempo tan largo como media hora. ¿No podría usted dejarlo en veinte minutos?

ALG. Vuelvo dentro de nada. *(La besa y sale corriendo por el jardín.)*

CEC. ¡Qué muchacho más impetuoso es! ¡Me gusta tanto su pelo! Tengo que apuntar su declaración en mi diario. *(Entra Merriman.)*

MERR. Miss Fairfax acaba de llegar y quiere ver a míster Worthing. Es para un asunto importantísimo, según dice.

CEC. ¿No está míster Worthing en su biblioteca?

MERR. Míster Worthing salió en dirección a la parroquia, hace ya un rato.

CEC. Dígale usted a esa señora que tenga la bondad de venir aquí. Míster Worthing volverá seguramente en seguida. Puede usted traer el té.

MERR. Bien, señorita. *(Sale.)*

CEC. ¡Miss Fairfax! Supongo que será una de esas infinitas buenas señoras de edad madura que colaboran con el tío Jack en alguna de sus obras filantrópicas de Londres. No me gustan

mucho las mujeres que toman parte en obras filantrópicas. Las encuentro muy atrevidas. *(Entra Merriman.)*

MERR. Miss Fairfax. *(Entra Gundelinda. Sale Merriman.)*

CEC. *(Yendo a su encuentro.)* Permítame que me presente a usted yo misma. Me llamo Cecilia Cardew.

GUND. ¿Cecilia Cardew? *(Dirigiéndose hacia ella y estrechándola la mano.)* ¡Qué nombre más encantador! Algo me dice que vamos a ser grandes amigas. Siento por usted un afecto indecible. Mi primera impresión ante la gente no me engaña nunca.

CEC. ¡Qué amable es semejante afecto por su parte, dado el poco tiempo, relativamente, que nos conocemos! Siéntese usted, se lo ruego.

GUND. *(Sigue de pie.)* Puedo llamarla a usted Cecilia, ¿verdad?

CEC. ¡Con mucho gusto!

GUND. Y usted me llamará siempre Gundelinda, ¿verdad?

CEC. Si usted quiere.

GUND. Entonces está convenido, ¿no es eso?

CEC. Tal creo. *(Una pausa. Siéntanse las dos juntas.)*

GUND. Quizás sea ésta la ocasión de decirle quién soy. Mi padre es lord Bracknell. ¿Supongo que no habrá usted oído nunca hablar de papá?

CEC. No creo.

GUND. Fuera del círculo de familia, papá, me complace decirlo, es completamente desconocido. Yo encuentro que así debe ser. El hogar me parece la esfera natural del hombre. Y, realmente, en cuanto el hombre empieza a descuidar sus deberes domésticos se vuelve dolorosamente afeminado, ¿no es cierto? Y eso a mí no me gusta. ¡Hace a los hombres tan atractivos! Cecilia, mamá, que tiene unas ideas muy rígidas sobre la educación, me ha enseñado a ser de una miopía extraordinaria; ¡es una de las partes de su sistema!; ¿no la molestará a usted por lo tanto que la mire con mis impertinentes?

CEC. ¡Oh! Nada absolutamente, Gundelinda. Me gusta muchísimo que me miren.

GUND. *(Después de examinar minuciosamente a Cecilia con sus impertinentes.)* ¿Supongo que estará usted aquí de visita?

CEC. ¡Oh, no! Vivo aquí.

GUND. *(Con severidad.)* ¿De verdad? ¿Sin duda su madre o alguna parienta de edad avanzada reside también aquí?

CEC. ¡Oh, no! No tengo madre, ni, en realidad, ningún pariente.

GUND. ¿Es posible?

CEC. Mi querido tutor, con ayuda de miss Prism, asume la ardua tarea de velar por mí.

GUND. ¿Su tutor?

CEC. Sí, soy la pupila de míster Worthing.

GUND. ¡Oh! Es raro que no me haya dicho nunca que tenía una pupila. ¡Qué reservado es! Cada hora que pasa resulta más interesante. Sin embargo, no creo que la noticia me inspire un sentimiento de alegría sin mezcla. *(Levantándose y yendo hacia ella.)* La estimo a usted mucho, Cecilia; ¡la estimé desde el primer momento en que la vi! Pero me veo en la obligación de decirla que ahora que sé que es usted la pupila de míster Worthing no puedo dejar de expresar el deseo de que fuese usted..., vamos, un poco más vieja de lo que parece... y no tan seductora de aspecto. En resumen, y si puedo hablar con entera franqueza...

CEC. ¡Hable usted, se lo ruego! Yo creo que cuando tiene uno algo desagradable que decir hay que ser siempre franco.

GUND. Bueno, pues hablando con entera franqueza, Cecilia, hubiera yo querido que tuviese usted cuarenta y dos años cumplidos y que fuera más fea de lo que se suele ser a esa edad. Ernesto tiene un carácter enérgico y recto. Es la esencia misma de la verdad y del honor. La deslealtad le sería tan imposible como el engaño. Pero hasta los hombres que tienen el espíritu más noble que pueda existir son sumamente sensibles a la influencia de los encantos físicos de los demás. La historia moderna, lo mismo que la antigua, nos proporcionan un gran número de lamentables ejemplos del caso a que me refiero. Si no fuera así, realmente, la historia sería completamente ilegible.

CEC. Usted perdone, Gundelinda. ¿Ha dicho usted Ernesto?

GUND. Sí.

CEC. ¡Oh! Pero mi tutor no es míster Ernesto Worthing. Es su hermano..., su hermano mayor.

GUND. *(Sentándose de nuevo.)* Ernesto no me ha dicho nunca que tuviese un hermano.

CEC. Siento decir que durante mucho tiempo no han estado en buenas relaciones.

GUND. ¡Ah! Eso lo explica todo. Y ahora que pienso, no he oído nunca a nadie hablar de su hermano. El tema parecía desagradable, por lo visto, a la mayoría de la gente. Cecilia, me ha quitado usted un gran peso de encima. Empezaba a sentirme casi inquieta. Hubiera sido terrible que una nube cualquiera empañase una amistad como la nuestra, ¿no le parece? Dígame, ¿está usted segura, completamente segura, de que míster Ernesto Worthing no es su tutor?

CEC. Completamente segura. *(Una pausa.)* En realidad voy yo a ser su tutora.

GUND. *(Con tono interrogador.)* ¿Me hace usted el favor de repetirlo?

CEC. *(Con cierta timidez y confidencialmente.)* Mi querida Gundelinda, no hay razón alguna para que le guarde a usted un ecreto. Nuestro periodiquito local recogerá seguramente la noicia la semana próxima. Míster Ernesto Worthing y yo somos iovios y nos casaremos.

GUND. *(Levantándose, muy cortésmente.)* Mi querida Ceciia, creo que debe haber en eso algún pequeño error. Míster Eriesto Worthing es mi prometido. La noticia aparecerá en el Morning Post del sábado, lo más tarde.

CEC. *(Muy cortésmente, levantándose.)* Temo que esté used ligeramente equivocada. Ernesto se me ha declarado hace liez minutos justos. *(Enseña su diario.)*

GUND. *(Examinando atentamente el diario con los imperinentes puestos.)* Es realmente curiosísimo, pues me rogó que uese su esposa ayer tarde, a las cinco y media. Si quiere usted omprobar el hecho, hágalo, se lo ruego. *(Sacando su propio liario.)* No viajo jamás sin mi diario. Debe una llevar siempre ilgo sensacional para leer en el tren. Sentiría mucho, querida Cecilia, que esto pudiese causarla alguna decepción; pero creo que mi derecho es preeminente.

CEC. Lamentaría de un modo indecible, mi querida Gundeinda, tener que causarla algún dolor moral o físico; pero me reo en la obligación de hacerla notar que desde que Ernesto e declaró a usted ha cambiado de opinión evidentemente.

GUND. *(Con aire meditabundo.)* Si ese pobre muchacho se ia dejado coger en la trampa de alguna promesa disparatada, onsideraré un deber mío librarle de ella sin tardanza y con nano firme.

CEC. *(Con aire pensativo y melancólico.)* Sea el que fuere el desdichado enredo en que pueda haberse metido mi novio, no se lo reprocharé nunca después de casados.

GUND. ¿Me alude usted a mí, miss Cardew, al hablar de enredo? Es usted muy atrevida. En una ocasión como ésta es más que un deber moral decir lo que se piensa. Se convierte en un placer.

CEC. ¿Quiere usted insinuar, miss Fairfax, que yo he cogido en una trampa a Ernesto para que se declarase? ¿Cómo se atreve usted a eso? No es éste el momento de andarse con fingidos miramientos. Cuando veo un azadón lo llamo azadón.

GUND. *(Con ironía.)* Me encanta poder decir que yo no he visto nunca un azadón. Claro es que nuestras esferas sociales son muy diferentes. *(Entra Merriman, seguido de un lacayo. Trae una bandeja, un mantel y una mesita con el servicio. Cecilia está a punto de replicar. La presencia de los criados ejerce una influencia moderadora, bajo la cual ambas muchachas se revuelven rabiosas.)*

MERR. ¿Hay que servir el té como de costumbre, miss?

CEC. *(En tono severo, pero tranquilo.)* Sí, como de costumbre. *(Merriman empieza a desocupar la mesa y a colocar el mantel. Pausa larga. Cecilia y Gundelina se miran furiosas.)*

GUND. ¿Hay muchas excursiones interesantes por las cercanas, miss Cardew?

CEC. ¡Oh, sí! Muchísimas. Desde lo alto de una de las colinas cercanas se pueden ver cinco provincias.

GUND. ¡Cinco provincias! No creo que eso me gustase nada. Detesto las aglomeraciones.

CEC. *(Con dulzura.)* Supongo que por eso vive usted en Londres. *(Gundelinda se muerde los labios y se golpea nerviosamente el pie con su sombrilla.)*

GUND. *(Mirando en torno suyo.)* ¡Qué jardín tan bien cuidado, miss Cardew!

CEC. Encantada de que le guste, miss Fairfax.

GUND. No tenía yo idea de que hubiese flores en el campo.

CEC. ¡Oh! Las flores son aquí tan vulgares como la gente en Londres, miss Fairfax.

GUND. Por lo que a mí se refiere, no puedo comprender cómo se las arregla nadie para vivir en el campo, si es que hay alguien que haga semejante cosa. El campo me aburre siempre mortalmente.

CEC. ¡Ah! Eso es lo que los periódicos llaman depresión agrícola, ¿verdad? Creo que la aristocracia la padece mucho ahora precisamente. Es casi una epidemia entre ella, según me han dicho. ¿Quiere usted una taza de té, miss Fairfax?

GUND. *(Con refinada cortesía.)* Gracias. *(Aparte.)* ¡Odiosa muchacha! ¡Pero tengo hambre!

CEC. *(Con dulzura.)* ¿Azúcar?

GUND. *(Con altivez.)* No, gracias. El azúcar no está ya de moda. *(Cecilia la mira con indignación, coge las pinzas y echa cuatro terrones de azúcar en la taza.)*

CEC. *(Secamente.)* ¿Tarta, o pan con manteca?

GUND. *(Con aire displicente.)* Pan con manteca, si hace el favor. La tarta no se ve hoy día casi en las casas buenas.

CEC. *(Cortando una gran rebanada de tarta y poniéndola en el plato.)* Pase usted esto a miss Fairfax. *(Merriman obedece y sale con el lacayo. Gundelinda bebe el té y hace una mueca. Deja en seguida la taza, alarga la mano hacia el pan con manteca, lo mira y se encuentra con que es tarta. Se levanta indignada.)*

GUND. Me ha llenado usted el té de terrones de azúcar, y aunque he pedido con toda claridad pan con manteca, me ha dado usted tarta. Todo el mundo conoce la dulzura de mi carácter y la extraordinaria bondad de mi genio; pero le advierto, miss Cardew, que va usted demasiado lejos.

CEC. *(Levantándose.)* Por salvar a mi pobre, inocente y fiel prometido de las maquinaciones de cualquier otra muchacha iría yo todo lo lejos que fuese necesario.

GUND. Desde el momento en que la vi desconfié de usted y sentí que era usted falsa y solapada. No me equivoco nunca en estas cosas. Mi primera impresión ante la gente es invariablemente cierta.

CEC. Paréceme, miss Fairfax, que estoy abusando de su precioso tiempo. Tendría usted, sin duda, otras muchas visitas del mismo género que hacer en la vecindad. *(Entra Jack.)*

GUND. *(Al verle.)* ¡Ernesto! ¡Mi Ernesto!

JACK. ¡Gundelinda! ¡Encanto mío! *(Va a besarla.)*

GUND. *(Retrocediendo.)* ¡Un momento! ¿Puedo preguntarle si es usted el prometido de esta señorita? *(Señalando a Cecilia.)*

JACK. *(Riendo.)* ¡De mi querida Cecilita! ¡Claro que no lo soy! ¿Quién puede haberla metido a usted semejante idea en su linda cabecita?

GUND. Gracias, ¡Ahora ya puede usted!... *(Ofreciéndole su mejilla.)*

CEC. *(Con mucha dulzura.)* Ya sabía yo que debía haber alguna mala inteligencia. El caballero cuyo brazo rodea en este momento su talle es mi querido tutor, míster John Worthing.

GUND. ¿Me hace usted el favor de repetirlo?

CEC. Que es el tío Jack.

GUND. *(Retrocediendo.)* ¡Jack! ¡Oh! *(Entra Algernon.)*

CEC. Aquí está Ernesto.

ALG. *(Yendo directamente hacia Cecilia sin reparar en los demás.)* ¡Amor mío! *(Queriendo besarla.)*

CEC. *(Retrocediendo.)* ¡Un momento, Ernesto! ¿Puedo preguntarle si es usted el prometido de esta señorita?

ALG. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Qué señorita? ¡Dios mío! ¡Gundelinda!

CEC. ¡Sí! ¡Gundelinda! ¡Dios mío! De Gundelinda hablo.

ALG. *(Riendo.)* ¡Claro que no lo soy! ¿Quién puede haberla metido a usted semejante idea en su linda cabecita?

CEC. Gracias. *(Ofreciéndole su mejilla para que la bese.)* Ya puede usted. *(Algernon la besa.)*

GUND. Ya sabía yo que debía haber algún error, miss Cardew. El caballero que la acaba de besar a usted es mi primo míster Algernon Moncrieff.

CEC. *(Separándose de Algernon.)* ¡Algernon Moncrieff! ¡Oh! *(Las dos muchachas se dirigen la una hacia la otra y se cogen mutuamente del talle como para protegerse.)*

CEC. ¿Se llama usted Algernon?

ALG. No puedo negarlo.

CEC. ¡Oh!

GUND. ¿Se llama usted realmente John?

JACK. *(Irguiéndose con cierto orgullo.)* Podría negarlo si se me antojase. Podría negarlo todo si quisiera. Pero me llamo realmente John. Y John he sido durante muchos años.

CEC. *(A Gundelinda.)* ¡Las dos hemos sido engañadas groseramente!

GUND. ¡Mi pobre Cecilia, ofendida!

CEC. ¡Mi querida Gundelinda, ultrajada!

GUND. *(Pausadamente y con gravedad.)* Me llamará usted hermana, ¿verdad? *(Se abrazan. Jack y Algernon murmuran por lo bajo, paseándose de arriba abajo.)*

CEC. *(Con cierta viveza.)* Hay precisamente una pregunta que desearía me permitiesen hacer a mi tutor.

GUND. ¡Admirable idea! Míster Worthing, hay precisamente una pregunta que desearía me permitiesen hacerle. ¿Dónde está su hermano Ernesto? Ambas estamos prometidas a su hermano Ernesto; así es que tiene cierta importancia para nosotras saber dónde está en la actualidad su hermano Ernesto.

JACK. *(Lentamente y con vacilación.)* Gundelinda... Cecilia... Es muy penoso para mí verme obligado a decir la verdad. Es la primera vez en mi vida que me veo en una situación tan penosa, y realmente carezco por completo de experiencia en la materia. Sin embargo, les diré a ustedes con toda franqueza que yo no tengo ningún hermano Ernesto. No tengo ningún hermano en absoluto. No he tenido en mi vida ningún hermano ni entra realmente en mis intenciones tenerlo en lo futuro.

CEC. *(Sorprendida.)* ¿Que no tiene usted ningún hermano en absoluto?

JACK. *(Alegremente.)* ¡Ninguno!

GUND. *(Con severidad.)* ¿No ha tenido usted nunca hermano de ninguna clase?

JACK. *(Con jovialidad.)* Nunca, de ninguna clase.

GUND. Me parece, Cecilia, que ninguna de las dos estamos prometidas a nadie.

CEC. No es una situación muy agradable para una muchacha encontrarse de repente así, ¿verdad?

GUND. Vamos a casa. No creo que tengan el atrevimiento de seguirnos allí.

CEC. No. ¡Son tan cobardes los hombres! *(Los miran despreciativamente y entran en la casa.)*

JACK. Y a este horroroso lío es a lo que tú llamas bunburysmo, ¿no es eso?

ALG. Sí, y bunburysmo del mejor. El bunburysmo más admirable que he visto en mi vida.

JACK. Bueno, pues no tienes el menor derecho a bunburyzar aquí.

ALG. Eso es absurdo. Tiene uno derecho a bunburyzar donde se le antoje. Todo bunburysta serio lo sabe.

JACK. ¡Bunburysta serio! ¡Dios mío!

ALG. ¡Sí! Hay que ser serio para unas cosas u otras, cuando desea uno divertirse algo en la vida. A mí se me ocurre ser serio en lo tocante al bunburysmo. No tengo ni la más remota idea de lo que haces tú en serio. Me figuro que acaso todo. ¡Tienes un carácter tan absolutamente trivial!

JACK. Bueno, la única pequeña satisfacción que tengo en todo este desdichado asunto es que tu amigo Bunbury se ha ido a paseo. ¡Ya no podrás escaparte al campo tan a menudo como solías hacerlo, querido Algy! Lo cual está muy bien.

ALG. Tu hermano está también un poco apagado, ¿verdad, querido Jack? No podrás fugarte a Londres con tanta frecuencia como acostumbrabas. Y eso no está mal tampoco.

JACK. En cuanto a tu conducta con miss Cardew, debo decirte que portarse así con una muchacha encantadora, sencilla e inocente me parece completamente indisculpable. Eso sin tener en cuenta para nada que es mi pupila.

ALG. No veo justificación posible para ti después de haber engañado a una muchacha tan excepcional, tan inteligente, de tanto mundo como miss Fairfax. Y eso sin tener en cuenta para nada que es mi prima.

JACK. Yo quería casarme con Gundelinda, y eso es todo. La amo.

ALG. Pues yo deseaba únicamente casarme con Cecilia. La adoro.

JACK. Tienes pocas probabilidades de casarte con miss Cardew.

ALG. No creo que sea muy verosímil tu enlace con miss Fairfax, Jack.

JACK. Bueno, eso a ti no te importa.

ALG. Si me importara no hablaría de ello. *(Se pone a comer pastas.)* Es muy ordinario hablar de los asuntos propios. No lo hacen mas que los agentes de Bolsa, y para eso únicamente en sus banquetes oficiales.

JACK. No me explico cómo puedes estar ahí sentado, comiendo tranquilamente pastas, cuando nos encontramos en un apuro tan terrible como éste. Me pareces completamente inhumano.

ALG. Si es que no puedo comer pastas con el ánimo agitado. Me mancharía los puños de manteca, con toda seguridad. Hay que estar siempre muy tranquilo para comer pastas. Es la única manera de comerlas.

JACK. Te digo que es inhumano comer pastas de cualquier manera en las circunstancias actuales.

ALG. Cuando tengo algún apuro, lo único que me consuela es comer. En efecto, cuando tengo un verdadero apuro gordo, todos los que me conocen íntimamente podrán decirte que me niego a todo, menos a comer y a beber. En este momento estoy comiendo pastas porque soy desgraciado. Y, además, que me gustan especialmente estas pastas. *(Se levanta.)*

JACK. *(Levantándose también.)* Bueno, pero esa no es razón para que te las comas todas de esa manera voraz. *(Le quita las pastas a Algernón.)*

ALG. *(Ofreciéndole la tarta para el té.)* Quisiera que te comieses la tarta en lugar de las pastas. La tarta no me gusta.

JACK. ¡Pero, Dios mío! ¿Supongo que podrá uno comerse sus pastas en su jardín?

ALG. ¿Pues no acabas de decir que era inhumano comer pastas?

JACK. He dicho que era completamente inhumano en ti comerlas en las actuales circunstancias. Lo cual es muy distinto.

ALG. Puede ser. Pero las pastas son siempre lo mismo. *(Le arrebata a Jack el plato de las pastas.)*

JACK. Algy, ¿cuándo vas a tener la bondad de largarte?

ALG. No es posible que quieras que me vaya sin hacer alguna comida. Sería absurdo. Nunca me marcho sin comer. Nadie lo hace, excepto los vegetarianos y sus congéneres. Además, acabo de ponerme de acuerdo con el doctor Casulla para que me bautice a las seis y cuarto con el nombre de Ernesto.

JACK. Mi querido amigo, cuanto antes desistas de ese disparate, mejor. Me he puesto de acuerdo esta mañana con el doctor Casulla para que me bautice a las cinco y media, y, como es natural, me impondrá el nombre de Ernesto. Gundelinda lo quería así. No podemos ser bautizados los dos con el nombre de Ernesto. Sería absurdo. Además, tengo perfecto derecho a que me bauticen si se me antoja. No hay la menor prueba de que me haya bautizado nadie. Creo muy posible que no me hayan bautizado nunca, y lo mismo opina el doctor Casulla. Tu caso es completamente distinto. A ti ya te han bautizado.

ALG. Sí, pero hace años que no lo he sido.

JACK. Sí, pero te han bautizado. Eso es lo importante.

ALG. Así es. Por eso sé que mi constitución puede resistirlo. Si tú no estás completamente seguro de haber sido bautizado alguna vez, debo decirte que me parece algo peligroso para ti arriesgarte a hacerlo ahora. Podría hacerte daño. No debes olvidar que una persona, íntimamente relacionada contigo, ha estado a punto de liárselas esta semana, a causa de un fuerte enfriamiento.

JACK. Sí, pero tú mismo dijiste que un fuerte enfriamiento no era hereditario.

ALG. Generalmente no, ya lo sé... ; pero ahora me atrevo a asegurar que sí lo es. La ciencia está siempre haciendo maravillosos adelantos.

JACK. *(Cogiendo el plato de las pastas.)* ¡Oh, eso es un disparate! Estás siempre diciendo disparates.

ALG. ¡Jack, otra vez con las pastas! Ten la bondad de dejarlas en paz. No quedan más que dos. *(Las coge.)* Ya te he dicho que me gustaban especialmente las pastas.

JACK. Y yo no puedo ver la tarta.

ALG. Entonces, ¿por qué diablos permites que sirvan tarta a tus invitados? ¡Vaya una idea que tienes de la hospitalidad!

JACK. ¡Algernon! Ya te he dicho que te vayas. No quiero que estés aquí. ¿Por qué no te vas?

ALG. ¡No he acabado aún de tomar el té! Y queda todavía una pasta. *(Jack lanza un gemido y se desploma sobre un sillón. Algernón continúa comiendo.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Saloncito íntimo en la residencia solariega de Woolton. Gundelinda y Cecilia están asomadas a la ventana, mirando hacia el jardín.

GUND. El hecho de no habernos seguido inmediatamente aquí, como hubiese hecho cualquiera, demuestra, a mi juicio, que todavía les queda algún sentimiento de vergüenza.

CEC. Han estado comiendo pastas. Eso parece indicar arrepentimiento.

GUND. *(Después de una pausa.)* Lo que parece es que no se preocupan de nosotras. ¿No podría usted toser?

CEC. ¡Pero si no estoy acatarrada!

GUND. Nos miran. ¡Qué descaro!

CEC. Se acercan. ¡Eso sí que es atrevimiento!

GUND. Guardemos un silencio digno.

CEC. Muy bien. Es lo único que podemos hacer por ahora. *(Entra Jack seguido de Algernon. Vienen silbando un aire terriblemente popular de opereta inglesa.)*

GUND. Este silencio digno parece producir un resultado deplorable.

CEC. De lo más deplorable.

GUND. Pero no seremos las primeras en hablar.

CEC. Eso no.

GUND. Míster Worthing, tengo que preguntarle algo muy particular. De su contestación dependen muchas cosas.

CEC. Gundelinda, es usted de una sensatez inapreciable. Míster Moncrieff, tenga usted la bondad de contestarme a la siguiente pregunta: ¿por qué quiso usted hacerse pasar por el hermano de mi tutor?

ALG. Para poder tener ocasión de verla a usted.

CEC. *(A Gundelinda.)* La explicación parece realmente satisfactoria, ¿verdad?

GUND. Sí, querida, si se aviene usted a creerle.

CEC. No le creo. Pero eso no influye lo más mínimo en la admirable belleza de su respuesta.

GUND. Es cierto. En cuestiones de gran importancia lo esencial es el estilo y no la sinceridad. Míster Worthing, ¿cómo va usted a explicarme su falsa afirmación de que tenía un hermano? ¿Lo hizo usted para tener ocasión de ir a Londres a verme lo más a menudo posible?

JACK. ¿Puede usted dudarlo, miss Fairfax?

GUND. Tengo serios motivos para dudarlo. Pero pienso hacerlos desaparecer. No es este momento de escepticismos a la alemana. *(Dirigiéndose hacia Cecilia.)* Sus explicaciones parecen completamente satisfactorias, sobre todo la de míster Worthing. Posee, a mi juicio, el sello de la verdad.

CEC. Yo estoy más que satisfecha con lo que ha dicho míster Moncrieff. Sólo su voz inspira una absoluta confianza.

GUND. ¿Entonces cree usted que deberíamos perdonarles?

CEC. Sí, eso creo.

GUND. ¿Verdad que sí? Yo ya he perdonado. Están en juego principios que no se pueden abandonar. ¿Cuál de nosotras deberá hablarles? No es una faena agradable.

CEC. ¿No podíamos hablar las dos al mismo tiempo?

GUND. ¡Excelente idea! Yo casi siempre hablo al mismo tiempo que los demás. ¿Quiere usted que yo le marque el compás?

CEC. Naturalmente. *(Gundelinda lleva el compás levantando el dedo.)*

GUND.
CEC. } *(Hablando a la vez.)* Sus nombres de pila siguen siendo una barrera infranqueable. ¡Esto es todo!

JACK.
ALG. } *(Hablando a la vez.)* ¿Nuestros nombres de pila? ¿Y eso es todo?. Pero si nos van a bautizar esta tarde.

GUND. *(A Jack.)* ¿Y está usted dispuesto a hacer esa terrible cosa en mi obsequio?

JACK. Lo estoy.

CEC. *(A Algernon.)* ¿Y por complacerme está usted decidido a arrostrar esa tremenda prueba?

ALG. ¡Lo estoy!

GUND. ¡Qué absurdo es hablar de la igualdad de los sexos! Cuando se trata del sacrificio de sí mismo los hombres están infinitamente más adelantados que nosotras.

JACK. Lo estamos. *(Le estrecha la mano a Algernon.)*

CEC. Tienen ellos momentos de valor físico que nosotras, las mujeres, desconocemos en absoluto.

GUND. *(A Jack.)* ¡Amor mío!

ALG. *(A Cecilia.)* ¡Amor mío! *(Caen unas en brazos de otros. Aparece Merriman. Al entrar y ver la situación tose muy fuerte.)*

MERR. ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Lady Bracknell!

JACK. ¡Cielo santo! *(Entra lady Bracknell. Las parejas se separan asustadas. Sale Merriman.)*

LADY. ¡Gundelinda! ¿Qué significa esto?

GUND. Pues, sencillamente, que míster Worthing y yo somos prometidos, mamá.

LADY. Ven aquí. Siéntate. Siéntate inmediatamente. La vacilación, de cualquier clase que sea, es señal de decadencia mental en los jóvenes y de debilidad física en los viejos. *(Volviéndose hacia Jack.)* Caballero, habiendo sabido la fuga repentina de mi hija por su doncella de confianza, cuyas confidencias he comprado por medio de unos cuantos cuartos, la he seguido inmediatamente, tomando un tren de mercancías. Su desventurado padre está en la idea, afortunadamente, de que asiste a una conferencia de una duración extraordinaria, organizada por la Junta de Ampliación Universitaria, acerca de la influencia de una renta fija sobre el Pensamiento. Me propongo no sacarle de su error. Realmente, yo no le he sacado de sus errores en ninguna cuestión. Lo considero un error. Pero comprenderá usted perfectamente, como es natural, que toda comunicación entre usted y mi hija debe cesar terminantemente desde ahora mismo. Sobre este punto, como, por supuesto, sobre todos los puntos, soy inflexible.

JACK. ¡Me he comprometido a casarme con Gundelinda, lady Bracknell!

LADY. Eso no tiene la menor importancia, caballero. Y ahora, en cuanto a Algernon... ¡Algernon!

ALG. ¿Qué, tía Augusta?

LADY. ¿Puedo preguntarte si es en esta casa donde vive tu achacoso amigo míster Bunbury?

ALG. *(Tartamudeando.)* ¡Oh, no! Bunbury no vive aquí.

Bunbury está no sé. . donde... en este momento. En fin, Bunbury ha muerto.

LADY. ¡Muerto! ¿Y cuándo ha muerto míster Bunbury? Su muerte ha debido ser muy repentina.

ALG. *(Alegremente.)* ¡Oh! Le he matado esta tarde. Digo, el pobre Bunbury murió esta tarde.

LADY. ¿Y de qué murió?

ALG. ¿Quién, Bunbury? ¡Oh, explotó por completo!

LADY. ¿Que explotó? ¿Ha sido víctima de un atentado revolucionario? No estaba yo enterada de que míster Bunbury se interesase por la legislación social. Si así era, bien castigado está por su morbosidad.

ALG. ¡Querida tía Augusta, he querido decir que le descubrieron! Vamós, que los médicos descubrieron que Bunbury no podía vivir, esto es lo que quería yo decir..., y Bunbury, por lo tanto, se murió.

LADY. Parece ser que tuvo una gran confianza en la opinión de los médicos. Sin embargo, me alegro mucho de que se decidiese por último a adoptar una regla de conducta decisiva, según prescripción facultativa. Y ahora que estamos ya libres de ese míster Bunbury, ¿puedo preguntar a usted, míster Worthing, quién es esa personita cuya mano tiene cogida mi sobrino Algernon de una manera que me parece completamente impropia?

JACK. Esa señorita es miss Cecilia Cardew, mi pupila. *(Lady Bracknell saluda friamente a Cecilia.)*

ALG. He dado palabra de casamiento a Cecilia, tía Augusta.

LADY. ¿Quieres hacer el favor de repetírmelo?

CEC. Míster Moncrieff y yo pensamos casarnos, lady Bracknell.

LADY. *(Se estremece, y yendo hacia el sofá se sienta.)* No sé si es que el aire de esta región del condado de Hertford, precisamente, tendrá algo especialmente excitante; pero el número de promesas matrimoniales en actividad me parece que supera considerablemente el término medio suministrado por las estadísticas para gobierno nuestro. Creo que algunas preguntas preliminares por mi parte no estarían de más. Míster Worthing, ¿tiene algo que ver miss Cardew con cualquiera de las grandes estaciones de ferrocarril londinense? Lo pregunto a título de información solamente. Hasta ayer no tenía yo idea de que hubiese familias o personas que descendiesen de una estación de término. *(Jack parece furiosísimo, pero se contiene.)*

JACK. *(Con voz clara y fría.)* Miss Cardew es nieta del difunto míster Thomas Cardew, Belgravia Square, ciento cuarenta y nueve, Londres S. O.; propietario de la finca Gervase Park, en Dorking, condado de Surrey y del Sporran, en el condado de Fife, al Norte.

LADY. Eso parece bastante satisfactorio. Tres direcciones inspiran siempre confianza, hasta a los comerciantes. ¿Pero qué pruebas tengo yo de su autenticidad?

JACK. He conservado cuidadosamente los Anuarios de señas de aquella época. Están a su disposición, por si quiere examinarlos, lady Bracknell.

LADY. *(Con aspereza.)* He notado errores peregrinos en esa publicación.

JACK. Los abogados y procuradores de la familia de miss Cardew son los señores Markby, Markby y Markby.

LADY. ¿Markby, Markby y Markby? Una razón social muy bienquista en su profesión. Además, he oído decir que alguno de esos señores Markby figuraba de vez en cuando en los banquetes oficiales. Hasta ahora, todo eso me satisface.

JACK. *(Muy irritado.)* ¡Cuánta bondad por su parte, lady Bracknell! Tengo también en mi poder, y le encantará a usted saberlo, la partida de nacimiento de miss Cardew, su fe de bautismo y sus certificados de tos ferina, empadronamiento, vacunación, confirmación y sarampión, documentos tanto alemanes como ingleses.

LADY. ¡Ah! Una vida llena de incidentes, por lo que veo; aunque tal vez demasiado excitante para una muchacha tan joven. Yo no soy partidaria de la experiencia prematura. *(Se levanta y mira la hora en su reloj.)* ¡Gundelinda! Se acerca la hora de nuestra marcha. No podemos perder ni un momento. Y aunque sea por pura fórmula, míster Worthing, quisiera preguntarle si miss Cardew posee alguna fortunita.

JACK. ¡Oh! Unas ciento treinta mil libras esterlinas en papel del Estado. Eso es todo. Vaya usted con Dios, lady Bracknell. Encantado de haberla visto.

LADY. *(Sentándose de nuevo.)* Un momento, míster Worthing. ¡Ciento treinta mil libras! ¡Y en papel del Estado! Miss Cardew me parece una muchacha muy seductora, ahora que la veo bien. Pocas muchachas hoy día tienen cualidades verdaderamente sólidas, de esas cualidades que duran y se mejoran con el tiempo. Vivimos, siento tener que decirlo, en una época de cosas superficiales. *(A Cecilia.)* Acérquese usted, querida. *(Cecilia se acerca.)* ¡Preciosa muchachita! Su vestido es de una sencillez lastimosa, y su pelo parece tal como lo hizo la Naturaleza. Pero podemos transformarle en seguida. Una doncella francesa, perfectamente experta, conseguirá resultados verdaderamente maravillosos en poquísimo tiempo. Me acuerdo que recomendé una a la joven lady Lancing y tres meses después no la conocía ni su propio marido.

JACK. Y pasados seis meses no la conocía nadie.

LADY. *(Mira iracunda a Jack durante unos instantes. Lue-*

go dirige una sonrisa estudiada a Cecilia.) Tenga usted la bondad de volverse, encantadora amiguita. *(Cecilia da una vuelta completa.)* No, lo que quiero examinar es el perfil. *(Cecilia se pone de perfil.)* Sí, lo que yo esperaba, en absoluto. Hay varias posibilidades mundanas en su perfil. Los dos puntos flacos de nuestra época son su falta de principios y su falta de perfil. Levante usted un poco la barbilla, querida. El estilo depende en gran parte de la manera de llevar la barbilla. ¡Se lleva en este momento muy alta, Algernon!

ALG. ¡Sí, tía Augusta!

LADY. Hay varias posibilidades mundanas en el perfil de miss Cardew.

ALG. Cecilia es la muchacha más dulce, más amable y más bonita que hay en el mundo entero. Y no doy dos céntimos por esas posibilidades mundanas.

LADY. No hables irrespetuosamente de la sociedad, Algernon. Eso lo hace tan sólo la gente que no puede pertenecer a ella. *(A Cecilia.)* Sabrá usted, como es natural, amiguita, que Algernon no cuenta mas que con sus deudas. Pero yo no apruebo los matrimonios interesados. Cuando me casé con lord Bracknell no tenía yo la menor fortuna. Pero ni en sueños admití por un momento que eso pudiera ser un obstáculo en mi camino. Bueno, supongo que tendré que dar mi consentimiento.

ALG. Gracias, tía Augusta.

LADY. ¡Cecilia, puede usted besarme!

CEC. *(Besándola.)* Gracias, lady Bracknell.

LADY. Puede usted llamarme también tía Augusta en lo sucesivo.

CEC. Gracias, tía Augusta.

LADY. Yo creo que lo mejor sería que la boda se celebrase lo antes posible.

ALG. Gracias, tía Augusta.

CEC. Gracias, tía Augusta.

LADY. Hablando con franqueza, yo no soy partidaria de las relaciones largas. Dan ocasión a que los novios descubran sus mutuos caracteres antes de casarse, lo cual nunca es aconsejable.

JACK. Perdone usted que la interrumpa, lady Bracknell; pero no hay que pensar en esa boda. Soy tutor de miss Cardew y ella no puede casarse sin mi consentimiento hasta que sea mayor de edad. Y ese consentimiento me niego en absoluto a darlo.

LADY. ¿Y puedo preguntarle por qué motivos? Algernon es un partido extraordinariamente, y hasta me atreveré a decir que ostentosamente aceptable. No tiene nada, pero luce mucho. ¿Qué más puede desearse?

JACK. Siento muchísimo tener que hablarle a usted con franqueza, lady Brucknell, acerca de su sobrino; pero el hecho es que

a mí no me gusta absolutamente nada su carácter. Sospecho que es un mentiroso. *(Algernon y Cecilia le miran con indignado asombro.)*

LADY. ¡Mentiroso! ¿Mi sobrino Algernon? ¡Imposible! Es un alumno de Oxford.

JACK. Temo que no sea posible abrigar la menor duda sobre ese punto. Esta tarde, durante mi ausencia temporal de aquí, y hallándome en Londres por un importante asunto de novela, consiguió entrar en mi casa pretextando ser mi hermano. Y al amparo de un nombre falso se ha bebido, según acaba de comunicarme mi mayordomo, una botella entera de un cuartillo de mi Perrier-Jouet Brut, del ochenta y nueve; un vino que me reservaba especialmente. Continuando su vergonzosa impostura, ha conseguido durante la tarde enajenarme el afecto de mi única pupila. Posteriormente se ha quedado a tomar el té, engullendo hasta la última pasta. Y lo que hace su conducta más inconcebible aún es que sabía perfectamente desde el principio que yo no tengo ningún hermano, que no le he tenido nunca y que no pienso tenerlo de ninguna clase. Así se lo dije terminantemente ayer mismo por la tarde.

LADY. ¡Ejem! Míster Worthing, después de madura reflexión he decidido no hacer caso en absoluto de la conducta de mi sobrino con usted.

JACK. Eso demuestra una gran generosidad en usted, lady Bracknell. Mi decisión es, sin embargo, irrevocable. Me niego a dar el consentimiento.

LADY. *(A Cecilia.)* Acérquese usted, amiguita. *(Cecilia se aproxima.)* ¿Qué edad tiene usted, querida?

CEC. Pues realmente no tengo mas que diez y ocho años; pero confieso siempre veinte cuando voy a alguna velada.

LADY. Hace usted perfectamente en efectuar esa leve alteración. Realmente una mujer no debe decir nunca exactamente su edad. Eso da un aspecto de calculadora... *(Como reflexionando.)* Diez y ocho años, pero confesando veinte en las veladas. Bueno, no falta mucho para que llegue usted a la mayoría de edad y se vea libre de las restricciones de la tutela. Así es que no creo que el consentimiento de su tutor sea, después de todo, una cuestión de gran importancia.

JACK. Perdone usted, lady Bracknell, que le interrumpa de nuevo, pero justo es decirla que, según las cláusulas del testamento de su abuelo, miss Cardew no llegará a ser mayor de edad, legalmente, hasta los treinta y cinco años.

LADY. Eso no me parece una grave objeción. Treinta y cinco años es una edad muy atractiva. La sociedad londinense está llena de damas de elevadísima alcurnia que por su propia elección se han quedado en los treinta y cinco. Lady Dumbleton es un caso

de ello, por ejemplo. Que yo sepa, ha tenido treinta y cinco años desde que cumplió los cuarenta, hace ya muchos años. No veo razón alguna para que nuestra querida Cecilia no esté más atractiva aún a la edad susodicha, que lo está actualmente. Y mientras tanto sus bienes habrán aumentado considerablemente.

CEC. Algy, ¿podría usted esperarme hasta que cumpla yo los treinta y cinco años?

ALG. Claro que puedo, Cecilia. Ya sabe usted que sí.

CEC. Sí, lo sabía instintivamente, pero yo no podría esperar todo ese tiempo. Detesto tener que esperar a cualquiera, aunque sólo sean cinco minutos. Me pone eso siempre de muy mal humor. Yo no soy puntual, ya lo sé; pero me gusta la puntualidad en los demás, y, por lo tanto, no hay ni qué pensar en que yo espere, aunque sea para casarme.

ALG. Entonces, ¿qué vamos a hacer, Cecilia?

CEC. No lo sé, míster Moncrieff.

LADY. Mi querido míster Worthing, como miss Cardew declara categóricamente que no podría esperar hasta los treinta y cinco—advertencia que, lo confieso, me parece mostrar un carácter algo impaciente—, yo le rogaría a usted que meditase nuevamente su determinación.

JACK. Pero, mi querida lady Bracknell, ¡si el asunto está por completo entre sus manos! En el momento en que usted consienta en mi boda con Gundelinda yo aprobaré gustoso el enlace de su sobrino con mi pupila.

LADY. *(Levantándose e irguiéndose con altivez.)* Debía usted ya saber perfectamente que no hay ni que pensar en su proposición.

JACK. Entonces, un celibato apasionado es lo que podemos esperar todos nosotros en lo venidero.

LADY. No es ese el destino que le reservo a Gundelinda. Algernon, como es natural, puede escoger por sí mismo. *(Saca su reloj.)* Vamos, querida. *(Gundelinda se levanta.)* Hemos perdido ya cinco trenes o seis. Si perdemos alguno más nos exponemos a toda clase de comentarios en el andén. *(Entra el doctor Casulla.)*

CAS. Todo está ya preparado para los bautizos.

LADY. ¿Para los bautizos, caballero? ¿No será eso algo prematuro?

CAS. *(Con aire ligeramente perplejo y señalando a Jack y a Algernon.)* Estos dos señores han expresado el deseo de ser bautizados inmediatamente.

LADY. ¿A su edad? ¡La idea es grotesca e impía! Algernon, te prohibo que te bautices. No quiero oír hablar de semejantes excesos. Lord Bracknell se disgustaría muchísimo si se enterase de que malgastabas de esa manera tu tiempo y tu dinero.

CAS. ¿Quiere eso decir que no habrá entonces ningún bautizo en toda la tarde?

JACK. No creo que tenga mucha importancia práctica para nosotros tal como están las cosas en este momento, doctor Casulla.

CAS. Me apena oírle a usted semejantes conceptos, míster Worthing. Huelen a las doctrinas heréticas de los Anabaptistas, doctrinas que he refutado por completo en cuatro de mis sermones inéditos. No obstante, como la disposición de ánimo de ustedes en este momento me parece particularmente profana, volveré a la iglesia en seguida. Además, acaba de decirme el encargado del cepillo eclesiástico que hace hora y media que me está esperando miss Prism en la sacristía.

LADY. ¡Miss Prism! ¿Le he oído a usted, realmente, referirse a una miss Prism?

CAS. Sí, lady Bracknell. A reunirme con ella voy.

LADY. Permítame usted que le ruegue que se detenga un momento. Es un asunto que puede tener una importancia vital para lord Bracknell y para mí. Esa miss Prism, ¿no es una mujer de aspecto repulsivo, confusamente relacionada con la enseñanza?

CAS. *(Con cierta indignación.)* Es una dama de las más cultas y la imagen misma de la respetabilidad.

LADY. Evidentemente, es la misma persona. ¿Puedo preguntarle qué situación ocupa en casa de usted?

CAS. *(Con severidad.)* Soy soltero, señora.

JACK. *(Interviniendo.)* Miss Prism, lady Bracknell, es desde hace tres años la reputada institutriz y la compañera inestimable de miss Cardew.

LADY. A pesar de eso que acabo de oír sobre ella, necesito verla inmediatamente. Mande usted a buscarla.

CAS. *(Mirando hacia afuera.)* Aquí se acerca; ya llega. *(Entra miss Prism apresuradamente.)*

MISS. Me dijeron que me esperaba usted en la sacristía, mi querido canónigo. Le he aguardado allí por espacio de una hora y tres cuartos. *(Ve de pronto a lady Bracknell, que fija en ella una mirada penetrante y petrificadora. Miss Prism se queda pálida y desfallece. Mira con ansiedad a su alrededor como queriendo huir.)*

LADY. *(Con la voz severa de un juez.)* ¡Prism! *(Miss Prism baja la cabeza avergonzada.)* ¡Venga usted aquí, Prism! *(Miss Prism se acerca con aire humilde.)* ¡Prism! ¿Dónde está el niño? *(Consternación general. El canónigo retrocede horrorizado. Algernon y Jack fingen querer evitar con inquietud que Cecilia y Gundelinda oigan los detalles de un terrible escándalo público.)* Hace ya veintiocho años, Prism, que salió usted de casa de lord Bracknell, calle de Upper Grosvenor, número ciento cuatro, al

cuidado de un cochecillo que contenía una criatura recién nacida, del sexo masculino. No volvió usted nunca. Algunas semanas después, gracias a las minuciosas pesquisas de la Policía londinense, fué descubierto el cochecillo a media noche, abandonado y sin defensa, en un rincón alejado de Bayswater. Contenía el manuscrito de una novela en tres tomos, de un sentimentalismo más irritante que el de costumbre. *(Miss Prism se estremece con una indignación involuntaria.)* ¡Pero el niño no estaba en él! *(Todos miran a miss Prism.)* ¡Prism! ¿Dónde está el niño? *(Una pausa.)*

MISS. Lady Bracknell, confieso avergonzada que no lo sé. ¡Qué más quisiera yo que saberlo! He aquí los hechos verdaderos tal como sucedieron. La mañana del día que usted ha mencionado, día que está grabado con letras de fuego en mi memoria, me dispuse, como de costumbre, a sacar al niño de paseo en un cochecillo. Llevaba también conmigo un saco de viaje un poco viejo, pero de gran capacidad, en el que me proponía colocar el manuscrito de una novela que había yo escrito durante mis escasas horas libres. En un momento de distracción mental, que no podré perdonarme nunca, coloqué el manuscrito en el cochecillo y metí al niño en el saco de viaje.

JACK. *(Que ha estado escuchando con atención.)* ¿Pero a dónde llevó usted el saco de viaje?

MISS. No me lo pregunte usted, míster Worthing.

JACK. Miss Prism, es éste un asunto de grandísima importancia para mí. Insisto en saber a dónde llevó usted el saco de viaje que contenía al rorro.

MISS. Lo dejé en el guardarropa de una de las mayores estaciones de Londres.

JACK. ¿Qué estación?

MISS. *(Completamente abrumada.)* En la estación Victoria. Línea de Brighton. *(Se deja caer en una silla.)*

JACK. Tengo que retirarme un momento a mi cuarto. Gundelinda, espéreme usted aquí.

GUND. Si no tarda usted demasiado, le esperaré aquí toda mi vida. *(Sale Jack, muy excitado.)*

CAS. ¿Qué cree usted que quiere decir todo esto, lady Bracknell?

LADY. No me atrevo a sospecharlo, doctor Casulla. No necesito decir a usted que en las familias de elevada posición no se admite el que puedan darse coincidencias extrañas. Se consideran muy cursis. *(Oyense ruidos en el piso de encima, como si alguien fuese tirando baúles. Todos miran hacia arriba.)*

CEC. El tío Jack parece extraordinariamente agitado.

CAS. Su tutor tiene un carácter muy impresionable.

LADY. Ese ruido es desagradabilísimo. Por el estrépito parece como si hubiese encontrado un argumento. Odio los argumentos de cualquier clase que sean. Son siempre vulgares y muchas veces convincentes.

CAS. *(Mirando hacia arriba.)* Ahora ha cesado. *(Los ruidos aumentan.)*

LADY. Desearía que llegase a alguna conclusión.

GUND. Esta incertidumbre es terrible. Espero que durará. *(Entra Jack con un saco de viaje de cuero negro en la mano.)*

JACK. *(Avalanzándose hacia miss Prism.)* ¿Es éste el saco de mano, miss Prism? Examínelo usted minuciosamente antes de hablar. La felicidad de más de una vida depende de su respuesta.

MISS. *(Sosegadamente.)* Me parece que es el mío. Sí, aquí está la rozadura que sufrió cuando volcó el ómnibus en la calle de Gower, en días juveniles y dichosos. Aquí, en el forro, está la mancha causada por la explosión de un termo para bebidas, incidente ocurrido en Leamington. Y aquí, en la cerradura, están mis iniciales. No me acordaba ya que las había hecho grabar aquí, por capricho. Este saco es indudablemente el mío. Me alegro muchísimo de encontrarlo tan inesperadamente. Su falta me ha ocasionado grandes molestias durante todos estos años.

JACK. *(Con voz patética.)* Miss Prism, ha encontrado usted algo más que este saco de viaje. Yo era el niño que colocó usted dentro.

MISS. *(Atónita.)* ¿Usted?

JACK. *(Abrazándola.)* ¡Sí..., madre!

MISS. *(Retrocediendo con indignado asombro.)* ¡Míster Worthing! ¡Yo soy soltera!

JACK. ¡Soltera! No niego que es un golpe muy serio. Pero, después de todo, ¿quién tiene derecho a tirar la piedra al que ha sufrido? ¿No puede borrar el arrepentimiento un acto de locura? ¿Por qué ha de haber una ley para los hombres y otra para las mujeres? Madre, yo la perdono a usted. *(Intenta abrazarla otra vez.)*

MISS. *(Más indignada aún.)* Míster Worthing, aquí hay algún error. *(Señalando a lady Bracknell.)* Ahí está la señora que puede decirle quién es usted realmente.

JACK. *(Después de una pausa.)* Lady Bracknell, me molesta mucho parecer curioso; pero ¿querría usted tener la bondad de comunicarme quién soy yo?

LADY. Temo que la noticia que voy a darle no le agrade a usted del todo. Usted es el hijo de mi pobre hermana mistress Moncrieff, y, por consiguiente, el hermano mayor de Algernon.

JACK. ¡El hermano mayor de Algy! Entonces, después de

todo, tengo un hermano. ¡Ya sabía yo que tenía un hermano! ¡Siempre dije que tenía un hermano! Cecilia, ¿cómo pudiste nunca dudar que tenía yo un hermano? *(Cogiendo de la mano a Algernon.)* Doctor Casulla, mi desgraciado hermano. Miss Prism, mi desgraciado hermano. Gundelinda, mi desgraciado hermano. Algy, joven sinvergüenza, tendrás que tratarme con más respeto en lo futuro. No te has portado conmigo como un hermano en toda tu vida.

ALG. Sí, chico, hasta hoy, lo reconozco. Yo lo hacía lo mejor que podía, aunque me faltaba práctica. *(Se estrechan la mano.)*

GUND. *(A Jack.)* ¡Dueño mío! ¿Pero quién es usted? ¿Cuál es su nombre de pila, ahora que es usted otro?

JACK. ¡Dios mío!... Me había olvidado por completo de ese detalle. La decisión de usted respecto a mi nombre es irrevocable, ¿no?

GUND. Yo no cambio nunca, excepto en mis afectos.

CEC. ¡Qué naturaleza tan noble la de usted, Gundelinda!

JACK. Entonces mejor será aclarar esta cuestión inmediatamente. Tía Augusta, un momento. En la época en que miss Prism me dejó en el saco de viaje, ¿había yo ya sido bautizado?

LADY. Todo el lujo que puede comprarse con dinero, incluyendo el bautismo, fué derrochado con usted por sus amantes padres, ciegos de cariño.

JACK. ¡Entonces yo estaba bautizado! Eso está ya aclarado. Y ahora, ¿qué nombre me pusieron? Dígamelo, aunque sea la cosa peor para mí.

LADY. Siendo el primogénito, era natural que le bautizasen a usted con el nombre de su padre.

JACK. *(Algo irritado.)* Sí, ¿pero cuál era el nombre de pila de mi padre?

LADY. *(Reflexionando.)* En este momento no puedo recordar el nombre de pila del general. Pero es indudable que tenía uno. Era excéntrico, lo confieso. Pero sólo en sus últimos años. Y lo era a consecuencia del clima de la India, del matrimonio, de las indigestiones y de otras cosas parecidas.

JACK. ¡Algy! ¿No puedes recordar cuál era el nombre de pila de nuestro padre?

ALG. Chico, no nos dirigimos nunca la palabra. El murió antes de cumplir yo el año.

JACK. Su nombre aparecerá en los Anuarios militares de aquella época, ¿verdad, tía Augusta?

LADY. El general era esencialmente un hombre de paz en todo menos en su vida doméstica. Pero estoy segura de que su nombre aparecerá en algún Anuario militar.

JACK. Aquí están los Anuarios militares de los últimos cuarenta años. Estos encantadores cronicones debían haber sido mi estudio constante. *(Se precipita hacia el estante y arranca de él materialmente los libros.)* M. Generales... Mallam, Maxbohm, Magley, ¡qué nombres más espantosos tienen!... ¡Markby, Migsby, Mobbs, Moncrieff! Teniente en 1840, Capitán, Teniente coronel, Coronel, General en 1869, nombres de pila, Ernesto John. *(Vuelve a colocar el libro con mucha tranquilidad y habla sosegadamente.)* ¿No le dije a usted siempre, Gundelinda, que me llamaba Ernesto? Bueno, pues Ernesto soy después de todo. Quiero decir que soy naturalmente Ernesto.

LADY. Sí, ahora recuerdo que el general se llamaba Ernesto. Ya sabía yo que por algún motivo particular me era antipático ese nombre.

GUND. ¡Ernesto! ¡Mi Ernesto! ¡Desde el principio sentí que no podías llamarte de otro modo!

JACK. Gundelinda, es una cosa terrible para un hombre descubrir de pronto que durante toda su vida no ha dicho mas que la verdad. ¿Puedes perdonarme?

GUND. Sí. Porque estoy segura de que cambiarás.

JACK. ¡Vida mía!

CAS. *(A miss Prism.)* ¡Leticia! *(La abraza.)*

MISS. *(Entusiasmada.)* ¡Federico! ¡Al fin!

ALG. ¡Cecilia! *(La abraza.)* ¡Al fin!

JACK. ¡Gundelinda! *(La abraza.)* ¡Al fin!

LADY. Sobrino mío, paréceme que empiezas a dar señales de vulgaridad.

JACK. Al contrario, tía Augusta; acabo de darme cuenta por primera vez en mi vida de la importancia suma de la seriedad.

TELÓN

NUMEROS PUBLICADOS

DE

COMEDIAS

NÚM. I. **Jacinto Benavente:** Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**E. García Alvarez** y **J. Abati:** Clara Luna.—NÚM. II. **G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura:** Susana tiene un secreto.—**C. Arniches** y **Antonio Paso:** ¡Qué encanto de mujer!—NÚM. III. **Alejandro Pérez Lugín** y **Manuel Linares Rivas:** Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina:** El pavo real.—NÚM. IV. **Pedro Muñoz Seca** y **P. Pérez Fernández:** Los campanilleros.—**Luis Gabaldón** y **E. Gutiérrez Roig:** Poderoso caballero...—NÚM. V. **Carlos Arniches:** La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla:** La mano de Alicia.—NÚM VI. **S.** y **J. Alvarez Quintero:** La consulesa.—**F. Romero** y **G. Fernández Shaw:** La sombra del Pilar.—NÚM VII. **G. Martínez Sierra:** Mujer.—**E. García Alvarez** y **Fernando Luque:** Calixta, la prestamista.—NÚM. VIII **Eduardo Marquina:** Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente:** De cerca.—NÚM. IX. **Manuel Linares Rivas:** La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita:** La simpatía.—NÚM. X. **Pedro Muñoz Seca:** La señorita Angeles.—**Antonio Paso** y **Ricardo González del Toro:** Soltero y solo en la vida.—NÚM. XI. **A. Torres del Alamo** y **Antonio Asenjo:** Lorenza, la seria.—**G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura:** Mary, la insoportable.—NÚM. XII. **Jacinto Benavente:** La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli:** La máscara y el rostro.—NÚM. XIII. **S.** y **J. Alvarez Quintero:** Mundo, mundillo...—**Pedro Mata:** En la boca del lobo.—NÚM. XIV. **Muñoz Seca** y **Pérez Fernández:** La tela.—Los chatos.—NÚM. XV. **Emilio G. del Castillo** y **Luis M. Román:** La calesera.—**Jacinto Benavente:** El amor asusta.—NÚM. XVI. **G. Martínez Sierra:** Sueño de una noche de agosto **Oscar Wilde:** Salomé.—NÚM. XVII. **Sutton Vane:** El viaje infinito.—**A. Torres del Alamo** y **A. Asenjo:** Rocío, la canastera.—NÚM. XVIII. **Alberto Insúa:** La madrileña.—**S.** y **J. Alvarez Quintero:** Fortunato.—NÚM. XIX. **José María Granada:** Soleá.—**Antonio Paso** (hijo) y **Francisco Loygorri:** Las mujeres de Lacuesta. NÚM. XX. **Miguel de Unamuno:** Todo un hombre.—**Jacinto Benavente:** Modas.—NÚM. XXI. **Stear Gipsy:** El perfume del pe-

cado.—**Francisco Serrano Anguita:** El aire de Madrid.—Núm. XXII. **Gregorio Martínez Sierra:** Esperanza nuestra.—**Jacinto Benavente:** El marido de la Téllez.—Núm. XXIII. **Muñoz Seca y Pérez Fernández:** El sonámbulo.—**Gabriel D'Annunzio:** La antorcha escondida.—Núm. XXIV. **Manuel Linares Rivas:** Almas brujas.—**E. García Alvarez y F. Luque:** La caravana de Ambrosio.—Núm. XXV. **J. López Núñez:** El niño de las monjas.—**J. Juan Cadenas:** El señor cura y los ricos.—Núm. XXVI. **Pío Baroja:** Arlequín, mancebo de botica.—El mayorazgo de Labraz.—Número XXVII. **P. Muñoz Seca y J. López Núñez:** El rayo.—**Jacinto Benavente:** El marido de su viuda.—Núm. XXVIII. **S. y J. Alvarez Quintero:** Zaragatas.—**A. F. Lepina y J. F. Escobar:** La rubia del expreso.—Núm. XXIX. **J. Benavente:** La losa de los sueños. **Asenjo y Torres del Alamo:** Paloma «la Postinera».—Núm. XXX. **P. Muñoz Seca:** La bondad.—**G. del Castillo y C. Palencia:** La joven Turquía.—Núm. XXXI. **Arniches, Paso y Estremera:** Los celos me están matando.—**José María Granada:** Te portas como quien eres.—Núm. XXXII. **Enrique Ibsen:** Casa de muñeca.—**Jacinto Benavente:** El suicidio de Lucerito.—Núm. XXXIII. **Jacinto Benavente:** Los intereses creados.—Alfilerazos.—Núm. XXXIV. **G. Martínez Sierra:** La hora del diablo.—**Suárez de Deza:** Ha entrado una mujer.—Núm. XXXV. **P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández:** La cabalgata de los Reyes. — **J. Benavente:** La señorita se aburre.—Núm. XXXVI **J. Luengo y J. M. Granada:** Los Carvajales.—**Luis de Vargas:** Las de Mochales.—Núm. XXXVII. **P. Muñoz Seca:** El chanchullo.—Los trucos.—Núm. XXXVIII. **Luis de Vargas:** Charleston.—**F. Gómez Hidalgo:** Una comedia para casadas.—Núm. XXXIX. **J. Benavente:** La princesa Bebé.—El dragón de fuego.—Al natural.—Núm. XL. **A. Paso y R. González del Toro:** Los autores de mis días.—**Oscar Wilde**: El abanico de lady Windermore.—Núm. XLI **E. Suárez de Deza:** Aventura.—**Luis Manzano**: La perla de Rafael.



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID